3 1761 06972028 2

SOLD BY
THE NEW CONTINENT COMMERCIAL CORPORATION
42 BROADWAY NEW YORK, N. Y.

PREVIVIDA

M. SANCHEZ MARMOL

"PREVIVIDA"

NOVELA

MEXICO

—

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

San Andrés núm. 69.

1906

MAR
1
1984

PQ
7297
S35P74
1906

CORRIGENDA

PÁG.	LÍNEA	DICE	DEBE DECIR
53	14	metida de carnes,	metida en carnes,
69	22	mogigatas.	mojigatas.
73	15	puesto de pie	puesto en pie
101	14	*in peto,*	*in petto,*
163	4	los Alpes,	los Apeninos,
219	4	del sabinal.	del Sabinal.

MAR
1
1984

Les choses futures sont déterminées....
Elles sont comme si elles existaient. Elles existent déjà.

ANATOLE FRANCE.

(Histoire Comique).

PREVIVIDA

—¡Posible! Sí, posible, puesto que es ella, ella misma! exclamó Luis Manso, entrando precipitadamente en el cuarto que Ernesto Luca ocupaba en el Hotel Kronprinz. Arrojó el hongo sobre un mueble, y metidas las manos en los bolsillos, se puso á recorrer, á largas zancadas, de uno á otro extremo, la amplia habitación del amigo querido. Éste, que en aquellos momentos se ocupaba en descifrar, bien arrellanado en un sillón, un pasaje del libro de Nietzsche, «Así hablaba Zarathustra,» que leía á la luz de una incandescente, alzó los ojos, y, con marcadas señales de sorpresa, preguntó:

—Qué pasa, Luis? Qué mala vibora te ha picado? Qué *ella* es esa que así te trae?

—Quién? pues ella misma, María... María.....

—Bueno, y ¿quién es *María?*

Manso interrumpió su marcha y fué á pararse frente á Ernesto.

—No te he dicho que traigo en el fondo de mi alma un secreto que ha venido siendo la tortura de mi vida? Un secreto tremendo, como la muerte, tremendo como los arcanos de la felicidad?.... ¿No te he dicho que ese secreto es la causa, la causa única de mi voluntaria expatriación?

—Sí que me has dicho; pero hasta ahí has quedado. Te he pedido me confiaras ese secreto, si confiármelo podia servirte de algo, y tú has permanecido arca sellada, y he respetado tu silencio.

—Alguna vez me has oido pronunciar el nombre de María?

—Nunca.

—Me has visto quejarme amargamente de mi desventura, de los horrores que engendra un amor no alcanzado?

—Sí; lo uno y lo otro, y he solido ha-

certe guasa, y luego arrepentirme al observar el mal efecto que te producía. Y aun me has dicho que el secreto que guardas, destrozando tus entrañas, es la causa única de tu ausencia de la patria.

—Es la hora de que yo te confíe todo, Ernesto; porque ahora voy á tener necesidad de tu ayuda. Hay que dar con ella; está aquí, la he visto, la he visto con la fijeza y atención de todo mi cerebro; la he reconocido; ella no me ha visto. Tal vez me buscaba, porque pude percibir como si escudriñara por entre la multitud que atestaba el Prater. He corrido tratando locamente de alcanzar el milord que la llevaba; en vano, todo lo que pude lograr fué ver que el carruaje penetró en la ciudad, en dirección del Ringestrase.

—Bien, Luis; la buscaremos, desde ahora mismo, si lo deseas. Dame instrucciones, indícame, á fin de que no vaya yo á tontas y á locas á perder el tiempo desgraciadamente.

—Gracias, Ernesto; no esperaba yo menos de tu exquisita amistad.

—Sí; te ayudaré mientras llega el ya

próximo día de mi partida, que en caso necesario, si tú lo necesitas, diferiré. Mas á todas éstas, ¿quién es la dama misteriosa? Creo que ahora ya no sabrás seguirme ocultando...

—Al contrario; si ahora soy yo quien necesita revelarte mi secreto todo íntegro, desde su misteriosa génesis; sin ocultarte las complicadas peripecias porque he venido pasando, las horribles agonías que me ha hecho sufrir; todo, todo.

—Estoy á tus órdenes desde este instante. Cierro este libro del nebuloso Nietzsche, y te escucho.

—Sí; la cosa es larga, larga, si hemos de tomarla desde sus comienzos; mas no, temo fatigarte; que ésta mi historia es singular por más de un capítulo. Son las siete de la noche. Hoy sería en vano tratar de descubrir el paradero de María; mañana emprenderemos la faena.

—Y empezaremos, agregó Luca, por buscar la colaboración de una oficina de informes, que aquí las hay ejemplares, te lo aseguro. Acerca, pues, una silla y dime.

—Desde el principio?

—Si te place no ocultarme nada....

Manso tomó una silla, la colocó frente al amigo, y sentándose, se echó atrás, con ambas manos, el cabello sudoroso que le caía sobre la frente, y comenzó así:

I.

No quiero que pierdas ningún detalle, Ernesto; y aun cuando parezca que esto por donde voy á empezar no tenga relación alguna con mi historia, sí que la tiene y muy íntima y asaz curiosa.

Era el Padre Velázquez un fraile carmelita que, por entonces, contaba unos setenta y cinco años. Lo tengo aquí clavadito: había perdido todo el cabello, del que le quedaba una estrecha faja blanca, enteramente blanca, que en determinadas condiciones de luz, semejaba como si una aureola plateada ciñera aquella inmensa calva. Enjuto y arrugado el rostro, en el que se mostraban estas peculiaridades: la barba redonda y firmemente delineada, la nariz prominente y pulposa, como la de las

esculturas de los Senadores romanos, los ojos de una brillantez fosforescente, grises, que tal vez fueron glaucos allá en la virilidad, pequeños, pudiera ser que más que por su conformación, por el espesor de las encanecidas cejas, que les formaban á modo de protector alero. Era el Padre Velázquez de natural accesible y hasta llamativo. Unos le tenían por loco; por hondo filósofo, otros. Traía antecedentes de gran teologista, y no faltaba quien le atribuyera opiniones un tanto heterodoxas, que, por mi parte, nunca le oí profesar. Probablemente esto provenía de que allá, cuando militaba en la vida activa del sacerdocio, siendo Capellán de Monjas, obligó al Obispo á que consintiera la exclaustración de una profesa, hija de confesión del fraile, metida en el convento, no de grado, según él llegó á averiguarlo y á demostrarlo.

Gran amigo llegué á hacerme del Padre Velázquez, quien me acogía con paternal benevolencia, y tanto, que nunca me dió otro tratamiento que el de «hijo,» «mi hijito.» Yo ganaba mucho con el cultivo de

aquel afecto, y frecuentaba al Padre que me deleitaba é instruia con su plática amena, en la que no atajaba los asuntos más arduos ó ya escabrosos, sin hacer gala de doctrinas de libros, ni de erudición más ó menos pedantesca, sino que se iba derechamente y decía las cosas de modo natural, sin ambajes ni disimulos, sino así, á la pata la llana.

Acababa yo de cumplir mis veintiún años y venía preparando mis exámenes de licenciatura. Con eso, para reponerme de la fatiga, iba con más frecuencia que de costumbre á visitar la celda del Padre Velázquez, quien, con cariñosa solicitud, llegó á invitarme á que fuera á pasarme unos días al Convento, donde estaría en condiciones de dedicarme al estudio con mayor recogimiento. Muy de grado acepté la invitación y fuíme al lado del Padre, con el propósito de pasarme allí una semana. Llegué al Convento, donde me esperaba una celdita cuidadosamente dispuesta, cuyo mobiliario se componía de un angosto lecho, una mesita, una palmatoria y dos sillas, todo muy limpiecito. Todas las ma-

ñanas, después del frugal desayuno —una taza de delicioso chocolate, la copa de riquísima leche y una buena dotación de exquisito pan,— el Padre me llevaba al extenso huerto del Convento, por donde discurríamos, nuevos peripatéticos, durante una hora y más, yo proponiéndole arduos problemas de filosofía ó de teología, él disertando ampliamente sobre cada tesis, sin olvidar nunca poner término á su discurso con salvedades como ésta: «Bien pudiera ser otra cosa; pero, en fin, esto es lo que á mí se me ocurre, y, Dios dirá.» Se ve, por esto, que el Padre no se atribuía suficiencia alguna en los asuntos que trataba.

Vas á perdonarme que en todo esto que se refiere á mis pláticas con el padre Velázquez, sea yo algo difuso y llegue á cansarte; mas no puedo resistir al placer que experimento recordando á mi simpático y querido fraile, acaso porque él fué quien me hizo entrever los secretos de mi porvenir.

—De ninguna manera, repuso Luca; muy al contrario; si vieras cómo me va in-

teresando la genial figura de tu fraile. . . . ¡Anda! con sus pelos y señales, no me prives de ninguna menudencia.

—Bueno; pues como te venía diciendo, cada mañana discurríamos por el frondoso huerto, fraile y yo, en plática ya sabrosa, ya honda, y de ella traeré á capítulo lo que más grabado se quedó en mi memoria. Una vez le pregunté: Padre, y cómo entiende Ud. lo de la Gracia? Sabe Ud. que hice mis estudios de Teología, y en llegando ahí, se me volvió la cabeza una olla de grillos, con tan enmarañadas doctrinas del de Hipona, de San Bernardo, de Malebranche....

Ah! me contestó, deteniéndose, y qué cosas preguntas! Yo te diré que la Gracia es la Providencia misma, es la Bondad, la Misericordia, el Amor Infinito de Dios. Gracia, es salvación, hijo mío. Por ella completa Dios los merecimientos de quien los ha alcanzado, ó los suple á quien carece de ellos, para que todos, que somos emanados de Él, volvamos á Él. . . . ¿Todos? interrogué con sorpresa. Todos, confirmó con solemnidad. Todos los que somos criaturas suyas. Él es el Padre Uni-

versal. Padre tuyo, Padre mío, Padre del borrico aquel que está tirando de la noria, y de este fresno que nos da sombra, y del jilguero que ahora está trinando en las vecinas ramas. Y no fuera Bondad y no fuera Providencia y no fuera Sabiduría Infinita, si repeliera un solo átomo de lo que ha emanado de su voluntad.

Así hablaba, y sus palabras traían á mi memoria el panteísmo adélfico de San Francisco de Asís, y para que no cupiera duda, tras de corta pausa agregó: Dios está así en los cielos como en la tierra; en los espacios y fuera de los espacios; y nosotros vivimos, estamos y nos movemos en Él. Recuerda, hijo mío, á San Pablo: *Deus in quo vivimus, movemur et sumus.*

Otra vez, hablando de un condiscípulo mío que no había logrado medras en los estudios, por su incuriosa pereza y estrechez de intelecto, díjele que el muchacho, más que ente sensible, era una piedra. Qué dices? me replicó con acento duro y gesto de enojo. Que las piedras no sienten? Y dónde aprendiste eso? De seguro en el común decir. Si la piedra no sintie-

ra, no habría en ella amor, y ¿cómo se explicaría, entonces, la formación de los enormes peñascos, de las elevadas montañas, de las cordilleras cuyas cimas engendran á las nubes que riegan la tierra, la fecundan y la embellecen? Si en la piedra hay amor, hay que reconocerle sensibilidad. Qué ley sino la del amor puede hacer que las moléculas que la constituyen se atraigan las unas á las otras, se justapongan con adhesión tan fuerte y apretada, que hacen de ella la cosa más dura y resistente, y así, por una agregación constante de moléculas, se convierten en enormes bloques? Ah! sí que siente; y cuando para disgregarla se le hiere ó golpea con el pico, el mazo ó el cincel, ó se la hace estallar por el barreno de dinamita, la piedra se queja, solloza, grita, gritan sus partículas con grito desesperado al sentirse desunidas por una fuerza más poderosa que la del amor que las aprieta. No, hijo mío, la piedra no es insensible, como no es insensible el árbol, que también se queja, solloza y se lamenta al sentir en sus flancos el golpe del hacha que va á derrumbarlo, y cuando cae, lanza

también el alarido de muerte que atruena la selva. Sí; todo siente y piensa en la creación. Ya sé que los naturalistas no lo entienden así: pero su clasificación de los seres, sólo se funda en la grosera apariencia, no en la esencia de ellos. Su concepción no va más allá de lo materialmente visible, de la superficie, y nada más. Negar á la piedra, al árbol, sentimiento y conciencia, es como si negáramos la facultad del pensamiento á las humanidades que habitan los cuerpos celestes, solamente porque carecemos de medios de comunicación con ellas, y los que niegan, niegan sin pensar que la deficiencia está en nosotros mismos; negamos aquello adonde nuestra percepción no alcanza. Porque no vemos lo que hay mas allá de la Vía Láctea, hemos de afirmar que no hay nada? Por qué afirman los sabios que el árbol y la piedra no piensan? Porque carecemos del sentido por el cual nos fuera dado descubrir la facultad cogitante de la piedra y del árbol. Hay que desengañarnos, hijito; la ciencia no es otra cosa que el inventario de nuestras ignorancias. Todo

esto lo iba diciendo el fraile con calenturienta exaltación, y entonces sí que daba yo la razón á los que por loco le tenían.

En la noche, después del refectorio, con el objeto de recapitular lo que en el día había yo estudiado ó para divagarme, echábame á pasear á todo lo largo del amplísimo claustro, refrescado por el húmedo ambiente de la noche y perfumado con los efluvios que subían de los naranjos en flor que poblaban el patio. Una de tantas noches me sentí de tal modo deleitado con aquel paseo, que me embargó por completo la sensación de deleite que experimentaba, y olvidado de todo, de todo, discurrí inconsciente por toda la longitud del enorme cuadrilátero. De súbito sentí como si un ser animado caminara al lado mío; y me imaginé de momento que el fraile había acudido á hacerme compañía. Volví la cara á derecha é izquierda, ¡nadie! Seguí paseándome y seguí sintiendo la presencia á mi lado de un algo misterioso. Ni una sombra. Luego percibí el ligerísimo frotamiento como de una tela sutil. Son las hojas de los naranjos, díjeme, sonrien-

do, suavemente agitados por el vientecillo de la noche, y así entendí explicada mi ilusión; pero era el caso que la calma era absoluta y las ramas de los naranjos estaban enteramente inmóviles, sin más caricias que las que las estrellas que poblaban el firmamento, aquella noche sin luna, les enviaban desde allá arriba, en sus rayos de luz tenue y callada. Mi paseo continuaba y continuaba el acompañamiento de la invisible sombra. Y ya no fué sólo el roce de la tela; ahora llegaba á mi un perfume desconocido, que por desconocido no podía ser el de los abiertos azahares; que era al propio tiempo perfume y calor, algo así como emanación de un ser animado. No tuve miedo, porque aquel deleite no era para infundirlo, y no me resolví á acogerme á mi celda, sino cuando la alucinación se desvaneció por completo.

Á la siguiente mañana, á la hora del desayuno, referí el percance al Padre Velázquez, que me oyó con la mayor atención. Se puso pensativo, cerró los ojos por algunos instantes, y luego, con voz solemne, me dijo: Epifania; sí. La llamas alu-

cinación; mas eso tiene su realidad. La compañía de anoche es una manifestación de la mujer que te está predestinada. Aquí intercaló Luca el verso del nocturno de Silva:

Las sombras de las almas
que se juntan con las sombras de los cuerpos.

Manso asintió con la cabeza, y dijo:

—Ahora ya voy creyendo en esas manifestaciones que parecen sobrenaturales. Entonces sonreí y contesté al fraile: No hay riesgo, Padre. Para mí no hay mujer que me amenace: estoy libre de semejante calamidad.

Con efecto, sin ser misógino, ni mucho menos, has de saber que yo sentía una aversión ingénita al matrimonio. Desde muy temprano me repugnó la idea de comprometer mi libertad para toda la vida, tal vez debido á mi carácter movedizo é inconstante.

El Padre me replicó: ¡Calamidad! sí, como calamidad es el comer y el dormir. Eso significa que prefieres el amor libre; pero el amor libre supone un mismo nivel de cultura, de experiencia en el hombre y

en la mujer, á fin de que ambos cuenten con los mismos medios de defensa, y se dé cuenta cada uno de las consecuencias á que conduce el ejercicio de la espontaneidad. Pero el hombre sin la mujer sería la negación de la humanidad, que sólo subsiste por la perenne renovación de los individuos. Y yo le dije: Padre, y cómo ustedes hacen profesión del celibato perpetuo y lo practican? En este punto, el fraile exhaló un profundo suspiro, me pareció que palidecia, y repuso con acento apagado: Sí; hacemos profesión de perpetuo celibato y practicamos la castidad, mas ¿á qué costa? á costa de qué luchas y de qué torturas? No sin razón dijo San Pablo: «Vale más casarse que abrasarse.» Ah! y qué llamas, hijo mío, las de la concupiscencia. Cuando la carne arde, y la quemazón llega al cerebro, y lo turba todo, y sobreviene el vértigo. . . . ¡qué horror! Tú no entiendes ni puedes entender de esto, hijito: eres aún muy joven; tu fantasía aún vaga por los ideales: pero la carne se va madurando con los años, el cerebro va haciéndose más y más terrenal, y no se con-

forma ya con las imágenes del ensueño; quiere formas tangibles; anhela goces más efectivamente sentidos, embriagueces más reales; y ¡entonces! en el frenesí de esos anhelos, la razón se ofusca, el sentido moral desfallece, y en el ansia de la satisfacción del deleite apetecido, puede llegarse hasta el crimen. Dios te libre, Dios te preserve, hijo mío, de llegar á estado semejante! Te lo repito: «vale más casarse que abrasarse.» Y sabes tú, supones, siquiera, tòda la suma de seducción que la naturaleza puso en la mujer? Comprendo, sí, tu aversión al matrimonio; no lo juzgo un estado perfecto tal cual se practica, por los medios y condiciones en que se realiza; mas todo cambia en el modo de ser humano, y la experiencia irá enseñando cómo puede mejorarse la existencia. Hoy por hoy, hay que aceptar las cosas como son, ya que ni tú, ni yo tenemos bastante poder para enmendarlas. Adivino no soy; pero á fuer de viejo, aseguro que tus afecciones irán cambiando, y aseguro también que lo que sentiste anoche te presagia tu futuro; mejor que te presagia, es una ma-

nifestación de lo que te espera.—Decididamente, me dije, este fraile está loco de remate,—y luego, en voz alta, le repliqué: Si tomáramos, Padre, las alucinaciones por realidades, el mundo sería un planeta de orates. Ah! vanidosillo, repuso, encarándoseme: alucinaciones y realidades, ¡grandes palabras! ¿Y quién te dijo que eso que tú llamas realidades no sean más que apariencia pura? ¿Por qué tus sentidos habrían de ser más verídicos que tu intelecto? ¿Por qué ha de ser más verdad lo que percibes por medio de aquéllos, que lo que percibes directamente por éste? La mente no necesita de ojos para ver: tu ojo puede engañarte; tu intuición, tu mirada interna, nunca. Precisamente el papel de los sentidos corporales puede no ser otro que el de turbar, obscurecer ó embargar tu mirada interior. ¿No te ha acontecido que teniendo la vista fija en un objeto exterior, no tengas conciencia de tu visión, sino que interiormente estés percibiendo cosa distinta? El alma que no está sujeta á las limitaciones del espacio y del tiempo, puede sentir fuera del tiempo

y del espacio, y por eso el futuro, lo que llamamos futuro, porque aún no lo han llegado á percibir nuestros sentidos, puede muy bien venir á visitarnos en el presente, á lo que llamamos presente, á la sensación que estamos experimentando. En qué nos apoyaríamos para negar que esta vida que estamos viviendo no sea reflejo ó repercusión de otra vida ya vivida ó anuncio de otra aún por vivir?

Así divagaba el fraile, y yo, con no corto esfuerzo, contenía la risa por no faltarle al respeto, y hacía economía de objeciones, temeroso de dar cuerda á sus enfermizos devaneos.

Pasaron los años: el Padre Velázquez murió, y yo abandoné Guadalajara para establecerme en México, al amparo de una credencial de Diputado al Congreso que había obtenido para mí, mi señor padrino el Gobernador. Allí me gané relaciones y buenas amistades. Iba á bautizarse el recién nacido de uno de mis nuevos amigos, residente en Tlalpan: invitóme finamente á asistir á la ceremonia y no supe excusarme. Allá me fuí, no sólo por obliga-

da cortesía, sino porque prometíame pasar momentos agradables.

Cuando arribé á la casa en fiesta, toda enguirnaldada de rosas y gardenias, estaba ya atestada de gente. Mi amigo, afanado con las mil atenciones que lo reclamaban, me presentó á las damas y caballeros que íbamos encontrando al paso, desde el vestíbulo al salón principal. Muy contadas caras conocidas encontré; el amigo me abandonó para irse á otros cuidados, y yo me quedé un tanto cohibido, en medio de aquella aglomeración en que era yo punto menos que un desconocido. Recorriendo el salón con la vista, acerté á descubrir frente á mí á una señora de mi conocimiento, de grandes atractivos, por cierto, aun cuando ya peinando canas, y fuíme hacia ella á saludarla. Acogióme con su habitual amabilidad, y me otorgó la gracia de hacerme sentar á su lado, en una silla ahí baldía, por fortuna. Trabamos plática, y como era de rigor, recayó sobre los esplendores de aquella fiesta; sobre las singulares prendas de los amos de la casa; de cómo la señora era bella y distinguida y el señor ca-

balleroso y gentil, etc., etc. Nuevos invitados iban sobreviniendo, la mayor parte desconocidos para mí, que mi amable compañera me iba designando por sus nombres. El niño iba á ser traído al salón para presentarlo y repartir el *volo*. Todo el mundo se aquietó, se puso en orden, y se alineó á uno y otro lado del salón, con lo que ya pude ver el concurso menos confusamente. Frente por frente á nosotros, llamó mi atención una joven de rara hermosura, que desde aquel punto embargó mi atención, y tanto, que ya no tuve ojos para ver á otro lado. Advirtiólo mi amiga, y para hacérmelo comprender, sin el menor atisbo de malicia, me dijo así, exabrupto:

—¡Qué bella es! no?

Parpadée, y volviéndome á la dama, contesté casi maquinalmente:

—Sí, que es extraordinariamente bella.

—Todo el mundo está de acuerdo con usted. Y sépase que á su belleza agrega María Santelices una bondad angelical.

De mil amores hubiera yo tratado de averiguar pormenores tocantes á la singular beldad; mas retrájome el temor de mostrar-

me demasiado interesado, y no sólo callé, sino que traté de llevar mi vista á otro lado, con no corto esfuerzo, que no era suficiente á impedir que mis ojos volvieran á posarse en aquella maravilla, la consideración de pasar por impertinente.

Concluida la ceremonia, me puse de pie para ir á presentar mis respêtos á los padrinos, y antes de apartarme del lado de mi compañera, me dijo sin pizca de intención:

—Vuelva usted aquí. En la primera coyuntura voy á presentar á usted á la familia de María: son de mis mejores amistades.

Díle las gracias, y cumplida mi atención, torné al lado de ella. No sé por qué no acertaba yo á apartar mi vista de la encantadora joven. Interés, ni tantito. Seguramente que obedecía yo á mis ingénitas aficiones estéticas, y no más.

En el primer movimiento que se operó en el salón, la señora tomó mi brazo y se encaminó hacia la familia de María, compuesta de ella, la madre, y un jovencito muy simpático; y por cierto que la madre,

ya fronteriza á la otra edad, debió de haber contado con un buen arsenal de seducciones. Tras del saludo, afable y sencillo por extremo, indicio de la gran amistad que las ligaba, hizo mi compañera mi presentación, que fué acogida con asaz discreta amabilidad.

Concentrando cuanto posible me fué toda mi atención, á fin de darme cuenta de los encantos de aquella deliciosa criatura, aproveché los fugitivos instantes que el encuentro podía proporcionarme, que fueron rápidos, muy rápidos, te lo aseguro.

—Pero á todas estas, se interrumpió Luis; estoy abusando de ti despiadadamente. Es hora de que tomes algo. Si gustas, vamos al Café Húngaro. . . .

—Maldita la gana, repuso Luca. Si supieras que me satisface más estarte oyendo. . . . No sólo de pan se vive. Pero, en fin, pienso que tú sí has menester tomar aliento para continuar tu interesantísima narración. Sólo que prefiero que vayamos al Café Kron; allí podremos hablar tranquilamente, sin que nada ni nadie nos momoleste, pues en el Húngaro, hay tal al-

boroto, que tendríamos que gritar para oirnos, y tu asunto es de los que reclaman atención y recogimiento.

Dicho esto, los dos amigos se pusieron de pie, y cobrados sus sombreros y sus abrigos, se encaminaron al Café Kron, no distante del Kronprinz.

Una vez allí, escogieron el rincón más apartado, se instalaron en una mesita y se hicieron servir.

II

—Sigo siendo todo oídos, comenzó Luca. Ahora voy á saber cómo era tu divina aparición.

—¡Ah, era, es, murmuró Manso con acento devoto, la mujer más hechicera que existe bajo del sol; digo más, que ha existido, perdóname si lastimo alguna predilección tuya, y que existirá.

—¡Fanático!

—Óyeme, si no, y sobre todo, y á eso me atengo, ya vas á conocerla, puesto que está en Viena.

Cerró los ojos Manso por un breve instante; comprimió su frente entre ambas manos, exhaló un larguísimo suspiro, y prosiguió así:

—¡Lástima que la lengua sea tan pobre y tan lenta la emisión de la palabra! Para expresar lo que los ojos han visto en un relámpago, la palabra necesita buen espacio para intentar traducirlo. Por hábil que sea, es, á lo sumo, el águila queriendo alcanzar al sol. Ten, pues, entendido que mi lengua va á ser torpe cincel en la reproducción de María.

Aquella ocasión llevaba la gentil cabeza, cabeza como sólo el pincel de Watteau acertó á sorprenderlas en la Corte de Versailles, protegida, mejor dicho, nimbada de un sombrero de paja, estilo Emperatriz Eugenia, y que hacía resaltar la opulenta cabellera castaño-obscuro, orgullosa y satisfecha de coronar aquel óvalo que los modelos griegos habrían envidiado. La tez, de un blanco tenuamente rosado, permitía percibir cada detalle, cada lineamiento del rostro, donde la frente, no mayor que la de la Milita, caía toda recta sobre

los superciliares cubiertos por las cejas negras, muy negras, abiertas en arcos simétricos, bajo de las cuales, semi-velados por pestañas más sutiles que la seda pura, radiaban los ojos, glauco-leonados, transparentes, luminosos; figúrate, como si del fondo de la mar tranquila una luz difusa flotara en la superficie. Como al ponerse el sol vagan debajo de su disco celajes de oro, así circunscribe sus párpados inferiores una tenue faja de matiz naranjado, semejando reflejo de los mismos ojos. Sus párpados superiores están de tal modo conformados, que, al alzar la mirada, sus ojos la dan la expresión de *Mater Dolorosa*, como la interpretaron aquellos grandes Maestros que, según dijo insigne dama, «pintaban de rodillas.» Pártele la nariz, fina y bien marcada, como si fuera á tomar la curvatura aquilina; pero la línea se arrepiente, se levanta luego y la termina perfilada, estrechando los pabellones. Boca como la suya, no la busques en las estatuas, ni en las pinturas. Su expresión engaña de momento. Antójase sensual, examinando el labio inferior, carnoso, húme-

do y encendido; mas lo desmiente el superior, fino y hecho en arco; pero de arco ya disparado. Ya la oirás hablar, ya te deleitarás con el cristalino timbre de su voz, de esa su voz que es para mí, como dijo el Lírico, *éxtasis celestial;* ya verás cómo, al hablar ó al sonreir con candor de infante, enseña unos dientes del marfil más puro, dientes hechos para aquella boca, para aquel conjunto de la más neta sinceridad, virtud que confirma la redondez y lo carnoso de la barba, no, en modo alguno, signo en ella de decisión y de entereza de carácter, cualidades de que la aleja su nativa timidez. ¿Qué más he de agregar? la esbeltez de su talle, el desarrollo de sus carnes de mujer núbil, ya con redondez definida, y como si la curva, al diseñarla, gozara en acariciar aquellas formas mismas que modela.

—¡Bien! ¡muy bien! prorrumpió Luca con entusiasmo; tu palabra está teniendo todo el prestigio del cincel helénico.

—No, Ernesto; ni sombra de la verdad, replicó Manso. Ya te convencerán tus propios ojos. Mucho tiempo pasó sin que vol-

viera á encontrarme con el portento. Culpa mía fué, como luego lo sabrás. Una mañana, al momento que iba yo á entrar en la Escuela de Minería, descubrí que, por la misma banqueta, iba ella por delante, con el visible propósito de tomar el tranvía que pasaba por la inmediata esquina. Lo comprendí, y, por un impulso instantáneo, irreflexivo, volé á su alcance y llegué á ella en el momento preciso de ofrecerla mi apoyo para que subiera al tren. No hubo tiempo para más: dióme las gracias sonriendo, y yo la saludé con una profunda inclinación de cabeza.

Ninguna importancia dí al ligerísimo incidente. Pensé, sí, luego, que no careció de extrañeza aquel espontáneo movimiento mío, para con una mujer á la que apenas conocía yo. De otra manera, sabiendo ya que mi amiga Gabriela (es el nombre de la señora por quien conocí á la familia de María), cultivaba con ésta relaciones, al parecer, de intimidad, con frecuentar los miércoles en que aquélla recibía, tendría yo coyuntura de ponerme en contacto con la beldad; mas yo, que tenía

en mucho la amistad de Gabriela, prefería ir á verla, por autorización que me concediera, los días en que estaba cierto de encontrarla sola, literalmente sola, pues, viuda, con una hija única, casada ya, y establecida en Villa-Lerdo, donde su marido estaba al frente de una importante negociación industrial, tenía exclusivamente reservados los miércoles á sus amistades. Por otra parte, ¿de dónde habría de venirme la solicitud del trato con María Santelices? Bella era, muy bella; seductora, por extremo seductora; pero como mi miedo al matrimonio persistía, su belleza y su seducción eran razón de más para retraerme prudentemente.

Una tarde, no teniendo en qué emplearla, sin plan preconcebido, me dirigí á casa de Gabriela. No me dí cuenta de que fuera miércoles, sino al ver los coches que estacionaban á la puerta. Entré, y me encontré á la amiga rodeada de sus visitas, y allí María, radiante como Sirio en el alto cielo.

—¡Qué milagro, Luis! exclamó la señora al verme entrar. Qué placer me da el

que hoy nos haga compañía. D. Luis Manso, Carmelita, Inés, Agueda, dijo, presentándome á las damas que sabía que no eran de mi conocimiento.

Fuí saludando, y antes de que me acercara á María, ya ella me alargaba la diestra, que, no obstante el guante, sentí plástica y tibia. Era yo el único hombre, de modo que muy pronto hube de tomar mi partido: ninguna iniciativa, asentir á todo, y abstenerme en los pareceres encontrados.

Tocóme asiento frente á María, y tuve que mantenerme alerta para gobernar mis ojos, que apenas se distraían para dejar de mirarla.

En aquella circunstancia, hube de advertir que no era simplemente bella, que á su belleza física había que sumar con doble suma la de su clarísima inteligencia y de su exquisita cultura.

De todo se hablaba allí, menos, mal del prójimo.

—¿Qué les parece del drama de Peón Contreras? interrogaba la señora Palomino.

—Conmovedor, respondía la otra.

—¡Qué fantasía más poderosa! agregaba la de este lado.

—A mí me gusta más como lírico, decía Lupita Sarmiento. ¡Cuánta ternura!

—El mismísimo Bernardino de Saint Pierre, afirmaba Agueda Granados.

—¿Y tú qué opinas, María? interrogó el ama de la casa.

—¿Qué he de decir? nada, en realidad, entiendo de eso. Para mi gusto: como lírico, es de primera; como dramaturgo, ¡qué imaginación más potente! Pero quisiera yo que sacrificara menos la verdad al efecto escénico.

—¡A Dios! exclamó Inés Prado; así también lo hace Sardou.

—Lástima que Sardou lo haga también así, observó María.

Se pasó á los dominios de la música.

—¿No es verdad, señor Manso, que no hay como la *Carmen?* me interpeló la homónima de la creación de Bizet.

No tuve tiempo de responder, pues todas, con excepción de María, se apresuraron á proclamar su predilección: que ya *Fausto,* que ya *Manon,* ora *Cavalleria,* ora

Los Hugonotes. Para no contradecir á nadie, dirigiéndome á María, díjela: ¿Y usted, señorita, por quién está?

—Pues, sin entender pizca de dramática, me respondió, menos entiendo de música; pero á mí me encanta *La Bohemia.*

Rodó la conversación sobre banalidades; se habló de modas y de modistas, y cuando á María tocó terciar, dijo:

—Yo soy mi costurera; porque me parece que nadie más que una misma, si el amor propio no ciega, ha de conocer lo que le va mejor.

—Tiene razón, asentimos Gabriela y yo.

—¿Conocen ya ustedes lo último de D'Anunzio? interrogó Inés Prado.

—¡Puf! dijo, haciendo un gesto de repugnancia, Lupita Sarmiento. Ahora nos vas á hablar de *Piacere*. . . .

—Justamente; ¿qué no te parece un gran libro? ¡Qué colorido, qué imágenes! . . . .

—Y qué desenvoltura, completó Lupita.

—¿Lo conoces, María? preguntó Inés, como buscándose un auxiliar.

—No lo conozco, Inés; no tengo tiempo para leer tanto. Algo he leído del famoso

poeta abruzzo, que no me entra. Lo hallo un si es no es indelicado. Creo que no nos conoce.

En estas y otras pláticas de moneda corriente, cual se estilan en tertulias semejantes, discurrió la tarde, y las visitas se fueron despidiendo, quedándonos únicamente al lado de Gabriela, María y yo. No sé por qué aquello me causó secreta fruición. Mas el encanto no se prolongó. Tocó á María la vez de despedirse.

—Mira, es muy temprano, quédate con nosotras un rato más, le insinuó Gabriela.

—De mil amores, Gabriela; pero aún tengo que ir á saludar á mamá, que me queda bien lejos y se me va á hacer muy tarde.

—Te llevará el coche.

—Gracias. Traigo el mío.

Se levantó, la imitamos Gabriela y yo, y cuando iba á ponerse en marcha, fueron mis ojos de la una á la otra; comprendió Gabriela, y me alentó diciendo:

—Luis: hágame favor de acompañar á María. Y tú, linda, no olvides saludar de mi parte á Proal. Ni te había preguntado por él.

—Como siempre, muy feliz entre sus libros.

Tomó mi brazo, descendimos una y otro mudos. ¡Cuán corta me pareció aquella escalera! La instalé en el coche, nos apretamos las manos, siempre mudos, partió el carruaje, y yo me quedé como clavado en la banqueta por algunos instantes.

Al volver al lado de Gabriela, me recibió con estas palabras:

—¡Qué linda y qué buena! Lástima que no sea tan feliz como lo merece.

—¿Y por qué no es feliz? pregunté con atolondramiento.

—No como lo merece.

—¿Y ese Proal? . . . . agregué, aun más atolondrado.

—Su marido. ¿Qué no lo conoce usted? El doctor Raymundo Proal, el gran sabio, el sabio precoz, treinta y ocho años. . . . .

En aquel punto sentí como si algo muy pesado se me desplomara por dentro. Y, ¿por qué tal sensación? No me pude dar cuenta.

De casa de Gabriela me dirigí al Club. No me encontré con ningún conocido en

el vestíbulo, y, sin saber lo que hacía, me metí en la biblioteca. Púseme á hojear los últimos periódicos y revistas extranjeras. En nada me fijé, y después de media hora del monótono volver hojas, aburrido, sin ningún objeto definido en mi pensamiento, me encaminé á mi casa, y me encerré en mi alcoba, ordenando al criado que para nadie estaba. Tomé un libro, «Genio y Figura,» de Don Juan Valera, leí sin leer un buen espacio, y con el mismo aburrimiento con que saliera del club, dejé el libro y me dispuse á meterme en la cama.

Ya entre las sábanas, acudió á mi memoria la visita de aquella tarde, la presencia de María Santelices, grandemente sorprendido de la total coincidencia de sus apreciaciones con mi modo de ver, y no sé por qué eso me hizo encontrarla aún más bella. Cuestión de vanidad, y nada más. Porque no has de negarme, Ernesto, que halaga y envanece descubrir que una persona que no es un cualquiera, haga profesión de nuestras propias opiniones, y esa persona era nada menos que la hechicera María. . . . Pensando en ella, sentí cómo

era capaz de despertar el más hondo interés en un hombre. Habíala tenido por soltera, hasta que Gabriela me descubrió su estado. ¡Qué fortuna! exclamé para mis adentros; ¡casada! ¡qué fortuna! No hay riesgo que por esta vez quebrante yo mi aversión al matrimonio.

Mi sistema nervioso acusaba un cierto cansancio, lo que en mí era excepcional, y me dormí en breve. Tuve un brusco despertamiento, ocasionado por la viva impresión de un sueño: *de una epifanía,* como habría dicho mi fraile, á quien recordé en aquella circunstancia, como no podía menos que acontecer. Figúrate si no: dormía yo profundamente. De súbito soñé que estaba yo despierto, y que dos ojos azules y luminosos se fijaban en mí con expresión, ó compasiva, ó de ternura; me quedé absorto, en suspenso, al influjo de aquella mirada. Sentí como si, perdida mi pesantez material, no descansara yo, sino que flotara sobre un lecho de sutil plumón, y los ojos azules y luminosos no se apartaban de mí. ¿Quién me veía así con tan inefable expresión de interés? . . . . Aque-

lla era la cara de María, sólo que mudada la coloración de sus ojos, de glauco-leonados, vueltos azules y despidiendo luz. Era tan viva y tan real la impresión, que desperté de veras, y ya despierto, continué viendo posados en mí los divinos ojos, hasta que lentamente se fueron extinguiendo. En aquel instante el reloj de la pieza contigua sonaba las dos, y acudió á mi memoria la alucinación del Claustro de El Carmen, y la interpretación del Padre Velázquez. ¡Qué cosa más estrafalaria! me dije. ¿Qué relación puede haber entre el oráculo del fraile y esta señora casada? Ninguna. Deseché, pues, la extravagancia y torné á dormirme. María se borró de mi memoria, ó punto menos, y no fuí á visitar á Gabriela el miércoles inmediato. Á poco, sin embargo, se apoderó de mí la comezón de ir á casa de la bien querida amiga, y ya no esperé el miércoles siguiente, sino que me anticipé dos días. Recibióme la amiga con su acostumbrada afabilidad, y platicando, sin conciencia de mis palabras, la descerrajé esta pregunta:

—Y por lo que advierto, esta señora de Proal es grande amiga de usted?

—Sí que lo es, y grandísimamente. La quiero mucho, mucho, por su hermosura; mucho, mucho más por sus prendas morales.

—Si parece imposible que sea una señora casada. . . . Yo hubiera jurado que era una señorita, aventuré.

—Casada, y no reciente. Llevará algo más de dos años de haber tomado estado. Cuenta ahora. . . . . cuenta. . . . . déjeme usted precisar; sí, esto es, cuenta ahora sus veintitrés años; no tenía los veintiuno, no los tenía aún.

—Parece muy inteligente. . . .

—Y muy discreta, agregó Gabriela; y, cosa extraña, peca de candorosa. Á los veinte años era punto menos que una muchachita. Algo de su natural, y mucho, de la manera con que la educaron.

—Pues, ¿y dónde fué educada?

—Aquí mismo; pero á la antigua. Como se educa á las mujeres para que no tengan malicia, sin iniciarlas en las cosas de la vida real. Estoy segura de que se casó, por-

que le hicieron ver que á su edad debía de tener marido, y ella creyó que así debía de ser. Tal vez, ahora mismo, aún no salga de la pubertad. Vale más así; que si no, ya estaría sufriendo sus inquietudes, quizás su malestar, porque me imagino que el doctor Proal, bueno y gran sabio como es, no era el hombre hecho para esta encantadora criatura.

—¿Está, acaso, mal casada? inquirí.

—No, precisamente. Ella misma no se lo imagina; pero es el caso que esta privilegiada criatura merecía otro engarce. El hombre es de naturaleza fría, dado á la ciencia por completo. La ciencia lo tiene absorbido, y le falta espacio para ver el tesoro de belleza y de encantos que guarda á su lado. Hasta pienso que se casó para contar con quien le cuidara la ropa y se entendiera con la cocinera. Dios me lo perdone!

—Entonces, la tiene oprimida. . . .

—Nada de eso, Luis. Goza de la mayor libertad; hace lo que quiere y va adonde quiere. ¿Pero se imaginará usted, quizás, que en eso consiste la felicidad de la mu-

jer? No, Luis; nosotras necesitamos sentir la presencia, las atenciones, los cuidados del hombre con quien nos hemos ligado. ¡Ay de la mujer que llega á sentir el aislamiento, el vacío á su derredor! Emparejada, sin pareja, *la soledad de dos en compañía,* que dijo el poeta á quien usted tanto admira. A condición de que el marido esté pendiente de nosotras, aceptamos gustosas hasta el ultraje de los celos; aceptamos reconocidas, hasta que nos oprima, si nos oprime á título de amarnos.

—Singular cosa es, pues, la mujer, observé.

—No tan singular, no lo crea usted, para el que se toma el trabajo de estudiarla un poco. Sólo así es como podemos dar la felicidad á un hombre.

—¡Estudiarlas! Si ustedes son la eterna esfinge, el eterno femenino de Goethe; vano sería querer sacar el individuo del género; como dice Anatole France: Siempre la misma, siempre diversa.

—Esa es una frase, me replicó, tan aplicable á nosotras como á ustedes. Las diferencias sólo proceden del temperamento

y de la educación. Lo mismito que ustedes. Un poquito más delicadas, agregó sonriendo.

Cuando me despedí, pidióme que no faltara el miércoles; que se estaría en *petit comité,* pues dos de sus amigas sufrían de la gripa, y Agueda se ocupaba ahora en hacer sus preparativos para su próximo casamiento. Ofrecí no faltar, y el miércoles fuí el primero en acudir. Un cuarto de hora después se presentaba la Señora de Proal, es decir, María. Nos saludamos sin ceremonia. No sé por qué aquella tarde la encontré más bella, dotada de una gracia, de una naturalidad incomparable, que no había yo antes observado en ella.

Para dar pie á la conversación, á Gabriela se le ocurrió este chiste:

—Oye, María: aún no te he completado la presentación del Señor: Luis es poeta.

—¡Gabriela!..... exclamé, sintiendo que el rostro se me encendía. Señora, agregué, dirigiéndome á María: son cosas de Gabriela, no la crea Ud. Dios no me otorgó esa vena.

—No veo por qué se mortifique Ud., Señor, me contestó.

—Porque no es cierto que goce yo de ese divino privilegio.

—¡Vaya! insistió Gabriela. Á qué tal modestia? Yo digo que poeta y muy poeta es Ud., y que no será extraño que á esta hora haya Ud. dedicado un lindo madrigal á esta linda.....

—Señora, repliqué, puesto los ojos en María: en nombre de la verdad, protesto que Gabriela se está divirtiendo conmigo y engañándola á Ud.; que el cielo no me concedió tal dón.

—Si Ud., y no Gabriela, dice la verdad, permítame Ud. que le felicite.

—Lo felicitas de que no sea poeta?..... murmuró Gabriela.

—Sí; no en nombre del arte, sino en el de la verdad. Se dice que los poetas cantan lo que no sienten, dijo María con cierta énfasis.

—Eso reza con los poetas en verso, Señora, contesté; yo seré en todo caso poeta en prosa; es decir, no poeta.

—Hacer versos, no creo yo que sea ser

poeta, resumió Gabriela. Hay reglas para hacerlos; pero no las hay para hacer poesía. El poeta nace.

En aquel momento, una dama, á quien no conocía yo, hacía su entrada en el salón. Llegaba un tanto agitada, como si hubiera andado de prisa.

—Ola! Engracia, dichosos los ojos que la ven. Ya me había Ud. echado tierra, la dijo Gabriela.

Seguramente que tampoco era conocida de María, pues que á ella y á mí nos la pesentó nuestra amiga. Frisaba, al parecer, en los cuarenta, ya metida de carnes, de no malos bigotes, es decir, debió haberlos lucido allá cuando la brilló. Nos saludó con cierto señorío, y echándose sobre una butaca, muy dueña de sí, contestó dirigiéndose á María y á mí:

—Muy feliz de este nuevo conocimiento; y luego á Gabriela: ya sabe, amiga mía, que vivo enredada en este constante ir de aquí para allá. Qué notición, que dos noticiones la traigo.....

—Todo oídos, Engracia. Cuéntenos.

—Dos gordos acontecimientos de ano-

che. Apuesto á que no adivina..... Diana se largó, no con el novio, con Paco. Qué arresto el de esa chica; al fin, ya mayor de edad..... articuló riendo.

—Con que se fueron..... murmuró Gabriela, más obligada á decir algo, á lo que parecía, que movida de curiosidad.

—Sí, se fueron de paseo á Chapala. Viaje de novios..... qué chicos! Pero la otra es más gorda. Espántese: Reconciliados Luciana y Miguel; han hecho las paces, y anoche emprendieron su segundo viaje de novios. Y van lejecitos, á la Exposición de Chicago, nada menos. Como un par de palomos, solos, enteramente solos. Tan embargada está Luciana con esta renovación de su amor, que no fué para despedirse de la hijita, pero ni siquiera del adorado Chuchín, de su perrito consentido. ¡Si se ven unas cosas!....

—Hay que celebrar esa reconciliación. Yo creo que es de celebrarse siempre el acuerdo de un matrimonio que se desavenía. No les pacece á ustedes? dijo Gabriela, dirigiéndose á María y á mí, con la visible mira de poner punto. Asentimos

con una inclinación de cabeza. Fueron llegando otras visitas de uno y otro sexo. Doña Engracia, que no quería privar de los noticiones á las personas de su amistad que arribaban, fuéselos relatando, y creo que hubo más de tres ediciones. En fin, que esta vez, fué María de las primeras en despedirse, apresurándome á ofrecerla mi brazo, y llevarla á su coche. Sorpréndete: yo que soy de natural tan comunicativo, que con mucha frecuencia toco á la indiscreción, no fuí para decir una palabra á María, y no que me faltaran ganas, sino que me cohibía inusitada timidez.

Cuando regresé á la sala, la Doña Engracia aturdía á la tertulia ponderando los goces que había recogido y los homenajes de que había sido objeto en su viaje por Europa. Sus descripciones las resumía y sintetizaba en elocuentes exclamaciones. Aquel es otro mundo, decía; aquella es cultura, aquellos son países de lo que hay que ver. ¡Qué civilización! Cuánta ciencia! Pero qué arte! Si se va de portento en portento! Todo se nos hizo fácil. Vimos cuanto quisimos. Si con las

grandes relaciones que cuenta Pepe en Europa —Pepe era su marido,— no hubo puerta sellada para nosotros. Con exclamaciones semejantes fué pasando revista á todas las ciudades importantes del Viejo Mundo. Tocó su turno á Venecia, de quien dijo que era la ciudad del ensueño, que su atmósfera es polvo de oro, que allí no se está en el presente, que sus negras góndolas, deslizándose por las muertas y obscuras aguas de sus canales, hacen que aun en pleno día reine en ella el misterio. Para que la Señora tomara algún aliento, me atreví á interrumpirla.

—Por supuesto, que tuvo Ud. ocasión de admirar el imperecedero lienzo del Tiziano, *la Asunción*. —Y cómo no? repuso al instante. Su Santidad está enamorado, apasionado de ese cuadro. Como que lo tiene en su misma alcoba. —Yo tenía entendido, osé observar, que era joya de la Academia de Bellas Artes de Venecia..... Y con la misma premura, sin parpadear, confirmó ella. —Efectivamente, allí estuvo antes; mas enamorado del lienzo el Santo Padre, lo hizo trasladar al Vaticano,

á su misma alcoba, para recrearse á su sabor en su contemplación. —Y ahí lo admiró Ud? concluí sorprendido del tupé de la dama. Sin desconcertarse, afirmó: —Pues en dónde, sino allí mismo?

Probablemente, cansada de su charla ó agotada su provisión de informes, ó tal vez, temerosa de ser cogida en flagrantes invenciones, Doña Engracia se despidió, y en seguida los demás la imitamos.

Un malestar, una inquietud indefinibles, vinieron invadiendo mi espíritu, y determiné ausentarme por algún tiempo de los miércoles de mi amiga. No hay sujeto, por escasa que sea su significación, cuya personalidad no flote en la atmósfera ambiente, y este fenómeno se acentúa de punto, respecto de los individuos que por algún concepto gozan de notoriedad. Así, por el simple contacto de las gentes, hube de saber de la calidad del marido de María. El Doctor D. Raimundo Proal, era toda una personalidad. De posición algo más que holgada, pudo desde muy joven entregarse por entero al cultivo de las ciencias, dando satisfacción cumplida á sus nativas

inclinaciones. Atraíanle con más viva solicitud las Ciencias Naturales; mas era la Química la que absorbíale sobre todas, y en ella estaba metido en alma y cuerpo. Como me lo había anunciado Gabriela, á los treinta y ocho años ya se había ganado por común consentimiento el epíteto de sabio, que no sólo sostenía, sino que acendraba. Tan reconocida era su superioridad, que cuando se presentó á la oposición de la Cátedra de Química, en la Escuela de Medicina, los competidores se retiraron de la liza. En cuanto á su vida íntima, quiénes lo consideraban como muy feliz, por haber logrado por compañera á una mujer dotada de las singulares prendas de María Santelices; quiénes, por el contrario, condenaban aquella alianza, haciendo argumento contra María de su misma belleza, de donde tomaban aliento y estímulo sus innatas propensiones al coqueteo. . . . Del coqueteo al *flirt*. . . . un paso, y del *flirt* á atrevimientos mayores. . . . . nada. Todo ello producto de la libertad en que la dejaba el sabio, más dado á las hondas seriedades de la cien-

cia, que á los superficiales entretenimientos de la vida de sociedad. Y de estas apreciaciones salía bien maltrecha María, y no menos maltrecho el Doctor Proal: ella, predestinada al escándalo; él, al ludibrio del mundo. Yo encontraba muy del caso estas temeridades, pues María proporcionaba á la famélica envidia y á la inmisericordiosa maledicencia, buena carne en qué morder.

Á mi amiga llegó, sin duda, á inquietarle mi larga ausencia, como me lo comprobó la inusitada esquela que me puso, temiéndome enfermo. La tranquilicé, y al siguiente día, que no era miércoles, acudí á verla.

Usando del derecho que la daba nuestra amistad, me hizo cargos de mi alejamiento; excuséme con que nada tenía de intencional, sino que me lo había impuesto el arreglo de un complicado negocio de la mayor importancia para mí. Aceptó la excusa, y tras no corta charla sobre las cosas de actualidad, torné á mi retraimiento.

No había vuelto á ver á María. El Joc-

key Club habia anunciado sus carreras de invierno, señalando la primera para el 8 de Diciembre: cuando llegué, ya el palco y el anfiteatro estaban atestados de gente. Comprendiendo que arriba no hallaría espacio, me decidí á penetrar en el recinto cerrado, entre el palco y la tribuna de señales, donde circulaban señoras y caballeros. Adelantándome, súbitamente descubrí en un grupo de damas á María, y en aquel mismo instante sentí como si toda mi sangre me afluyera al corazón; tuve que detenerme para tomar aliento y reponerme. Ella me habia visto, y sin pararme á pensar en la emoción que acababa de resentir, á paso muy lento avancé á saludarla. Á través del guante sentí la frialdad de su mano, y todo aturdido, sin fijarme en quiénes la acompañaban, me aparté de ella en un estado tal de confusión, que á quien me hubiera observado no habria podido pasar inadvertida. Traté de escurrirme por entre la multitud, mas inconscientemente, á poco me puse, no yo, mis ojos se pusieron á buscarla, y para efectuarlo con más escondido disimulo, fuí á apoyarme en el

antepecho de madera que limitaba el recinto, en actitud de observar la pista. No fué tardía la tarea, pues en el ir y venir de la gente que se paseaba, el grupo de que ella formaba parte volvía en sentido opuesto al en que yo la encontrara. Ella buscaba algo, como lo indicaba la inquietud de sus miradas. Vióme, y al punto apartó de mí la vista, llevándola al lado contrario. ¿Por qué me esquivaba? Fué para mí un enigma que me causó sensación penosa, tan penosa, que resolví salirme del *Turf*. Me metí en el coche, y arrinconado en su fondo, recogí mis ideas, y traté de analizar la naturaleza de la emoción que me embargara al descubrir á María.

Yo nunca he sentido esto, me decía. ¿Efecto de qué pudo ser? ¿Por qué la simple presencia de esa señora me ha producido tan rara turbación? ¿Interés? ¿De qué género y por qué? Y un suspiro hondo, de lo más hondo de mi pecho, vino á darme la respuesta. El inmenso diocesillo contaba en mí una nueva víctima. ¡Enamorado! ¡Yo enamorado! Puesto que ja-

más había experimentado el sentimiento del amor, creíame con derecho á negar que tal fuera; pero si no era él, ¿cuál otro?

Muy temprano me refugié en la cama, y ahí se renovaron mis cavilaciones. ¡Yo enamorado! ¿Cómo podía concebirse? ¡Enamorado de una mujer casada! ¡qué absurdo! ¡De la mujer de otro hombre! ¡que indelicadeza! Sobre este tema inagotable rodó aquella horrible noche. La sangre me martillaba las sienes, los oídos me zumbaban. Cuando venían ya las claras del día, me quedé, no dormido, aniquilado. En mis tormentosas reflexiones llegué á tomar mi resolución: escapar á lo que amenazaba tomar la enormidad de una pasión desesperada. Huir del hechizo. Desde luego había un remedio: no concurrir á los miércoles de Gabriela; sólo quedaba el riesgo de las eventualidades; se trataría de evitarlas en lo posible.

Apenas habían transcurrido tres días de tomada esta resolución, cuando en los momentos en que iba yo á tomar un tranvía, María bajaba de él. Todo tembloroso ofrecíle mi mano para que descendiera; y al

tomármela, advertí que no estaba menos trémula que yo. Seguí evitándola; pero si no la veía á ella, su imagen me perseguía á toda hora. A poco, aún un nuevo encuentro en la calle. El paso era estrecho; me detuve, se detuvo ella. Tuvimos de fuerza que balbutir un saludo; visiblemente turbada ella, mortalmente turbado yo.

Decidí aprovechar el receso de las Cámaras, é irme á Guadalajara. Allí me distraería ocupándome en negocios de interés, y frecuentando el trato de mis lindas y alegres paisanas. Muy probable, si no seguro, que en mi tierra no iba á faltarme la *mora verde con que quitarme la mancha de la otra mora.*

Detúvose Manso, consultando su saboneta, y dijo á Luca:

Oye: pasan ya las once. Has de estar cansado de oirme; me parece que es hora prudente de recogernos. Mira que hay labor para mañana.

—Si vieras, repuso Luca: ni pizca de cansado. Mientras tú te has ocupado en narrarme, yo no he estado de simple oyente. Asociado á tu historia, he venido ha-

ciendo reflexiones de mi cosecha; pero como te plazca. Te sientes fatigado; vámonos, y mañana, durante nuestras pesquisas, me seguirás diciendo. No sabes á qué grado me has interesado. . . .

III

Luca hubo de conciliar el sueño ya muy avanzada la noche, no poco intrigado con la narración del caro amigo, sin que pudiera atar cabos sobre la manera como iba á resolverse la singular situación creada entre Luis y María. Luis, por su parte, hondamente sacudido por la impresión de la vista del ser adorado, y poseído de la vehementísima ansia de dar con ella, no pegó los ojos en aquella noche, que habría sido para él de angustias desgarradoras, á no levantarle el ánimo la espectación del encuentro con ella al día siguiente. Sin embargo, fué el primero en echarse fuera del lecho, para ir á reunirse con Ernesto; mas eran apenas las seis de la ma-

ñana, y tuvo que resignarse á permanecer encerrado, midiendo su alcoba á largos é impacientes pasos, caída la cabeza sobre el pecho, cabilando cuál sería el medio más eficaz de dar con el tesoro que, tras de tanto sufrir, tanta ventura venía á ofrecerle.

En tal modo se abstrajo, que fué Luca quien, llamando á la puerta, vino á volverlo á sus cabales.

Abriendo, díjole Luis:

—Ya te darás cuenta de que no he dormido un solo instante. Desde las seis estoy vestido; mas al ver lo temprano de la hora, no quise ir á molestarte, y no sé cómo se me ha ido el tiempo.

—Lo comprendo, apoyó Luca. Menos motivos que tú tengo para estar nervioso, y me dormí con gran dificultad. Vamos á tomar el desayuno. Son las ocho, y dentro de media hora bien podremos dar comienzo á la tarea.

—Gracias, Ernesto; vamos.

Y tomándose del brazo, partieron en dirección del Café.

—Recuerda tus desayunos con el fraile,

dijo Ernesto. Mientras hacemos el nuestro, nada te impedirá la continuación de tu historia.

—Prosigo, pues, asintió Manso, cuando estuvieron instalados en la mesa:

Partí para Guadalajara. Ya tendido en el Pullman, qué de proyectos! Todo un programa de vida alegre. Fiestas, bailes, excursiones, á nada faltaría, y cuando no las hubiera, ya sabría yo inventar. Necesito una nueva vida, me decía yo; necesito tonificar mis nervios, mi cerebro, hacerme el hombre de antes; mas pensando así, cuando el sueño embargó mis párpados, fué la imagen de María, su imagen viva, radiante de belleza, mi última impresión del mundo externo.

No puedo quejarme del concurso de la fortuna. Hallé á mi tierra en sazón. Parece como que las grandes colectividades están sometidas á una ley de contagio. Veces hay en que los grandes centros se encuentran poseídos, sin saberse por qué, de fiebre de movimiento, de ansias de regocijo, en que la vida no tiene más gravitación que la del goce. Feria perpetua, y

por todo, ¡á divertirse! Otros, en que, por el contrario, el mustio genio de la tristeza se cierne sobre nuestras frentes, flota en el aire, lo ensombrece todo. Opresión en los pechos, tedio y aburrimiento de la vida; todo estrecheces y malestar. Á mi arribo, Guadalajara estaba de buen humor; á reir, á alegrarse, sin propósito, por espontáneo impulso, como saltan y gorjean los pájaros en la selva al despuntar un sol de primavera. Quien quisiera resistir á estos sacudimientos atáxicos, á estas que llamaríamos *panestesias,* tendría que hacer un supremo esfuerzo de voluntad para quedar substraído; que cuando todos ríen, hay que reir; y que afligirse, cuando se aflijan todos. Y ya es trabajo desligarse del eslabonamiento de la cadena social.

Todo para mí á pedir de boca.

Y como si el cúmulo de distracciones en que por entonces bullía la ciudad, aún reclamara complemento, venía á reforzar aquel cascabeleo la fundación de una sociedad, cuyo nombre no necesita explicarse: se llamaba *Terpsícore,* y su programa consistía en bailar sábado con sábado, sin

embarazosas etiquetas, en reuniones de carácter familiar.

¡Qué desairado pintó el primero! ¡Qué soberano fracaso! dije á mi amigo Pablo Yarza, al ver la escasísima concurrencia perdida en el salón, cuando por lo avanzado de la hora ya no había esperanzas de mayor asistencia.

—Te engañas, repuso; ya verás. . . .

—¿Pero cuándo, ahora? . . . .

—No, precisamente; pero el sábado próximo. . . .

—Los que ahora han asistido, desanimarán á las familias.

—No tal, todo lo contrario. Sólo en una cosa sufren las mujeres (habló en lo general) el escosor de la iniciativa, en las modas; pero en tratándose de reuniones de carácter íntimo; de bailes como estos nuestros, muy especialmente, se gobiernan por el ejemplo de las más encopetadas. Son en su mayoría tímidas y mogigatas. No se aventuran á acudir las primeras; ante todo, averiguan qué familias han concurrido. Si son las de medio pelo, por más aficionadas que sean á divertirse y á lucir, saben re-

primirse; mas si en la concurrencia hubo siquiera unas cuantas señoras de distinción, ese incentivo basta á atraerlas y se descuelgan luego como avalancha. Y mira, el éxito de *Terpsícore* está asegurado, y me señaló á dos ó tres damas de la flor y nata tapatía allí presentes. Si no, ya verás, concluyó.

Con efecto, gran experimentado era Yarza en el asunto, pues el baile siguiente resultó brillantísimo. Y debo decirte lo que por mí pasaba: ansioso de distraerme, de borrar de mi memoria á la encantadora María Santelices, acontecía que, atraído por la belleza de alguna, al acercármele, el efecto que me producía era el de acusarme la ausencia de la que pretendía desterrar de mis recuerdos.

Ya avanzada la hora, hizo su entrada en el salón una gallardísima joven, cuya presencia suscitó entre los del sexo masculino, murmullos y cuchicheos. Era (excúsame de darte su nombre; no es lícito ni honesto, que yo la comprometa), la llamaremos, para el caso. . . . . vaya, llamarémosla Eubene; Eubene, si no pasaba, fri-

saba las veinticinco primaveras. Era lo que se llama una mujer completa: alta, majestuoso el continente, perfectamente modelada, estereotipada en el bello rostro una sonrisa de desdén. El murmullo con que fuera acogida, no provenía de que su hermosura no se impusiera, ni de que adoleciera de alguna tacha que afectara su esfera moral. Su hermosura, de que se sentía consciente, habíale captado más de un adorador; pero á nadie había sido propicia, antes á todos los había repelido con burlesca rudeza: de aquí la tilde de soberbia y el mote de «la huraña» con que la designaran. Pronto me dí cuenta de todo, y quizás esto mismo me impulsó á acercármele, deseoso de saber, por mi propia experiencia, lo fundado ó infundado del juicio de los otros. Ya porque fuera yo para ella un hombre casi extraño, que ella y yo de conocernos teníamos, cuando menos, de nombre; sea que aquella noche estuviera yo de vena, ó que ella atravesara por una de esas crisis de los caracteres en que deja uno de ser lo que es habitualmente, ó por todo junto, ello fué que me acogió con se-

ñalada benevolencia, y por respuesta á mi solicitud de acompañarla á bailar, me alargó su *carnet*. Tomélo con vivo interés, y escribí mi nombre en la primera de las piezas que aún no se bailaban; la miré, sin devolvérselo, y como ella no hiciera ningún ademán de recogerlo, rápidamente puse mi nombre en otro número, y en otro más. Eubene, que estaba atenta, exclamó:

—¡Tres!

—Y si me concediera usted más, repuse, llenaría la tarjeta.

Sonrió graciosamente, y, extendiendo el brazo, tomó de mi mano la cartulina.

Fué un vals la primera pieza que me tocara en suerte bailar con Eubene. Qué maestría, Ernesto, qué abandono, que graciosa coquetería, al par que discreta, provocadora. Cómo desmentía su porte para conmigo, el dañado epíteto de los despechados maldicientes. Te aseguro que si hubo mujer á quien menos le viniera el calificativo de «huraña,» era á ella; era lo diametralmente opuesto. Accesible, dulce y afable, tal fué para mí. Y he de decirte la verdad: durante aquella noche, mientras

estuve cerca de Eubene, si me visitó la imagen de María, fué bien vagamente, como para avisarme que estaba yo curado de mi mal.

Concluido el vals, continuamos paseándonos por el salón, en animada plática, como dos viejos conocidos; más, como dos viejos amigos; y á tal punto nos sentíamos contentos el uno del otro, que ya no cobró su asiento, desprendiéndose de mi brazo hasta que vino á tomarle el caballero con quien tenía comprometida la pieza siguiente. Cuando me tocó el segundo turno, aun antes de que yo llegara á ella, ya se había puesto de pie á recibirme. Entre ella y yo habíase establecido tal corriente de simpatía, que, á no saber los circunstantes que éramos conocidos de aquella noche, habrían creído que nuestro trato, que nuestra intimidad, que tal parecía establecida, databa de muy atrás.

Esta mi buena suerte dió motivo á bromas de mis amigos y conocidos, que, sin afectada sorpresa, se maravillaban de la aceptación que había yo alcanzado de Eubene, y aun llegaron, en su no depuesta

hostilidad hacia ella, á darme el título de *afortunado Petruchio,* tú sabes, el personaje de Shakespeare en la *Megera.* Resultaba, al decir de ellos, que no sólo había yo logrado amansar á la *huraña,* sino que me había captado sus buenas gracias.

Ya puedes figurarte, al andar que íbamos, el modo familiar con que nos pusimos á bailar mi tercera pieza. Desde la segunda, habíale yo deslizado algunas más que transparentes insinuaciones amorosas. Ahora, me atreví á más; como era de lógica, hice una declaración en toda forma y solemne. Ni la acogió, ni la repelió. Contestóme con incoloras vaguedades; mas yo insistí con viveza, y aun me atreví á urgirla por una respuesta categórica. Mi acento era de convicción y de una sinceridad, en que, por aquellos instantes, hasta yo mismo creía.

—Va usted muy aprisa, me dijo, poniéndose muy seria. Asunto muy grave es el que usted me propone, y tanto usted como yo necesitamos madurarlo.

—Ya yo lo tengo bien determinado, repuse. El amor no está sujeto á la ley del

tiempo; lo suprime. Es, á un mismo tiempo, primavera y otoño.

—Pero el invierno, en ese caso, pudiera estarle muy inmediato, replicó. Por primera vez nos hemos conocido y tratado en este baile. La primera impresión que he producido en usted. . . . vaciló un momento, y agregó luego, y usted en mí, pudiera muy bien no ser definitiva y estar sujeta á rectificaciones.

—No me conoce usted, deliciosa Eubene, le insté con la expresión más fervorosamente apasionada. Mis decisiones, una vez tomadas, son irrevocables, y en el gravísimo caso de que se trata, está tomada.

—Ni usted me conoce á mí, amigo mío, repuso ella. Tratémonos, tratémonos, y el tiempo dirá.

—Eso será por lo que á usted mira, Eubene, contestéle. Veo que ni usted misma se conoce, que tiene usted poca confianza en los hechizos con que la dotó la naturaleza. En cuanto á mí, el trato de usted no hará otra cosa que acendrar el vivísimo amor que me ha inspirado usted.

—Bueno, replicó, tomando al vuelo mi

frase; eso me engríe desde ahora. Precisamente, aspiro á un amor que tenga la calidad de acendrado.

No era posible ir adelante, y todo se redujo de mi parte á estrechar con transporte su mano y su breve cintura.

El baile terminaba, mas se anunció un vals adicional, y antes de que Eubene se comprometiera, volé á ella y me eché á volar con ella aquel epílogo del regocijo que concluía. Aproveché el tiempo, te lo aseguro. Mas á medida que yo insistía, ella cobraba más discreción y reserva, si es verdad que no hacía nada de su parte por impedir los avances de mis transportes. La última nota del baile espiró en el espacio; íbamos de fuerza á separarnos. Tenté mi último esfuerzo.

—Seremos dos buenos amigos, me dijo por respuesta, dejándome apretar su brazo contra mi costado.

—Eso no puede satisfacerme, repuse.

—Pues seremos como dos hermanos.

—No es ese el sentimiento á que aspiro, repliqué.

—Cuándo me será dado verla? la inte-

rrogué con ansiedad, cuando ya nos acercábamos al guarda-capas. Se inclinó y suspiró á mi oído estas palabras:

—Mañana á la una.

—¿Dónde? pregunté impaciente.

—En mi casa: Calle tal, número tal.

—¡Hombre! exclamó Luca; pues de verdad que iban de prisa! Y á todas estas, ¿qué había sido de tu himenofobia?

—Déjate! Si aquello era puro atarantamiento mío; ¿qué no lo habías comprendido? Ya verás en qué paró todo. Entretanto, ya tenemos que hacer, vamos emprendiéndola, que la cosa urge.

Y abandonando la mesa del desayuno, se echaron fuera del Café.

Acordaron tomar un coche abierto para no perder accidente alguno de la calle, y por parecer de Luca, sin dejar de ir ojo avizor, ni de inquirir en los Hoteles que se ofrecieran al paso, se encaminaron á las principales Agencias de informaciones. Para hacer más fructuosa la pesquisa, recorrerían la gran ciudad metódicamente, cuartel por cuartel.

Pidió Luca á Manso reanudara la narra-

ción, á lo que no se prestó, arguyendo que eso podría dar lugar á que se distrajeran; que había tiempo sobrado para todo, y que en volviendo al Hotel, proseguiría.

Después de ir de un extremo á otro de la encantadora capital austriaca, del Lahdstrasse al Rudelfsheim; del Marguerethen al Alsegrund, sin encontrar el más leve indicio de lo que con tanto afán buscaban, acordaron reservar la tarde para ir á instalarse en el Pratter, con la esperanza de que reaparecería á aquella hora la visión del día anterior. La vida de Manso habíase concentrado en su ojos, atento, sin pestañear al vertiginoso hormiguero del gran Parque. Mudo, Luca no osaba turbarlo, pendiente del menor alerta del amigo para seguirlo. Al cabo de estacionados en alguno de los puntos dominantes, cambiaban de puesto, para no acusarse de la menor falta de observación. Los últimos incendios del crepúsculo teñían de oro viejo las copas de los árboles, los fanales eléctricos alumbraban ahora calles y avenidas, cuando los dos amigos, Luca cansado de su misma inacción, Manso fatigado de la ten-

sión nerviosa en que se había mantenido por tantas horas, determinaron regresar al Hotel, entrando antes, por indicación de Ernesto, en el primer restaurant que se les ofreció al paso, que buena necesidad habían de recobrar las casi agotadas fuerzas.

Manso se dejó caer sobre el asiento que se le ofreciera, poseído de profundo abatimiento. Luca se empeñó en alentarlo y en instarle á que comiera; empero, por más solicitud que desplegó, logró solamente que Luis picara de aquí y de allá, y que apurara una media botella del afamado vinillo de Presburgo.

Regresando al Hotel, ocurrióse á Luca preguntar:

—Dime, Luis, ¿en qué te fundas para creer que la visión de ayer no fué alucinación de tus ojos?

—¿En qué? Vaya, en la evidencia; en que ví á María en toda su integridad.

—Pero, ¿qué es lo que pudo traerla de preferencia á Viena y no llevarla á otra parte? Y si viaja, ¿por qué sola y no acompañada de su marido?

—¿Su marido? Meses lleva de muerto.

Solemnísima promesa me hizo de que si algún día quedaba libre, yo no tendría necesidad de ir á ella, sino que ella vendría á mí, donde yo estuviera. Y esa promesa me la cumplirá; sí, me la cumplirá, porque tiene plena, plenísima certeza del infinito amor que á ella me liga y ha de ligarme por toda la eternidad.

—Pues bien, piensa que si ha venido ó ha de venir á Viena, ó ha de ir adonde estés, sólo por reunirse á ti, natural es que te dé noticia de su presencia, ya que no te la anticipe. Y si no sabe que tú estés aquí, ¿qué habría de venir á hacer á Viena?

—Sí que lo sabe, por lo que has de oir en el curso de mi narración.

—Pues, entonces, creo que estás procediendo como un atolondrado, y lo que viste ayer no fué la mujer anhelada, no fué María, fué su imagen, que tu fantasía exterioriza según el estado de tus nervios y de tus ansias.....

—No de mis nervios; no de mis ansias. Si no ha sido realmente ella la que ayer he visto, como tengo que persuadirme de

que no fué; es una nueva manifestación de ella, otra epifanía suya, como llamaba el Padre Velázquez á las apariciones en que ya tantas veces se me ha mostrado.

—Sin duda que así es en la presente ocasión. No pensemos más en ello; tranquilízate. Si ha de venir á ti, como en ello tienes tan ciega fe; si sabe que estás en Viena, ya se te anunciará, si no es que ella en persona se te presente. Espera, espera, y ahora volvamos á tu interrumpido relato.

—Sí; tiempo es ya, vamos á mi alojamiento; á menos que prefieras que volvamos al tuyo.

—Es indiferente; ni tú, ni yo, tenemos persona ni cosa que nos distraiga.

Y maquinalmente tornaron á la habitación de Luca, é instalados en ella como el día anterior, Manso preguntó:

—¿En dónde habíamos quedado?

—Pues, en la cita de la «huraña,» de Eubene.

—Bueno; á ella acudí picado de natural impaciencia, sin darme cuenta de si aquel impulso mío partía de un estímulo amoro-

so, ó de la pura curiosidad de saber á dónde iba á llevarme la intriguilla.

A la una en punto, con puntualidad de enamorado, estaba yo frente á la casa de Eubene. Ella atisbaba detrás de la vidriera de un balcón y, luego de verme, hízome seña para que entrara. El portal tenía un postigo medio abierto, indicio de que se habían tomado precauciones. Penetré por él, y ella, tan rápidamente había descendido, se hallaba ya en el vestíbulo. Me adelanté hacia ella y, atrayéndome al pie de la escalera, me dijo:

—Papás duermen la siesta. Estamos solos.

Empecé por tomarla su mano, que no supo retirarme, lo que me alentó á retenerla y estrechársela. Hícela las protestas del amor más apasionado, que ella sola había sido hasta entonces capaz de inspirarme. Sin darme la menor muestra de esquivez, se manifestó dudosa é insegura de mí, y á mis calurosas seguridades de que mi pasión por ella tenía toda la trascendencia de un afecto inquebrantable, me replicaba que sólo el tiempo podría dar á

mis palabras la sanción de verdad. Te repito que Eubene, sin dejar de negárseme, no me significó el menor desvío. Nuestra amorosa plática se prolongó por más de una hora, y advirtiéndome que sus padres estaban á punto de levantarse, y que no le parecía oportuno que los criados se dieran cuenta de nuestra cita, que renovó para el siguiente día, á la misma hora, me despedí, después de obtener de ella todo lo que á un enamorado puede conceder una mujer honesta y discreta.

Apenas me había separado de Eubene, cuando algo semejante á un remordimiento mordió mi corazón. La imagen de María se me presentó severa y enojada, y sentí tal cual si en el acto que acaba de pasar la hubiera yo cometido una infidelidad. Con tal poder é intensidad se operó en mí esta reacción, que fuí á encerrarme en mi casa, y de ella no salí en tres días, sino para arreglar, por de pronto, una escapatoria á Juanacatlán, con el objeto de aislarme de todo y tomar allí una determinación. Ni más Eubene, ni más *Terpsícore,* ni más fiestas, y ni siquiera fué para ha-

cerme cambiar de idea pensar en la que de mí se formaría la burlada joven con quien de modo tan villano me condujera. Hube de mudar de programa, y ya no fué á la grandiosa cascada adonde me dirigí, sino á Chapala. Llegué molido de cuerpo y sombrío de alma, pues aquella imagen de María no se apartaba un instante de mi mente, que, absorta en ella, sufría las torturas de un anhelo irrealizable. No obstante el estado de mi espíritu, el sueño no tardó aquella noche en embargarme. De súbito me sentí despertar: no estaba solo; María, sonriente, se apoyaba en mi brazo. El punto donde nos encontrábamos era una gran glorieta, cabeza de un grandioso puente, largo, muy largo, que iba á terminar en un inmenso bosque. Debajo del puente rodaban las ondas de un gran río, que la luna, próxima á su plenitud, teñía de un azul plateado. Ibamos andando lentamente por el puente interminable; ella, siempre sonriente, apoyada en mi brazo; ambos respirando dicha en el ambiente tibio que nos envolvía. ¿Qué país era aquél? Para mí, para ella, era la tierra de la felicidad an-

siada. Una gran ciudad se extendía á nuestras espaldas. De muy lejos llegaban hasta nosotros, en ondas intermitentes, las dulcísimas cadencias de una música deliciosa. ¡Strauss! exclamamos á una: ¡el Danubio! prorrumpió ella, señalando el río; ¡Viena! dije yo, apuntando á la ciudad. En aquel punto desperté de veras, y María, puente, música, río y ciudad, se desvanecieron con el propio encanto con que habían aparecido en mi ensueño, dejándome la impresión viva de la realidad sentida.

Tanto pudo en mí este ensueño, que tomé por una nueva epifanía del ser ya tan hondamente amado, que, al levantarme, presa de congojosa tristura, no pensé más que en regresar á México, como solicitado por atracción incoercible. Y no vacilé: en el acto mismo hice mis aprestos y partí.

Al llegar á mi casita de la Monterilla, la portera me entregó, junto con algunas cartas, un pliego sellado con las armas inglesas. Era la invitación al baile que dentro de diez días iba á dar la Legación de Inglaterra. Loco regocijo me produjo su lectura: María no habría, de seguro, de fal-

tar á él, y allí gozaría de la ventura de verla y acercármele, y. . . . . quién sabe de cuánto más. Ella traía, como sigue trayendo, absorbidas todas mis facultades, al extremo de que, en la demencia de mi amor, olvidaba yo su estado y condición, y no concebía que existiera en el mundo fuerza bastante poderosa, capaz de privarme de ella.

Lo primero que hice, fué dirigirme á Gabriela, quien, al verme, no pudo menos que mostrarse grandemente sorprendida, por aquella mi súbita aparición, como súbita había sido mi escapatoria.

Con el interés que todo lo que me atañe le inspiró siempre, trató de inquirir la causa verdadera de mi repentina desaparición; mas, al advertir el embarazo en que me ponía, cortó discretamente, preguntándome cómo había andado mi salud. Mucho pudo en mi aquel rasgo de su delicado tacto y, para hacérselo comprender, la dije:

—Gabriela: usted sabe cuán sinceramente la estimo; sabe usted cuánto me es cara su amistad; cuánta confianza me ins-

pira usted. Me va usted á permitir que, por ahora, le esconda los móviles que vienen produciendo todos mis actos, y que no puedo atinar hasta cuándo serán modificados ó desaparecerán; pero siento que va á llegar el día, en que tendré necesidad de confiarle todo. Hágame usted la gracia de aguardar á ese día.

—No abrigo el menor empeño, repuso, en que me confíe usted lo que deba estar guardado. Pero sepa, desde ahora, que en todo tiempo hallará usted á la amiga dispuesta á prestarle ayuda, cuando de ella necesite.

Bien sabía yo que las palabras de Gabriela eran expresión de la más genuina sinceridad, y así se lo significué.

En el curso de la plática pude descubrir que María había escaseado sus visitas á Gabriela, quien, alarmada, llegó á temer se hubiera alterado su salud; duda de que la sacó la esquela de respuesta de la bien amada amiga á la solícita que Gabriela la dirigiera.

Por un movimiento automático, engendro de mi natural anhelo de verla, quise

hacérmele encontradizo, discurriendo por los lugares que ella solía frecuentar, y aun aventurándome por su propia calle. Poco duró mi impaciencia, pues, al siguiente día, la vi justamente en el instante mismo en que, saliendo de la Casa de Hillebrand, tomaba asiento en su coche. Yo marchaba por el lado opuesto; vióme, detúveme, dirigíla profundísimo saludo, correspondiólo tímidamente, parecióme que daba alguna orden al cochero, y el carruaje partió casi á escape.

Dasasosegado esperé el miércoles inmediato. Como nunca, abundaron las visitas de Gabriela, y aquella tarde, si alguien se hubiera fijado en mí, habríame encontrado el mayor soso de la tierra. A nadie atendía y nada entendía. Yo mismo me sentía ausente de las animadas pláticas con que zumbaba el salón. Ya desesperaba de ver á María y me disponía á despedirme, cuando, por fin, apareció. Jamás tan bella como aquella noche, que noche era ya. ¿Estaba pálida? No sabré decirte si era palidez la suya, ó bien efecto del brillo de las incandescentes. Quise adelantarme á saludarla, mas no sintiéndome dueño de mí, me re-

traje. Ella, por su parte, no hizo ningún movimiento para acercárseme, limitándose á un saludo de simple inclinación de cabeza. Aquello me desconcertó y sentí ímpetus de escaparme en aquel mismo punto. No tardé en reponerme: con ocasión de tomar la taza de té que la ofrecía Gabriela, á quien estaba yo inmediato, se adelantó, fijó en mí sus ternísimos ojos, me alargó la mano, que estreché con efusión, tal como si fuera su propia alma la que me presentaba.

—Ingrata, la dijo Gabriela, ¿por qué tan tarde? No sabes cómo se te ansía. . . . ?

—Si vieras. . . . no me he sentido bien. Sólo he venido por no hacerme la interesante. Luego, dirigiéndose á mí, agregó: —Y usted, señor, parece que se había ausentado de México?

—Con efecto, señora, estuve ausente algunos días. . . . La necesidad de arreglar algún asunto en mi tierra. . . .

Y volviéndose á Gabriela:

—Dicen que es muy linda la tierra del señor. ¿No?

—Pues ya lo creo, contestó Gabriela;

su tierra y todo lo que contiene; Guadalajara y sus tapatías. Aquello es la gracia de Dios, la tierra de María Santísima. Eso cuentan cuantos van allá. Nos ha de llevar usted, Luis, á conocer su tierra.

—No apetecería yo mayor dicha, Gabriela, la contesté, fijando una mirada intensa y deprecatoria en María. Esta se mantuvo muda, ocupada en sorber su taza de te. Cuando hubo concluido, me apresuré á recogerle la porcelana, y aproveché el momento para preguntarla si asistiría al baile de la Legación Inglesa.

—No sé, me respondió. Depende de tantas circunstancias. . . .

Y dicho esto, fué á sentarse muy distante de mí. Volví á mi estado de insensatez. A poco, ella, Gabriela y otra señora más, se levantaron y se dirigieron á la pieza inmediata en que se solía hacer música. Creí que iba á tocarse para ir á incorporármeles, á pretexto de oir, mas el taburete del piano permaneció baldío; las tres platicaban vivamente y reían con expansión.

Sin motivo real me sentí como corrido, y sin más ni más tomé el portante.

Parece inútil que yo te diga que aquella noche fué de insomnio para mí, fija mi mente en la imagen de María, y presa de mil ideas contradictorias, rayanas, á las veces, en verdaderos absurdos. La fatiga me rindió, y al despertar me sentí agobiada el alma y dolorido el cuerpo, y como en estado de imbecilidad, sin acertar con nada.

Vino la noche del baile. Mi criado se encargó de vestirme, sin que yo pusiera de mi parte otra atención, que la de no presentarme en mal pergeño. Maldita la gana que tenía yo de bailar; no me llevaba otra cosa que la probabilidad de encontrarme con María. Cambiados los saludos de etiqueta con los dueños de la casa, traté de instalarme convenientemente, de modo que pudiera yo dominar la escalera por donde tenían que llegar los concurrentes. Aun cuando por mis propios ojos no la hubiera visto, la exclamación de ¡María! en que prorrumpió el grupo de caballeros que circulaba cerca de mí, me la hubiera enseñado. Efectivamente, María, á quien al pie de la escalera había tomado Mr. Ca-

rick, el Secretario de la Legación, ascendía, radiante como una divinidad, seguida de un señor alto y de severo continente. Me mantuve firme en mi puesto, por donde ella tenía que pasar, y pasó en efecto, rozándome con su falda de crespón de China, y saludándome con una leve inclinación de cabeza. Seguíla con la vista; fué conducida al gabinete que servía de guarda-capas, se despojó por su propia mano de su *salida,* que echó en brazos de un lacayo, y volviéndose á tomar del brazo de su conductor, penetró en el primer salón, siempre seguida del señor alto. Maquinalmente me moví en pos de ella. Al volverse, después de saludar al Diplomático y á su consorte, se encontró frente á mí.

—Mi marido, me dijo secamente; el señor Manso, dijo á su marido, y sin soltarse del brazo del Secretario, fué á tomar el asiento en que éste la instaló. Marido y yo nos quedamos un instante frente á María; yo, pensando: he aquí al marido, he aquí al famoso doctor y sabio don Raymundo Proal; más afortunado por la joya que posee, que por toda su sabiduría, Él, de

modo llano y afable, me alargó su diestra, que yo recogí. Y tras las banalidades de ordenanza, hizo movimiento de salir, y yo, no sabiendo qué partido tomar, juzgué por el más correcto acompañarle, tan aturdidamente, que, como su marido, me retiré sin dirigirla una frase.

Para aquel hombre singular, aquella fiesta carecía de sentido, pues limitándose á cambiar el saludo con sus conocimientos, que eran todos los presentes en el baile, se encaminó á la biblioteca, donde de estante en estante, se puso á examinar los lomos de los libros, acabando por tomar uno; se sentó quieta y tranquilamente, como si nada pasara á su rededor, frente á la mesa-librero, abrió el volumen, y apoyada la frente en la palma de la mano izquierda y la derecha en el canto del libro para ir volviendo las hojas, se entregó á la lectura.

Alguno que, como yo, había observado al Doctor, en inmediato corrillo, exclamó: ¡Miren! ¡Miren! cómo no pierde tiempo el Doctor. Hélo ahí dado al estudio; ¡qué hombre! Seguro que ha hallado en ese

libro algo que sacar para su famoso invento, agregó otro. ¿Cual invento? inquirió alguno. ¿No lo sabes? dijo otra voz, pues si hace mucho tiempo que vive encerrado en su laboratorio de la Escuela de Medicina, buscando la luz, es decir, una nueva luz en aquellas tinieblas! Asegura que va á sacar de una nueva combinacion de los hidrocarburos, una luz mas brillante que la electrica: ya hasta le ha dado nombre, la llama *Homolchonita*, porque dice que será tan brillante como la misma luz del sol. Vaya que son ambiciosos estos sabios! repuso otro: quiere mas luz, como si no tuviera en su propia casa todo un sol de belleza. Asintieron todos á una, ponderando los encantos de María. Yo no sé por qué, abundando con exceso en la misma apreciacion, me sentí como celoso de que hubiera ojos que la hallaran como la veian los mios.

Yo me andaba incierto, de un salon á otro: ora contemplando á María á hurtadillas, con inexplicable timidez: ora, si dejaba de mirarla, sintiendo su imagen radiosa fija en mi cerebro. Ya me venian im-

pulsos de ir hacia ella; ya me reprimía, enfrenando mis ansias. En momentos, parecíame que me ahogaba; en momentos, como si el corazon se me hinchara y no hubiera espacio en mi pecho para contenerlo.

En uno de tantos paseos, descubrí que al lado de ella habia una silla desocupada, y por impulso maquinal, sin vacilar un punto, fuíme hacia ella, con el ánimo de invitarla á bailar.

Al acercármele, su mirada me baño de un fluido magnético, la sonrisa con que me acogió me transportó de dicha, y al formularle mi pretension, comenzó por ofrecerme el asiento vacío, en el que me d splomé agradecido, que no apetecía yo otra cosa, prometiéndome que bailaríamos la siguiente á la pieza inmediata que tenía comprometida con el Ministro de Italia. Pronto acudió éste á ofrecerle el brazo, con lo que salí de la apurada labor que embargaba mi pensamiento, buscando una frase adecuada, que en vano quería encontrar, para abrir plática tal cual la ansiaba yo con la gentilísima dueña de mi ser.

Sirvióme el tiempo que ella bailaba para tomar la resolución de no moverme de ahí y coordinar mis pensamientos. Hízome la gracia de no prolongar mi abandono, pues luego que cesó la música, recobró el asiento que dejara al lado mío. La alabé su gracia y donosura en el baile, como en todo lo que ella ejecutaba. Cumplido de Ud. y nada más, repuso. No tengo más afición por el baile que la de un mero *sport*. El baile sacude y distrae. También hace soñar, agregué.—Soñar.... eso ya es asunto de como se ande por dentro, observó. Con aquello, ya nuestra plática pudo tomar vuelo, no tal que me atreviera á alguna imprudencia, sino tanteando el valor de las palabras, como quien avanza entre espinas. Ella, por su parte, discretísima, no dando á mis conceptos más alcance que su significado casi meramente fonético. Me llegó mi turno. Unas cuadrillas. Estuve torpísimo; las eché á perder como un aprendiz, yo que hacía gala de maestro, que de serlo había dejado fama en los bailes de la *Terpsícore*.

Al terminar las cuadrillas, se invitó al

buffet, adonde conduje á mi divina pareja. Esto fué ocasión de hacerme admirar un nuevo detalle de su belleza. Al descubrir sus manos vi como eran un encanto de arte y delicadeza: finas, largas, carnosas, ligeramente sonrosadas, las articulaciones marcadas por hoyuelos apenas perceptibles, los dedos en punta, guarnecidos de unas uñitas color de rosa, acanaladas y cortadas en ojivas. Hice de ellas el elogio que reclamaban, más que con mis palabras, con mis ojos, que á cada momento fijaba y tornaba á fijar en aquellos manojitos de rosas y azucenas.

Una atracción irresistible me retuvo al lado de María, hasta la una de la mañana, hora en que el nada solícito marido vino á indicarle que ya era hora de retirarse. Nada hubiera significado ó habría significado muy poco la forma en que me tendió la mano para despedirse de mí, apretando la mía largamente y con efusión, si aquel movimiento no lo hubiera acompañado de una no menos larga y ternísima mirada. Inefable transporte me embargó; sentí como si por aquel medio hubiera

querido entregarme su alma, que yo recogí con todo mi ser, arrobado de felicidad.

He de decirte que desde aquella noche nada quedó en mí de mi persona. Mi conciencia me acusaba de que la vida se me había ido toda á ella; que sólo vivía de ella, por ella y para ella.

Es por demás que te diga que no daba yo paso, que no ejecutaba acto alguno, que no tuviera por objeto encaminarme á ella. Era yo como su sombra, y se daba el caso de que las ocasiones se hacían propicias á mis anhelos. Parecía que un genio misterioso había tomado á su cuidado confundir nuestros destinos, pues las más singulares coincidencias favorecían nuestros encuentros. Entre otros, oye el siguiente, que vive clavado en mi memoria: era un jueves, un 25 de Junio, bien precisa tengo la fecha. Iba yo por la banqueta de la Mariscala, rumbo á San Hipólito, cavilando como de costumbre, en el problema en que se complicaba mi existencia y en sus posibles soluciones. A esto, una voz de tenor, de un timbre delicioso, vino á romper mi enajenamiento: la voz partía de la iglesia

de la Santa Veracruz, entonando el *Pange lingua*. Atraído automáticamente por la seducción del canto, me entré en el templo, é imitando la piadosa actitud de los asistentes, avancé lo más que pude, y me arrodillé. Se celebraba la misa de renovación, y todo un pasado ya lejano surgió de súbito en mi pecho, como obedeciendo á una mágica evocación. Sentíme conmovido hasta la médula de mis huesos, y las lágrimas rodaron de mis ojos. Del fondo del incrédulo, del semi-ateo, despertaba la creencia, la fe religiosa ya renegada ó relajada, y despertaba en aquel punto asociada al profundo sentimiento de mi amor. Dios y ella se levantaron á una en mi conciencia por espontánea ascensión, y allí adoré á Dios en ella, y á ella en Dios.

Yo sentía; no analizaba, ni podía discernir si en aquella adoración en que confundía yo Creador y criatura, habría ó no sacrilegio.

¡Qué sorpresa y qué sacudida, tú! Cuando los fieles se levantaron para sentarse, ¿junto á quién crees que me encontré? Junto á la misma María, que al verme, palide-

ció como una muerta. Yo me sentí desvanecido, como si todo el templo diera vueltas. Pronto me recobré y tuve ánimo de poner en ella mis ojos en éxtasis; y olvidado de la condición de ella, pedí á Dios, en mi impía demencia, que consagrara la unión de nuestras almas ante El consumada. Salieron los feligreses. Ni María ni yo acertábamos á movernos, hasta que ella, por súbita resolución, se irguió, y haciéndome un ligero saludo, más con los ojos que con la cabeza, partió. Yo me quedé clavado y no pude salir de la iglesia sino pasados algunos instantes.

Así había transcurrido más de un año.

—Pero tú ya no podías abrigar duda de que esa mujer te amaba, aventuró Luca.

—Tal quería persuadírmelo mi anhelo, contestó Manso; mas yo, temeroso de equivocarme, que una equivocación habría causado mi muerte moral, te lo juro, repelía todo lo que pudiera parecer engreimiento de parte mía.

—Entonces, ¿qué te proponías? Imaginabas poder vivir así toda la vida?

—Yo no me proponía nada. La adora-

ba incondicionalmente. Mi amor, en aquellas condiciones, es verdad que era mi espantosa tortura, pero también era mi felicidad. María había venido á constituir para mí como el complemento de mi ser, la necesidad precisa de mi existencia, y ese complemento era irrealizable, bien lo sabía yo, y esa necesidad no podía ser satisfecha; ¿qué querías que yo hiciera?

Dice el dicho que amor, dinero y cuidados no pueden ser disimulados, y fué la perspicaz Gabriela, la primera en advertir mi apasionamiento, cuyo secreto supo guardar *in peto,* y apenas si alguna vez llegó á una vaga é indeterminada insinuación. Tenía derecho de esperar una confidencia mía, que yo no estaba dispuesto á hacer á nadie, á nadie, sin comprender que mi conducta andaba denunciándome á cualquiera que hubiera querido observarme ligeramente.

Más tarde no faltó indiscreto amigo que hiciera gala de haber sorprendido mi amor, aserto que rechacé indignado, pues bien comprendía el daño que á ella, en su condición de mujer ligada á otro hombre, po-

dia causarla, y yo no habia de consentir que el envenenado vientecillo de la maledicencia la rosara siquiera con su ponzoña. Y no que no me llenara de intima satisfacción, de dicha plena, tamaña indiscreción. Con cuánto regocijo, con cuánto orgullo habría yo gritado mi amor por calles y plazas. Mas tanto bien, tanta ventura mia, hubiera hecho de ella la víctima de los que no gozan con la ajena fortuna.

¿A dónde iba mi amor así creciendo sin tregua? María iba dejando de ser para mi una mujer; ibase transformando en la inmensidad que me envolvía: luz para mis ojos, aire para mi vida, plenitud de ideal para mi alma. Y acontecía, que á medida que mi amor se hacía más intenso y más se dilataba, germinaban en mi pecho antipatías y repugnancias por el hombre á quien apenas conocía, por el Dr. Proal, reo del enormisimo pecado de ser el poseedor de tan soberana realeza. ¿Odio? Nó; odio no le tenia, nada lo hubiera explicado. El Doctor me embarazaba, y á título de obstáculo, deseaba yo poder hacerlo á un lado, que desapareciera. Triste condi-

ción la de cifrar la propia ventura en el mal de otro! . . . . . Considera que yo había venido á hacerme un enfermo mental, de dolencia no sólo incurable, sino de agravación creciente. No obstante que mi amor había asumido proporciones de inmensidad, á cada despertar sentía yo que amaba á María más que el día anterior. Mis actos, como natural era, respondían al estado de mi ánimo, que en una sociedad en que no escasean los desocupados, los impertinentes y los mal intencionados, no podían pasar inadvertidos, y heme aquí hecho fábula de las no atadas lenguas, y conmigo, por mal sana complicación, á María, cuyas singulares virtudes no bastaban á conservarla indemne de villanas sospechas.

Solícito por procurarme el contacto con ella á todo precio, había conseguido hacerme con las relaciones que ella cultivaba de preferencia, de donde nuestros frecuentes encuentros, de los que, lejos de mostrarse desagradada, se manifestaba contenta, acogiéndome en todas partes con señaladas muestras de distinción. En la satisfacción de mi egoísmo, no había sospechado el

trascendental perjuicio que de ahí la vendría, pues por imprecabido yo, y ella por inconsciente, dábamos pábulo á las murmuraciones y á las osadías de la calumnia.

Bien pronto vine á cosechar el amarguísimo fruto de mi imprudencia. Cuando María y yo nos encontramos el inmediato miércoles en casa de Gabriela, no pudo disimular la inquietud y turbación que denunciaban su semblante y hasta sus movimientos, lo que dió lugar á que alguna de sus amigas le preguntara qué era lo que tan preocupada la traía, negando María rotundamente que le aquejara preocupación alguna. Por contagio necesario, su inquietud trascendió luego á mí, perdiéndome en conjeturas acerca de la causa generadora de aquel estado de su espíritu. Dos veces hizo conatos de levantarse, dos veces titubeó, hasta que, por fin, la tercera, de modo resuelto, se puso de pie é hizo su despedida, dando á Gabriela un abrazo excepcionalmente efusivo. Yo que estaba pendiente de los movimientos de María, acudí presuroso á darla el brazo para bajar la escalera, lo que sin duda esperaba,

pues no trató de excusarme ni de mera fórmula. Ni una palabra, por supuesto, en todo el tránsito hasta el pie de su coche. Cuando estuvo en él instalada, me alargó la mano por la portezuela, y reteniéndola un instante, agitada de un ligero temblor, me dijo: —Tengo que pedirle un favor. —Nunca más dichoso que pudiendo servirla en algo, le contesté. Y con voz entrecortada agregó: —Quisiera merecerle que viniera usted á verme mañana á mi casa. Como fácil te es comprender, aquella invitación me sorprendió sobre toda medida, y antes de que yo respondiera, continuó: —Mañana al mediodía ó en la tarde espero á usted; mejor en la tarde. Y como si temiera entablar allí un diálogo, ¡á casa! dijo al cochero.

¡Figúrate en qué situación de ánimo me quedaría ante el problema que para mí encerraban las breves palabras de María! Me invitaba á pasar á su casa, donde nunca había yo puesto los pies. . . . ¿qué podría significar tan inimaginada cita? Tratar de descifrarlo fué vana y tormentosa labor para mi pobre cerebro, que no hubo posibilidad

y hasta absurdo que no concibiera, menos el motivo real que lo inspiraba.

No salí de mi cuarto al siguiente día, pendiente de que llegara la hora de la tarde que fuera más propia para mi visita. A las cuatro me lancé á la calle, llegué á la casa de María, una criada recibió mi tarjeta para anunciarme. La criada volvió á poco, y me introdujo en una piecesita en que la luz exterior penetraba, ó mejor dicho, se tamizaba á través de unos visillos de punto de seda. La presencia de María, que allí esperaba, no me dió tiempo de examinar aquél á manera de estuchito en que me recibía. Sólo en el curso de nuestra plática, pude ver que los únicos objetos que la decoraban, eran: en un rincón, asentada sobre columna de mármol, una Psiquis de Carrara, y á la derecha del pequeño sofá que María me ofreciera para que me sentara, una Madre de las Angustias, de Buguereau. Ocupó María un silloncito que quedaba á mi izquierda; estaba sumamente pálida, hizo un esfuerzo para hablar, y con acento mucho más trémulo que el que mostrara la tarde anterior, sus-

piró, más bien que dijo: Comprendo, Señor Manso, cuánto le habrá sorprendido mi cita de ayer tarde..... Hizo una pausa, parecía que las palabras la estrangulaban. Sólo la necesidad..... sólo una suprema necesidad, continuó dificultosamente, pudo haberme determinado..... pudo haberme determinado á este paso..... á este paso tal vez imprudente..... imprudente, sí, pudiera ser, pero necesario. Me lo debo á mí, lo debo á usted, lo debo, en fin, á todos mis deberes.....—Señora, articulé anonadado, ante la espectación de la tremenda cosa que mi instinto quería descubrir tras aquel exordio; lo que sea, lo que tenga yo que hacer, sin reserva, sin límites, será ejecutado por mí, sin un momento de vacilación. Mándeme usted, Señora, su siervo soy, menos que su siervo, tráteme usted como si fuera yo simple cosa de usted. Pareció serenarse; tomó aliento y prosiguió:—¿Puedo esperar, pues, de usted un servicio, un gran servicio, un servicio que no tiene precio? Ya lo dije á usted, Señora; soy menos que su esclavo. Mándeme usted y será usted obedecida, ciega, fatal-

mente. Y suavizando cuanto más le era dable el dulcísimo timbre de su voz, continuó: Señor Manso: una súplica, y al escucharla, no vaya usted á imaginarse que soy una ingrata; le estoy profunda, muy profundamente agradecida; pero sepa usted, que en este desgraciado mundo, en nuestra sociedad, tal cual está organizada, no tenemos derecho de hacer el bien sino con compás y medida. He tenido la fortuna, fortuna que me pesa, perdóneme usted, de haber ganado su simpatía, su adhesión, y esa fortuna..... esa fortuna me está haciendo mal..... En aquel punto sentí que toda la cantidad de valor de que soy capaz subía á mi cerebro, y atrevidamente, puedo decir, inconsciente, la dije con resolución, con la resolución de quien se precipita en un abismo: —Pluguiera al cielo, señora, que el sentimiento que usted ha despertado en mí fuese una pura adhesión simpática. No es eso, señora, no es eso.—Me dolería, mucho me dolería que el sentimiento á que me contraigo tuviera otro nombre del que yo le doy. —Pues otro nombre tiene, Señora, repuse con no menor

resolución. —No lo pronuncie usted, señor, si acaso en mi condición no deba oirlo, si la sociedad puede reprobarlo, y condenarlo mi religión. —Pues no lo pronuncio, Señora, mas callarlo no lo destruye. Permanecimos algunos instantes en un silencio embarazoso, que ella rompió. —Quería decirle, Señor Manso, que estoy muy agradecida á la adhesión que me ha venido usted significando; desgraciadamente usted la ha dejado advertir de alguien más que de mí, y para bien de usted y para sosiego mío, quiero pedirle, quiero suplicarle que no vaya usted demasiado por donde yo voy. Para ayudarle, no me parece sincero ocultárselo, ya no veré á Gabriela los días en que acostumbra mostrarse á sus amistades. —Tal cual si yo me considerara asistido de algún derecho, osé replicarle, poseído de angustia: Y qué será de mí, si dejo de verla? Ah! qué mal he hecho á usted para tan tremenda, para tan espantosa condenación? —A mí, ninguno. Por modesta, por estricta que sea una mujer, tiene que sentirse halagada de los homenajes de un hombre digno, y digno por

demás es usted. No, Señor Manso; insensatez sería decir que usted me hace mal. No me vea usted á mí, considere usted mi condición..... No sólo no soy libre, que bien visto, nadie lo es; pero soy mujer casada, y, desgraciadamente, de alguna notoriedad, y por poca experiencia del mundo que tenga usted, ya ha de comprender los riesgos á que vive expuesta una mujer de mi condición. Por inocentes, y no pueden menos que ser inocentes las simpatías que sienta usted por mí, las gentes no las han de juzgar tales, y de mi falta de mala crianza para con usted, sacarán argumento para condenarme, para fraguar que hay inteligencia culpable entre nosotros dos. Ese es el mundo, Señor Manso; y en el mundo vivimos. Cierto que á las torpes insinuaciones de la maledicencia, que han llegado ya hasta mí, bien puedo responder, adoptando para con usted un sistema de desvío y hasta de esquivez; mas sobre que proceder semejante no se aviene con mi nativa lealtad, hubiera usted hallado inexplicable mi proceder, y ¡quién sabe!.... quién sabe si hasta tomarlo por artificio

de coquetería. Y coqueta?..... No; en mí no hay madera para coqueta. —De modo, Señora, que hay pecado en que usted y yo existamos en este mundo, según el criterio á que me somete usted, repuse. —Yo no someto á usted, Dios me guarde, á mi criterio; es el mundo, precisamente este mundo en que estamos viviendo el que nos somete á su juicio. —Juicio malsano, Señora, articulé. —Malsano, convengamos; pero ha de saber usted, que nuestra vida se compone más de la apreciación de las gentes, que de nuestros actos, de nuestra propia conducta. —Quiere decir, repliqué, que en nombre del parecer mundano me condena usted á que me prive del único encanto que tiene para mí la vida....? —No, Manso; yo no le condeno á nada; carezco de derecho á condenarle, á pretender privarle del empleo de su libertad como más le cuadre; sólo que su proceder tan correcto, tan caballeroso, tan fino para conmigo, me ha inspirado la mayor estimación por usted, y eso me impulsa también á pedirle, á suplicarle me haga menos objeto de su solicitud, que es desfavorablemente

juzgada. Á menos que quiera usted condenarme á huir del trato de las gentes, á cortar mis relaciones de sociedad, á que no tenga amistades, á que viva recluida dentro de las paredes de mi casa; porque sólo así, y quién sabe si ni aun así, lograría poner freno á la maledicencia. —Eso nunca, Señora, protesté con viveza; eso jamás, Señora. Perezca yo mil veces antes de ser ocasión de la menor contrariedad para usted. Yo sentía que me exaltaba. La idea de dejar de ver á María con la frecuencia y facilidad con que hasta ahí había contado, sólo porque así placía á tres ó cuatro mal intencionados, me exasperaba, y obedeciendo á los arranques de mi indignación, sin atender hasta dónde podían alcanzar mis palabras, la dije en tono solemne: —Señora: lealtad por lealtad; yo también quiero y debo ser franco y sincero con usted. El empeño que he venido mostrando por verla á usted, por acercarme á usted, es hijo de un sentimiento incoercible. No sé qué nombre tiene; no sé si será condonable; no sé si usted lo reprobará; sólo sé que no tengo fuerzas para

dominarlo; sólo sé que me siento atraído, empujado hacia usted por un poder irresistible; sólo sé que con sólo mirarla me siento colmado de ventura, y á tal punto, Señora, que si Dios me prometiera su gloria, únicamente se la aceptaría á condición de gozarla á través de usted. Sin que yo me haya podido explicar de cómo ha venido esto, esto vino, y aquí me tiene usted absorbido por usted, viviendo de usted, en usted y por usted. Y qué la pido, Señora, y qué la he pedido? ¡Nada! Me basta con que exista usted sobre la tierra, al alcance de mi vista, para que yo considere la vida como un inmenso bien, como la felicidad misma. En mi exaltación había yo olvidado todo. Sólo sentía las ansias de que no se consumara aquello que me amenazaba, tal como el náufrugo nada con desatinada desesperación por asir la tabla que flota incierta, en la que está seguro de encontrar su salvación. María se mantenía muda; mas dos lágrimas que se escaparon de sus ojos denunciaban el estado de su alma. Tomé aliento y continué: —No he llegado, Señora, á este trance sin resistir,

sin sostener una lucha despiadada conmigo mismo. Desde el instante que acerté á comprender el sentimiento que la simple presencia de usted había hecho germinar en mi alma, traté de sofocarlo, de evitar las ocasiones de verla. Nada pude; una necesidad superior á mi albedrío me arrastró, me obligó á acudir al único lugar en que por entonces podía verla, á casa de Gabriela. No era la voluntad quien me llevaba al encuentro de usted, era mi puro organismo. Y qué era lo que me alentaba? qué lo que me alienta? La desesperanza más cruel..... No me hago ninguna ilusión; es usted para mí el imposible, y porque lo sé, no solamente nada le pido, sino que no aspiro á nada. Vivo y seguiré viviendo en este sentimiento unipersonal. En presencia de mi fracaso, vi claramente que nada lograría, en tanto me moviera en el propio medio que usted, que únicamente alejándome de usted á otra tierra, podía impedir que ejerciera usted sobre mí la atracción que hacia usted me precipita. Recordará usted aquella mi ausencia á Guadalajara. Allí puse en juego toda mi actividad

para borrar de mi cerebro la imagen de usted. Hice todo, Señora, todo, hasta lo más incorrecto y vituperable, ¡vanamente! La necesidad de vivir me tomó entre sus brazos de hierro y me devolvió á México. La hago mal aquí. Mientras no lo sabía, mi egoísmo tenía disculpa; hoy, que por la declaración suprema que se ha dignado usted hacerme, no ignoro ya el daño que le hago, mi cobardía no sabría ser absuelta. Debo perder la tierra y me iré, Señora, me iré con el regocijo de haberme sacrificado por usted..... ¿Piensas que me retuvo? Nada de eso. Toda conmovida, me alargó sus dos manos, tomó las mías y con acento rebosante de efusiva gratitud, me dijo: Gracias, amigo mío! ¡Gracias por su ejemplar abnegación! La ausencia hará el milagro; usted recobrará su bienestar y yo podré vivir sin zozobras. Sentí que mi corazón me daba un vuelco. María aceptaba, sin conmoverse, sin piedad, mi sacrificio, únicamente para dejar de correr los peligros de la maledicencia..... Cuánto, cuán refinado egoísmo, exclamé para mí. Como empujado por un resorte irresis-

tible, me erguí, la tendí mi mano febril, que ella estrechó, diciéndola seca y rudamente: ¡Adiós, Señora!

—Qué egoísmo más sin entrañas, prorrumpió Ernesto. ¡Pobrecito de ti!

—Sí, pobrecito de mí! Para salvarse no vacilaba en sacrificarme. Yo era obstáculo para que se mantuviera irreprochable al juicio de algún malvado, y me condenaba sin misericordia á los horrores de mi muerte moral. De momento, no me dí cuenta de la inmensidad de mi infortunio; parecía como si un formidable golpe de mazo hubiera azotado mi cerebro. Me puse febricitante; acaricié la idea del suicidio; tomé mi pistola y la estuve examinando con indiferencia. ¿Por qué no me maté? Te juro que no experimentaba el menor apego á la vida, hasta me causaba pavura. Y no me maté. ¿Qué instinto, qué secreta fuerza obró en mí, que volví á dejar el arma con la indiferencia misma con que la había tomado?

Noche espantosa aquella, Ernesto. Noche espantosa aquella, y los dias y noches que la siguieron. Caí en una depresión de

anonadamiento. Ni sentía ni comprendía, envuelto en cerrada tiniebla. Tres días se pasaron así. Al cuarto, extenuado de inanición, la naturaleza recobró su imperio. Volví en mí, analicé mi situación, y ¡ea! me dije, ¡arriba! ¡afuera cobardías! Ahora, á responder ante ti mismo, ante tu propia dignidad, de tu extravío. El Paraíso no fué hecho para ti, no cabes en él. En tu delirio llegaste á creer haberlo encontrado en esta tierra que te sustentó, que te alumbró con su luz, que te ha hecho vivir con su aire; no, no es aquí. Aquí está tu martirio, tu desesperación, ¡fuera, pues! Á otra parte donde nadie sepa de ti, donde perezcas en el más negro desamparo. ¿Para qué naciste, hombre? Sentíame airado contra mí, y mi despecho suscitó mi soberbia, que, al menos por aquellos instantes, anuló los efectos de la otra pasión que me absorbía. ¡Cuán verdad es que no hay espacio en el corazón humano para que en él coexistan dos pasiones! Con febril apresuramiento sólo me ocupé en la realización de mi salida del país. Comuniqué á mi apoderado en Guadalajara mi

resolución, y le apremié á que por cualquier medio, siquiera enajenando mis inmuebles, me procurara los recursos necesarios para una ausencia dilatada en Europa. Más sereno, sin duda, que yo, condenó como descomunal imprudencia la venta de mis bienes, y por una hábil combinación me aseguró medios de subsistencia para vivir en el extranjero en una posición humilde, pero decorosa. En México carecía de arraigo, contando por únicos bienes algunas acciones de Banco. Yo no había menester mayores recursos, pues mi necesidad única no era otra, que salir de México á la mayor brevedad.

Á medida que la tirantez de mis nervios se iba aflojando, comenzaban á acusarse los síntomas de mi enfermiza pasión. Pensé en Gabriela, en denunciarle mi estado, en hacerla mi confidenta, por supuesto en cuanto no trascendiere á perjuicio de María; pero enfrené mi primer impulso, y en la lucha de si iría yo á ella ó no, después de unos cuantos días de perplejidad, el inmenso desconsuelo que ya hacía resentir su odiosa pesadumbre en mi corazón, me decidió acudir á la noble amiga.

Me le presenté demudado; puso ella cara de aflicción al verme, y con exquisita solicitud me dijo que mucho se alegraba de mi presencia, pues ya temía que estuviera yo aquejado de alguna grave dolencia. Grave es la que padezco, la contesté, y tan grave, que para ella no hay remedio. Y sin titubeos, me dijo: ¿Con que se nos va usted? La pregunta fué para mí toda una revelación. Era evidente que María le había hecho alguna confidencia. ¿Hasta qué punto? No podía alcanzarlo; mas no iba á hacérseme difícil descubrirlo.—Gabriela, la contesté, no está en la mano del hombre contrariar su destino; el mío, que es cruelísimo, me condena al destierro. ¿Cómo supo usted?—Pues por quién, si no por María? La encontré inconocible, presa del más hondo abatimiento.—El sarcasmo de la crueldad, observé.—No sea usted injusto, Luis; no sea injusto. ¿Piensa usted que las mujeres carecemos de nervios, de sensibilidad, de alma? ¿Cree usted que no signifique un sacrificio para una mujer prescindir de las delicadas atenciones, de los homenajes de un hombre,

por desinteresados que fueren, y mientras más desinteresados, con más razón? Pues sí que es sacrificio. Y yo juzgo como María. Ella es muy buena, es una santa; pero es muy bella, y este pero la hace imperdonable. Tiene contra sí muchas envidias. Recuerde usted: *¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!* El diente de la calumnia la muerde ya sin piedad, y como ella dice, no pudiendo huir de este medio, si usted la estima, á usted le toca huir de aquí. No hay otra solución posible. ¿Por qué no quiere usted ver todo lo que hay de halagador para usted en esa determinación de ella? No ve usted toda la confianza que supone tener en usted el hecho de que le pida que se aleje de aquí? Si sospechara que usted no se cree obligado para con ella al verdadero sacrificio que reclama de usted, ¿se lo pediría?. . . . ¿se lo impondría? ¡Ah! Luis: usted, estimándola como la estima, debiera engreírse de que María le someta á esta prueba. Si no temiera de la simpatía, del ascendiente que ejerce usted en ella; si no considerara que la presencia de usted aquí, la orilla á trascendentalisi-

mas consecuencias, ¿trataría de poner distancias entre ella y usted? Y no me dijo: tremendo es el daño que infiero á Manso, mas presiento que será para su bien. Cuatro, seis meses de ausencia; nuevas impresiones, nuevos tratos, modificarán su modo de ser actual, exento de la preocupación que ahora lo conturba? Protesté contra tan absurda apreciación. Juro á usted, dije á Gabriela, que eso no será nunca, y que estoy condenado á que mi país no recoja mi último aliento.

He de confesarte que las sutilmente veladas declaraciones que la inteligentísima Gabriela me hizo del estado de ánimo que revelaba María, aliviaron el tormento que me destrozaba, y sentí como si una insuflación celeste hubiera avivado la llama de mi amor, y fué también parte á hacerme aceptar con mayor resignación mi sentencia.

Á medida que los preparativos de mi viaje avanzaban, mis torturas se recrudecían. Mi espíritu no podía acomodarse con la idea de que era necesario dejar de ver á aquel hechizo de mis sentidos, á aquel ser de mi ser. Concibo, como tú lo concibes,

que no hay gran dificultad en someterse y acoger la idea de la muerte, del anonadamiento de la vida fisiológica, de la muerte material; pero con lo que es imposible avenirse es con la muerte de nuestra alma, con la destrucción de lo que constituye sus ideales, sus sueños de ventura; así es que mis agonías se hacían más dolorosas, y me trastornaban el sentido, y tanto, que llegué á la locura de imaginarme la posibilidad de que María, en presencia de mi desolación, revocara su demanda. Tentaré, me dije. Á última hora iré á echarme á los pies de ella, y habrá de persuadirla la elocuencia de mi dolor. Me abstuve de comunicar á Gabriela mi pensamiento, y la víspera de mi partida me presenté en casa de María. Cuando hube entrado, tuve miedo, sentí pavor, aquel era mi salto por la vida, y salto en las tinieblas. Cuando la criada acudió, le dí mi tarjeta temblando. María no se hizo esperar ni medio minuto. No parecía sino que aguardaba mi aparición. Estaba pálida, muy pálida, y llevaba en todo su ser las indisimulables señales de un gran sufrimiento.

—¡Pobre mujer! exclamó Luca. ¿Y qué sentiste?

—Sentí el vértigo del aniquilamiento, y sólo, alargándole mi diestra, acerté á articular estas palabras, que no te aseguro si las pronuncié: Señora María: vengo á pedirla sus últimas órdenes. Parto mañana en la noche. Ella asió mi mamo entre las dos suyas, la comprimió largamente, y con voz de sollozo me dijo: Gracias, amigo mío; y volvió el rostro á un lado. Soltó bruscamente mi mano, mas se quedó rígida como una estatua. Todavía tuve aliento para murmurar: Y nada más. . . . ? Tornó á envolver mi mano entre las suyas, y balbuciente, no como quien habla, sino como quien agoniza, suspiró: Si está escrito que nuestros destinos se confundan, no esperaré que usted venga á mí, yo iré á usted. Y dicho esto, abandonó mi mano, y cubriéndose el rostro con las suyas, se precipitó en lo interior.

Me encontré en la calle con la cabeza descubierta, sin saber cómo ni por qué estaba allí. Cuando recobré mi conciencia, tomé para casa de la distinguida amiga.

Me recibió en el acto y la referí el paso que había dado sin consultárselo previamente, porque el trastorno de mis ideas no me lo había consentido. Quise callarle, porque así me lo dictaba la delicadeza, las solemnísimas últimas palabras de María. La buena, la discretísima amiga, no negó concurso á mis sollozos, y toda conmovida, tras de pedirme que yo le escribiese de todas partes, informándola de mi estado, que ella me correspondería con la mayor solicitud, ofreció que iría á la Estación á darme el último abrazo. La supliqué que se evitara aquella molestia, pues había ocultado á mis amigos la hora de mi salida. Yo iré, repuso gravemente. Y fué, en efecto. Nuestra despedida fué muda. Se redujo á un apretado y prolongado abrazo y á la palabra ¡adiós! murmurada entre lágrimas.

¡Cuán niño es el corazón humano en las horas de prueba! ¿Creerás que me hice la descabellada ilusión de pensar que en la frontera podía yo recibir un telegrama que me detuviera? Lo esperé en el Paso veinticuatro horas; el parte no llegó. Otra de-

tención de cuatro días en New York; ésta no voluntaria, en espera de la salida del paquete «La Borgoña,» en el que tomé pasaje para el Havre. Por singular sarcasmo, la travesía no sólo no tuvo el menor contratiempo, sino que mar y cielo semejaban haberse concertado para burlar el luto de mi corazón. Al otro día de instalado en París, escribí á Gabriela, como había yo cuidado de hacerlo la víspera de zarpar de New York.

Mi estancia en la capital del mundo culto, como la apellidan los turistas, se acomodó de manera inversa á la de Guadalajara. Habría yo creído ultrajar mi propia desgracia lanzándome al París frívolo; de modo que ajusté mi vida consagrándola al entretenimiento de mi espíritu, y para eso sabes que sobra en París paño de qué cortar. La visita á Museos y Bibliotecas me brindaban pasto para mucho tiempo, y en ellos me asilé. Apenas si algún acontecimiento de palpitante actualidad, logró quebrantar mi programa.

—Y á esto, inquirió Luca, ¿qué pasaba por México?

—Nada que me interesara, fuera de las cartas de Gabriela, que fiel á su promesa, nunca me las escaseó. Cuando la curiosidad de tener noticias de mi país me obligaba á buscarlas, acudía yo á la Secretaría de nuestra Legación á hojear los diarios de la tierra.

Pasé así en París unos catorce meses, de donde me hizo salir para Constantinopla una comisión que algún benévolo amigo consiguió se me confiara para asistir al Congreso Internacional de Metrología. Concluida la Conferencia, el Egipto me quedaba en frente, la ocasión era tentadora, y, ¡zás! sin más pensarlo, me zambullí en un paquebot inglés, para Alejandría, de Alejandría al Cairo y del Cairo al obligado saludo de la Esfinge, de las Pirámides y del abrasado arenal. De cada punto por donde pasaba, nunca olvidé enviar un saludo á la cariñosa amiga. Dos meses después torné á Alejandría, de donde, también en un vapor inglés (te diré que Inglaterra es como Dios, está en todas partes), salí con destino á Atenas, consagrando algunas semanas á la visita de la venerable Grecia,

venerable como memoria, que de su grandeza *ya ni de haber sido da señales.* Me embarqué en Volo, tomé tierra en Trieste, y aquí me tienes desde hace ocho meses en esta lindísima capital, siquiera sea cabeza sin cuerpo; languideciendo, no viviendo, con mi memoria fija en el ser que para mí resume el universo, en María.

—¿Y qué noticias de ella? preguntó Ernesto.

Vas á saber. Sí que las hay, y de tanta magnitud, que su magnitud te va á explicar la perturbación que en mí has advertido. Hace cuatro meses.... espera.... sí, hace cuatro meses, ya van cumplidos, recibí de Gabriela una brevísima carta, qué digo, no carta, renglón, que letra por letra dice así: «Amigo mío no olvidado: Esta mañana se verificó el entierro del Dr. Proal. Estoy al lado de María.» Acompañaba á estas líneas una tira de periódico que traía la noticia de la muerte del Dr. Raimundo Proal y la descripción de sus funerales, que habían sido suntuosos, tal como lo reclamaba la universal estimación y respeto en que se le tenía. *De mortuis nihil nisi bonum,*

y en verdad que nada malo podía decirse de aquel sabio inofensivo. Era un enamorado de la ciencia, y á tal grado, que no fué parte á distraerlo el tesoro de hechizos que Dios pusiera en la singular mujer que la fortuna le deparara. Te conté lo que de él se había platicado en el corrillo del baile de la Legación inglesa, ya en tono humorístico, ya en tributo de admiración. Los que en este sentido hablaron, dijeron que el Doctor se ocupaba en experimentos químicos, encaminados á producir un nuevo combustible que habría de alumbrar con lumbre tan viva y clara como la del mismo sol, y por esto la había bautizado con el nombre de *homohelionita*. La tira informaba que hallándose el Doctor en esos experimentos, encerrado en su laboratorio de la Escuela de Medicina, la retorta en que operaba había hecho explosión, volándole el cráneo.

No me produjo grata sensación el suceso, te lo declaro sin hipocresía, por más que significara la emancipación de María, y para mí, la vuelta á la esperanza y á la vida de mi ser moral. Sin dilación escribí

á Gabriela, pidiéndole consejo sobre si consideraba oportuna mi vuelta á México, y á esta hora aún carezco de respuesta. No sé cómo explicarme su silencio, ¿será á mala parte? Me lo temo, pues no puede atribuirse á extravío de mi carta, que sería la primera vez que eso me aconteciera, tan regular como andan hoy los servicios postales.

—Y no has cuidado de repetirla? preguntó Ernesto.

—No; te digo que no temo que mi carta haya dejado de arribar á su destino, afirmó Luis.

—Pues te vaticino que si tu carta ha llegado á tu amiga, de uno á otro momento recibirás sus letras llamándote. Te felicito. La hora de tu dicha llega, por fin. Probable es que me precedas ó que yo te siga con intervalo de algunos días, porque ya es tiempo de que yo emprenda mi regreso á nuestra patria. Mi permanencia en Europa merece el calificativo de abuso. Sabes cuánto ansiaba yo este viaje, que no tenía medios de efectuar, por lo bien reducido de mi fortuna. Hallé la influencia que conoces y se inventó esta comisión de venir

á estudiar la organización de la enseñanza primaria en los principales centros de cultura del continente europeo, y van ya diez y seis meses de excursión, cuando con un año hubiera sobrado. Acabaré por Italia. De aquí á Milán, penetraré en Lombardía por el Tirol, haciendo una breve parada en Inspruck, cuya Universidad deseo visitar. Tenme en cuenta; ya que me has iniciado en la historia de tu amor, por más de un concepto conmovedora, asóciame á la realización de tu felicidad: quiero ser tu testigo de nupcias.

—Cómo olvidarme de ti, carísimo Ernesto. Haga el cielo que seas profeta, que si lo fueres, tú asistirás al cumplimiento de tu profecía.

—No dejes de ponerme al corriente de lo que te acontezca, y de tus definitivas resoluciones. Para que no tengas excusa, cuidaré de comunicarte en cuáles puntos me iré estacionando, de modo que tus cartas me lleguen con toda seguridad.

—Así lo haré. ¿Cuándo piensas partir?

—Mañana mismo, por el tren de Dresde, que sale al mediodía.

No se separaron Luis y Ernesto, sino para cobrarse á sus dormitorios, y al día siguiente, renovándose sus recíprocas promesas, se despedían en la estación del Sur, con las demostraciones de la efusión más cordial.

IV

Cuatro días después de la partida de Ernesto Luca, que habían sido de la más penosa inquietud para Luis Manso, á causa del inexplicable silencio de Gabriela, recibía de ésta las siguientes líneas:

«Amigo mío: Ya comprendo cuán enojado le tendré por haber dejado transcurrir tanto tiempo, sin responder á su última grata; mas sé cuánto es usted bondadoso y que va á perdonarme. Descanso para ello en dos motivos: primero, en que me prometía no escribirle sino cuando tuviera que comunicarle algo que le fuera grato, muy grato; segundo, en que la satisfacción que va usted á experimentar, supera al bien mayor que pudiera usted apetecer.»

«Todavía no emprenda usted su regreso al país. Espere usted á que yo, ú otra persona en lugar mío, se lo indique.»

Tras de la firma venía una brevísima postdata. Sin duda que la había inspirado el temor de que Luis hallara la cartita demasiado enigmática, y Gabriela no quería dar ocasión á nuevos tormentos al compadecido amigo. La postdata consistía en esta sentencia: «Los que saben sufrir noblemente, tienen derecho á la recompensa.»

Leyó Manso y releyó la carta hasta retenerla íntegra en su memoria, y ni el texto de ella, ni la postdata fueron arte para impedir cayera en las más hondas cavilaciones.

«La satisfacción que voy á experimentar, se repetía, supera al bien mayor que pudiera yo apetecer. . . . ? Y luego: «Todavía no emprenda usted su regreso al país?» Y qué bien mayor, si no puedo aún volar á echarme á los pies del bien único que el universo encierra para mí. . . . ? Qué enigma es este que no acierto á descifrar. . . . ? ¿Y esta postdata, que pudiera no ser más que un consuelo anodino, «los que saben

sufrir noblemente, tienen derecho á la recompensa. . . . ? »

Manso se devanaba los sesos sin dar con la solución. Sus pensamientos iban de un extremo á otro en desatinado desvarío, sin que el torbellino de conjeturas en que se intrincaba, le permitiera darse cuenta de que en las cosas del corazón, es el corazón el que debe pensar.....

....

Dos días llevaba Luca de instalado en el Hotel «Italia Redenta,» de Milán, cuando recibía de Viena carta del atribulado amigo, que se apresuró á leer. Decía así:

«Ernesto: ¿Quién en este nuestro mísero planeta podrá sentirse feliz? El que llegara á serlo, sería la singular excepción de los humanos. Pues bien, Ernesto, yo soy esa excepción. Soy feliz, feliz, muy feliz, en la plenitud de la dicha.

«Regocíjate, regocíjate conmigo, carísimo Ernesto. Tres días hace hoy —perdóname que hasta ahora te haga partícipe de mi felicidad, que es tan profunda, tan íntima, que tiene absorbido todo mi ser,— tres días hace que al despertar de una no-

che llena de sobresaltos, el camarista me introdujo una esquelita cerrada, que con apremio había encargado el conductor me fuera entregada. El sobre dirigido á mí, estaba escrito con letra muy clara y visiblemente de mano de mujer. Lo rasgué precipitadamente; contenía sólo una tarjeta, y á la vista del nombre en ella grabado, perdí el resuello, el suelo se hundía bajo mis pies, la habitación giraba como en espiral y la vista se me obscureció. No tuve conciencia de la duración de este vértigo. Al volver en mí, fijé mis ojos azorados en la cartulina.... ¡Ella! ¡Ella en Viena! ¿Era yo víctima de una alucinación? Era aquello un sueño? ¿Deliraba yo? ¿Por qué no, yo que llevaba dos años y medio de vivir delirando? Por qué no una nueva alucinación, yo que tantas había sufrido? Pues no hacía apenas ocho días que la había visto real y efectivamente en el gran Parque?.... Mi aturdimiento cesó, por fin; volví á la vida de la realidad, á la verdad sensible, y no había duda; la tarjeta sólo de María podía proceder: debajo de su nombre, se leía escrita de su mano esta única palabra: «Kaiserhof.»

El enigma que en vano intentara yo descifrar de la carta de Gabriela, se desvaneció de un solo golpe. María misma traía la buena nueva, ella en persona acudía á anunciármela; no para decirme ven, amado mío, aquí te espero: sino aquí estoy, vengo á unirme á ti, para ir contigo hasta los confines del universo.

Semejante al mecanismo que obedece á la cuerda que lo mueve, me dirigí al hotel indicado.

Al depositar la llave de mi habitación en el clavijero, el empleado me preguntó con no escasa extrañeza mía, si iba yo á salir. Le contesté que sí. Va usted sin sombrero, señor, me observó. Con efecto, lo había yo olvidado, y me lanzaba á la calle á manera de un loco. Un criado fué á traérmelo, y héteme camino del «Kaiserhof,» con alas en los pies y la cabeza en las nubes.

Me anuncié, haciéndole pasar mi tarjeta. Acudió volando. No me dió tiempo de articular una palabra. Con los brazos abiertos se arrojó sobre mí, me envolvió en su seno, exclamando con voz entrecortada: «Héme aquí. Cumplo mi promesa.

Fué mi juramento.» Mi vida, toda mi vida concentrada en aquel solemnísimo instante, quedó en aquel punto anonadada. Ni vi, ni oí. Su contacto embriagaba todas las moléculas de mi ser; el calor, el perfume de ella, discurrían por mi epidermis como efluvios de magnética felicidad. La estreché entre mis brazos con demente transporte, quedamos enlazados en apretado grupo, sosteniéndonos el uno al otro en nuestra inefable embriaguez; mis labios no tuvieron que buscar su boca; un beso sin término, beso tan hondo como que él unió nuestras almas, las fundió. Inundado de ella, en ella me sumergí, en ella desaparecí, y toda la elegía de nuestros cruentisimos dolores, fué en aquel momento infinito idilio de amor y de ventura.....

Perdona que no pueda transmitirte todas mis emociones; aun cuando te deba la confidencia de mi felicidad, no acertaría á reconstruir las sensaciones porque pasé, ni habría en lengua humana palabra con que traducirlas. Si pudieran serlo, sería profanarlas. La santidad del misterio las hace incomunicables, y sólo el sentimiento goza del poder de penetrarlas.

Soy feliz, Ernesto; feliz como mortal alguno pudo jamás serlo, ni soñarlo siquiera.

Hemos trazado nuestro programa: concederemos dos meses á esta encantadora Viena; visitaremos luego las ciudades de este Imperio y de Alemania, más dignas de llamar la atención, y seguiremos tu ruta por Italia; de Génova á Niza, á París, al Atlántico y á la patria, ya ahora para mí tierra de promisión ó abierto Paraíso.

No descuides seguir anunciándome el itinerario que recorras hasta tu embarque para México, que yo haré otro tanto.

María, de quien ya te hice conocer, se pone á tus órdenes y te saluda.

Siempre tu afectísimo,

LUIS.

P. D. Estamos instalados en Kronprinz, en un lindo departamento, del que hemos hecho nuestro nido de amor.»

Si éxtasis era para Luis la contemplación de María, si dicha desbordante eran para él todas las formas de posesión con que gozaba de la divinamente amada, dicha no menor era para ella, sentirse poseída por el bien amado y única autora de la felicidad en que lo inundaba.

En el rincón más íntimo de su habitación, ella echada en un *chaise longue* de terciopelo de Viena, él sentado al lado de María, asidos de ambas manos, comenzaron á hacerse la historia de su ausencia, historia brevísima para Manso, cuya vida entera había estado consagrada al culto de la divinidad de quien lo separaba un mundo de por medio. Era, pues, María á la que tocaba la mayor parte de la narración que Manso entrecortaba con frecuencia, pues en su insaciable sed de la anhelada, no se conformaba con que el oído recogiera aquella música articulada, sino que ansiaba beberla y embriagarse de ella, sorbiéndol acon sus apasionados besos.—Yo no fui del todo desgraciada, decíale. Lenitivo de mis penas, las noticias tuyas me llegaban con la intermitencia de tus cartas á la providencial amiga. Si hubieras visto con qué tacto, con cuán fina delicadeza se condujo .. Quizás desde un principio leyó mi ansiedad en mis ojos .. La primera palabra que con relación á ti pronunciaron sus prudentes labios, fué ésta, bien que la recuerdo. Puso en mí toda la intensidad

de su cariñosa mirada, sin duda preocupada del efecto que pudiera producirme, y dijo tímidamente: «Ya salió de New York....» No acerté á dominarme, y cual si se tratara de reanudar confidencias previamente establecidas, tomando entre las mías una de sus manos, exclamé con premura, ¡ya!....

—¡Ah, mi divina, dijo Luis, nunca quise imaginarme que con tanta largueza te interesara mi suerte!

—Y cómo no, amado mío!.... Nuestras almas eran dos predestinadas. Aquel «¡ya!» abrió mi conciencia de par en par á la amiga, que, llena de cautela, no quiso ese día ir adelante, detenida acaso por la profunda perturbación que en mí advirtió. Yo no contaba con más amparo que el de ella, y procurábamos vernos con la mayor frecuencia. Apenas recibió noticia de tu arribo á París, vino á comunicármelo; siempre sin salir del tacto y de la reserva que desde un comienzo adoptara, como temerosa de hacerse una confidente obligada, de manera que la nueva fuera más bien un incidente de nuestra plática, que directo propósito de hacérmela saber.

Tres semanas más tarde, Gabriela, menos cohibida que antes, cuidó de que en nuestra conversación sonara tu nombre para que yo supiera (su intención no podía ser otra) que en París llevabas una vida de retraimiento, y que, según rezaba la carta tuya que acababa de recibir, estabas enfermo de mortal tristeza. Afecté oir aquello con indiferencia, y me limité á decirle: París es una barahunda, hija mía; un torbellino de encantos y regocijos. Ya le llegará la hora de entrar en plena alegría.

—Y eso pensabas, hechizo mío. . . . . ¡Cuán enorme injusticia! protestó Luis.

—Sí; sí que eso pensaba yo, porque necesitaba pensarlo así, para consuelo mío. Deseaba tu bien, aun cuando tu bien fuera mi tormento. Yo no era libre; no podía corresponder al amor en que te consumías vanamente. En cuanto á mí, tenía que resignarme, que someterme de grado ó de fuerza á mi condición, y resignada y sometida hallábame. ¡Qué horrible desesperación la mía, si llegaba á saber que allá, distante de mí, continuabas amándome con

el apasionado fervor de que tantos testimonios me habías rendido! ....

—¡Ah, María! y sabe Dios cómo en mí se verificaba lo de

> La ausencia es aire
> que apaga el fuego chico
> y aviva el grande. . . .

—Para mi pena y mi regocijo, supe que así se cumplía.

—Bien merecía yo este desenlace. El purgatorio á que vivía condenado, tomaba proporciones de infierno cuando me persuadía de que mi desventura no hallaría término.

—No era menor mi sufrimiento; y tanto mayor, cuanto que no podía pensar en un cambio de mi condición, sin que en él fuera envuelta la desgracia del ser con quien de pleno y deliberado consentimiento me había ligado de por vida. Él ninguna culpa tenía de mi equivocación. La culpable era yo, yo; no sola, es verdad, que no fueron ajenos á mi error los que de modo tan equivocado trataron de formarme para el mundo.

María pronunció estas palabras con acento de la más profunda tristeza, que Luis trató de disipar, envolviéndola con efusión entre sus brazos, y diciéndola:

—No, bien mío; no es la hora de renovar amarguras tanto tiempo paladeadas; ahora nos toca embriagarnos de felicidad.

—No, Luis, si este recuerdo, que es triste de por sí, no me trae ningún remordimiento.... No tengo de qué avergonzarme ante mi conciencia. ¡Ah! Luis; y ¿cómo olvidar que á ti te debo esta tranquilidad íntima de que hoy disfruto? Te pedí que huyeras de mí, y huiste; ¿qué hubiera sido de mí si sólo hubieras atendido á tu egoismo? ¿qué, en una lucha en que no contaba con más defensa que la flaqueza de mi corazón, ya ganado por ti?.... Tú, mi salvador; ahora, mi glorificador....

—Tú, delicia mía, mi redentora, mi purificadora; luz de mi conciencia, encanto de mi sentido, mi sempiterna embriaguez de felicidad.... ¡Qué habría sido de mí si mi buen Hado no me hubiera conducido á tu encuentro? Hubiera yo sido uno de tantos, un hombre más agregado á los

millones que pueblan la tierra; mas apareciste tú, y sola tú, el puro prestigio de ti sola, me trajo la revelación de un mundo nuevo, de un nuevo cielo, de otra humanidad que la con que habíame codeado hasta ahí. Océano de todos mis anhelos, vivo en ti sumergido, y comprendo que ni así llegaré nunca á sentir satisfechas mis ansias de ti ... Dijo estas cosas Luis con voz trémula y apagada, y en aquel punto cogió entre sus brazos á María, la levantó en peso, y viéndose ambos fijamente, las pupilas en las pupilas, se unieron sus bocas en un beso infinito....

Depositada de nuevo en el sofá, continuó María el interrumpido relato:

—Gabriela se me hizo la disimulada y reticente; ¿quería forzarme á salir de la reserva que mi condición me imponía? ¿habíala mortificado la forma en que recibí las últimas noticias que de ti me llevara? No lo sé; ello es que para saber de ti, después de algún tiempo en que me mantuvo sumida en la más odiosa incertidumbre, tuve que quebrantar toda reserva preguntándola abiertamente de ti. Parece que ella espera-

ba ese franco movimiento de mi parte, pues se apresuró á informarme de tu salida de París para Constantinopla, y de ahí para lo sucesivo, ya ella cuidaba no sólo de comunicarme lo que de ti sabía, sino de enseñarme tus cartas, cuya lectura solía yo no poder concluir, arrasados mis ojos de lágrimas. . . . A esto sobrevino la desgracia. . . . Gabriela no se apartó de mi lado, y cuando su prudencia le aconsejó que no cometía una inconveniencia, me dijo que te había participado el infausto suceso. ¿Qué piensas hacer? me interrogó la pobrecita, con la más tierna solicitud. No sé, le respondí; veremos luego. Y, en efecto, aun no sabía qué partido tomar con relación á ti. Vivía temerosa de que cada día pudiera traer un cambio en tus sentimientos, que contrajeras alguna liga. . . . ¡Ah! ¡Luis! Cosas muy penosas, aprehensiones que me oprimían el corazón....

—¡Injusta! ¿Era posible, es posible que hubiera, que haya para mí en el universo otro ser que tú? ¿Otro sentimiento que este que tú engendraste, que tú alimentas, que arde por ti como lámpara sagrada, por ti y para ti encendida?

—No me llames injusta. Ni en la gloria de Dios serían más felices las almas de los que se aman, sin los siniestros sobresaltos de la duda, sin la angustiosa inquietud de perder el bien supremo de nuestro ser....

—Sí, bien mío —asintió Luis, tomando entre sus manos la cabeza de María, cuya cabellera besó con devota unción,— yo doy de ello vivísimo testimonio; ¡qué torturas mayores que las á que me sometió la tremenda expectación de si llegaría ó no á alcanzarte!....

—Como te decía, Gabriela procedió con la más espontánea solicitud, en lo sucesivo. Luego que recibió tu carta en que le pedías consejo sobre si era llegada la hora en que tornaras á la patria, voló á dármela á conocer. Al devolvérsela, poseída de la más honda emoción, la supliqué aplazara la respuesta. No era que yo vacilara; mi resolución estaba tomada; estábalo desde que me sentí dueña absoluta de mis actos. La promesa que en momento solemne te hiciera, quería cumplírtela; mas no podía ponerla por obra de momento; tenía necesidad de ordenar mis cosas, y no de-

bía revelarte mis intenciones desde luego, temerosa de que me sobreviniera alguna grave contrariedad. Como comprenderás, no era delicado para mí conservar nada del Doctor. Me sentía sin el menor derecho á retener cosa alguna de lo que á él había pertenecido, que habría significado á mis ojos un vivo reproche. No habiéndolo amado, considerádolo sí, estimádolo mucho, moralmente no había yo sido su cónyuge. En mi conciencia, la ley escrita no me protegía. Una circunstancia me ayudaba en la solución. Había dejado una hermana ya entradita en edad, como que le habían sonado los cuarenta; si no en la indigencia, no holgada de recursos, y resolví renunciar en favor de ella los beneficios que el Código me otorgaba. Gabriela, que no atinaba á dónde iba yo, semana con semana me recordaba la contestación que á tu carta estaba debiendo. Ya le escribirás, no te impacientes, le decía yo; pronto, muy pronto. Ella se tranquilizaba de momento y volvía á esperar. Cuando mi abogado me informó de que estaba concluido el arreglo de intereses, hice de

modo que Gabriela me sorprendiera en el tragín de arreglar baúles y petacas. Viéndome en aquel para ella inexplicable agetreo, me preguntó azorada: ¿qué significa esto, hija mía? Me la quedé viendo con afectada seriedad, y le respondí: ¿qué he de hacer sino poner en orden mis cosas? ¿Y las pones en orden, replicó, quitándolas de los muebles que les corresponde ocupar? Entonces me fuí rápidamente y sonriendo hacia ella, la estreché en mis brazos, le secretee al oído; Gabriela me tomó la cabeza entre sus manos; con el llanto en los ojos, me colmó de besos y, toda alborozada, exclamó: ¡Eres una gran mujer! Aplaudo tus propósitos; ¿puedo ya escribirle? —Sí, escríbele, pero no le digas á las claras, comprende todo el encanto que tendrá para él la sorpresa. Se fué al escritorio, vino á leerme lo que había escrito, la postdata inclusive, que aprobé sin enmienda, encomendó la carta al correo, y..... ¡aquí me tienes! concluyó María, abriendo los brazos á Luis, ebria de amor....

Así comenzaba aquel idilio, al cual sólo

á la muerte hubo de quedar reservado el odioso privilegio de poner término.

Si éxtasis era para Luis absorberse en la contemplación de María, si dicha desbordante le proporcionaba la posesión absoluta de la divinamente amada, no menor dicha era para ella sentirse así poseída por el bien amado y única autora de la felicidad en que lo inundaba.

Ya que María, por un rasgo de singular fineza, había arrostrado los riesgos de aquel viaje emprendido por el único impulso de unírsele, Luis no quería desaprovechar ocasión tan propicia de dar á conocer á María las bellezas más atractivas de la Capital Austriaca, y de allí llevarla luego á ver lo que de más notable se encontrara dentro del imperio mosaico, y fuera de él, á través de las tierras del centro y del mediodía de Europa. A lo primero, la halló plácidamente dispuesta; no accedió á lo segundo, sino imponiendo importantes restricciones.

—¿Qué placer mayor te imaginas que pueda yo disfrutar, que sentirme junto á ti, en la más dulce intimidad? le objetó María.

—Si estaré junto á ti, si no he de apartarme de ti, reina mía; si justamente, el encanto que tendrán nuestras excursiones va á consistir en el que tu presencia va á reflejarse en los países y lugares visitados, repuso Luis.

—Yo pienso que la dicha, mientras más tranquila, mientras más íntima, es más intensa, insistió María.

—No te lo niego, pero todo tiene sus refinamientos. ¿No ves que así vamos á disponer de un almacén de recuerdos, que en nuestro aislamiento íntimo han de contribuir á dar ensanche á nuestras fruiciones? Y cuando yo te diga, ¿recuerdas aquella puesta del sol que contemplamos desde la cúpula de San Esteban? al venir á tu memoria el espectáculo, habrás de recordar otros detalles acerca de los cuales renovarás mi atención, y de ese cambio de recuerdos, resultará una nueva compenetración de nuestras almas, de nuestros sentimientos, modos nuevos ó renovados de la identificación de tu ser con mi ser. . . .

Con tan dulces razones pareció María quedar convencida, y la primera idea de

Luis, fué revivir el recuerdo de aquel sueño venturoso, una de tantas epifanías de su prometida, ahora ya poseída felicidad, en que él y María se encontraron sobre aquel puente, por entre cuyos enormes ojos rodaban las aguas de un gran río, al delicioso y lejano ritmo del imperecedero wals de Juan Strauss. Escogió una noche de luna, á fin de hacer más viva la reconstrucción del sueño, y la condujo al espléndido puente del Príncipe Rodolfo, en el cual había creído descubrir la identificación del soñado, y fuéle refiriendo el maravilloso fenómeno de la serie de epifanías en que ella vino manifestándosele, mucho tiempo antes de conocerla, sin olvidar comunicarle la interpretación que el fraile Velázquez dió á la primera.

No fué pequeño el asombro de María al escuchar tamañas cosas, que salían del orden regular, lo que la hizo decir:

—Esto parece significar que desde muy lejos veníamos predestinados la una para el otro.

—Desde la eternidad, cielo mío, exclamó Luis, ciñendo con fervor el talle de

María, y posando con ternura la cabeza sobre su hombro, fijos los embriagados ojos en la divina faz de la adorada.

Desde el siguiente día ocupáronse ya en hacer efectivas las proyectadas excursiones, tomando á Viena por centro.

Comenzaron por visitar Gratz, y tales encantos hallaron en la deliciosa capital de la Estiria, que allí habrían fijado su asiento definitivamente, á haber podido desoir el maternal llamamiento de la patria. Tornados á Viena, dirigiéronse luego á la monumental Praga. No fué sólo el sentido el que quedó embargado ante las magnificencias de arte que atesora la ínclita husita; otros lados más hay por donde contemplarla con atónita admiración. La venerable Capital de Bohemia se erige en los horizontes de la Historia como la inmensa alborada de la transformación moral de la humanidad. De allí destelló en sublime protesta, consagrada por el martirio más horrendo y aparatoso, la libertad de las conciencias. De las cenizas de Juan Hus, nueva ave Fénix, brota Lutero, el gran trastornador, como para hacer manifiesta

la continuidad del espíritu humano y su incoercible aspiración á emanciparse de opresores. ¡Rara predestinación religiosa la de Praga! Si la herejía suscita en ella sus más heroicos defensores, la ortodoxia se enorgullece de un Juan de Nemopuck, que salva por su sacrificio la más formidable y trascendental de las instituciones católicas.

María y Luis, todo lo ven, todo lo escudriñan en la célebre Capital, y van de la parte vieja á la nueva, examinando todas sus maravillas, tomando nota de todas sus tradiciones, y en la Sala del Landtag hallan ocasión de comprender los horrores que es capaz de engendrar la fe religiosa. Desde aquellas ventanas se ejecutó la *defenestración* de los gobernadores imperiales, rompimiento de guerra entre católicos y protestantes, que estalla en aquel punto para dar nacimiento á la Guerra de Treinta años, inmenso campo de sangre en el que, abrazados al Cristo, se revuelcan las más desapoderadas ambiciones políticas.

Aun cuando para Luis, la posesión de

María era la satisfacción y término de todo anhelo, no quería entrar en el definitivo programa del resto de su vida —él para ella; ella para él,— sin cumplir con algunos deseos que la curiosidad suscitara en su espíritu. Iba, por otra parte, á satisfacerlos al paso, y aun creía que, haciéndolo, proporcionaría goce no pequeño á su entendida compañera.

Entre las contadas ciudades que aún solicitaban su curiosidad, contábase Nuremberg, y á ella se encaminaron por el ferrocarril de Eger. No se defraudaron sus ilusiones. Nuremberg, apéndice septentrional de la Baviera, á la que está agregada como un cuerpo extraño, quebranta el aspecto de las poblaciones alemanas. Dotada de una fisonomía propia, surge como una aparición de la edad media, en plena edad moderna. Todo es en ella original y característico. Desde sus monumentos y sus edificios, en los que el estilo gótico ha derrochado sus primores, hasta sus juguetes, conocidos en todos los rincones de la tierra, donde hay que admirar conjuntamente la destreza de la mano que los ha

[illegible] como el que [illegible] de la concepción. No hay [illegible] que en Nuremberg no haya existido al amparo del genio del [illegible] en [illegible]. Aquí es que ha sido creado por el hábil [illegible] de la Germania. Hay allí [illegible] de [illegible]; no hay [illegible] que los [illegible] no [illegible] trazado, [illegible], [illegible] en [illegible].

El [illegible] Fapeiz, al [illegible] por [illegible] las calles de Nuremberg, [illegible] a [illegible] el [illegible], [illegible] hospital, y á [illegible] un [illegible] más [illegible] y [illegible], que [illegible] el [illegible] de [illegible] en [illegible]. De las [illegible] de las viejas [illegible] ya no [illegible] los [illegible] [illegible] que se [illegible] en [illegible] y [illegible] [illegible] [illegible] y [illegible] de los [illegible], en que la [illegible] [illegible] de los [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]. De [illegible] de [illegible] [illegible], [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

del inmortal Alberto Durero, y la del insigne amigo y confidente del Cristóbal Colón, el famoso navegante y cosmógrafo Martín Behaim. Aquélla, para recrearse con los dibujos y grabados originales que, como sagradas reliquias, guarda la familia del gran artista; ésta, para admirar el famoso Globo terrestre que de su propia mano trabajó Behaim, en el cual dejó sabiamente resumidos cuantos conocimientos geográficos se poseían hasta el año anterior al descubrimiento de América, en que aquella enorme labor científica fué terminada.

Cuando regresaron á Viena, se encontraron con la carta de despedida que al embarcarse en Nápoles, ya con rumbo á la patria, dirigía Ernesto Luca al bien querido Luis, instándolo á seguir su ejemplo, no sin antes saludar á la tierra de Italia, que dejar de hacerlo fuera imperdonable delito de lesa cultura. Puesto que había alcanzado la posesión de la felicidad, por todos apetecida, y por nadie saboreada, era hora de ir á recogerse á una vida de éxtasis en un callado retiro de la tierra natal,

De esto, y del tiempo que les absorbiera la estancia en Nuremberg, tomó pie María para hacer borrar del itinerario que Luis había trazado, á Maguncia, madre de la civilización, desde que Gutemberg realizó el gran milagro de los tiempos. Irían, pues, de Viena á Italia, sin plan preconcebido, al espontáneo impulso de la curiosidad.

Adoptaron la misma ruta que había seguido Luis; de Milán, visitado el lago de Como, pasaron á Venecia, donde al recrearse con las bellezas que atesora la Academia de Bellas Artes, quedaron absortos ante la *Asumpta* del Tiziano, lo que les proporcionó ocasión de recordar á aquella Doña Engracia de los miércoles de Gabriela.

—¿Qué diría, observó picarezcamente María, al encontrarse aquí la *Asumpta*, emigrada de la alcoba del Santo Padre?

—¿Crees que parpadearía? contestó Luis. Doña Engracia no se atroja por nada; es mucha mujer aquella. Explicaría el hecho sencillamente: que el Santo Padre tuvo inquietudes de conciencia por la substrac-

ción hecha á Venecia, y que para tranquilizarse, hizo el sacrificio de devolver la *Asumpta*.

Pasada una semana sin descanso, conociendo á escape los primores seculares que guarda la reina del Adriático, determinaron ir adelante.

En el compartimiento del tren que los conducía á Roma, substraídos á toda mirada importuna, María, envolviendo entre sus pulidas manecitas la diestra de Luis, Luis rodeando con el brazo el talle de María, sobre cuyo turgente seno apoyaba apaciblemente la cabeza, ambos en éxtasis, contemplándose en apasionado deliquio, entrecerrados los ojos soñolientos de amor, iban platicando con acento de caricia, que apenas dominaba al estridor del tren, al rodar sobre los carriles.

—Hénos aquí en plena Italia, decía Luis. Ahora, á la excelsa Roma, ¿y luego, vida mía?

—Con el corto tiempo de que podemos disponer; corto, porque yo anhelo el re-

torno á nuestra tierra, contestaba María, difícil es trazarnos un programa, ni siquiera un itinerario. Sólo Roma reclama toda una vida; dos vidas, Italia.

—Tienes razón, divina. Toda esta tierra es hacinamiento de maravillas. La naturaleza y el genio humano parecen haberla escogido para campo en que ostentar la fecundidad de su poderío. Sus mirificos paisajes deleitan la vista; el perfume de sus flores, adula el olfato; sus viñedos de verdinegros pámpanos, brindan los racimos de sangre, de donde mana el entusiasmo y la alegría; por entre cármenes floridos, fertilizando las llanuras, corren sus ríos inmortales, y, semejante á un astro de fuego caído de los cielos, sobre la cima del pavoroso Vesuvio, flamea la lava incandescente, que amenaza ruina y destrucción; pero vida y fertilidad á sus comarcas. Ah! Italia! Italia! . . .

Contagiada María del entusiasmo del bien amado, ella prorrumpio á su vez:

—Grande es esta Italia; grande ha sido en todos los tiempos; inmensamente grande . . . La Roma romana erigió el Coliseo

inmenso; la Roma italiana opuso la inmensidad de San Pedro. Todo grita en ella gloria y grandeza.

—Todo, completó Luis: desde las piedras que pavimentan sus vías, hasta las cúpulas que coronan sus basílicas. . . . . Arte y letras. La Roma romana, como tan atinadamente distingues, dió al mundo el asombro de la Eneida; la Roma italiana, dió á los tiempos el pasmo de la Divina Comedia. Virgilio y Dante, hijos de las mismas entrañas, de las mismas que en plena edad de las dudas supieron engendrar al gran epónimo medioeval, Garibalbi, el Bayardo de la Libertad.

—Lo dicho, afirmó María: Roma pide toda una vida; dos vidas reclama Italia; pero la tierra madre nos llama, para que el amor que nos une, halle en su seno tranquilo reposo. Suspiró honda y tiernamente, y luego prosiguió: no nos es dado repetir el milagro de Josué, y sólo podemos ver á esta encantadora Italia en fantasmagoría vertiginosa. ¿Qué traemos de Venecia? La impresión de un relámpago: entre el polvo de oro en que se envuelve volup-

tuosa (no es mía la metáfora, se la aprendí á Doña Engracia), subrayó sonriente, la visión de sus regios palacios, tonantes en otros tiempos con el estrépito de fiestas y de triunfos, ahora silenciosos como sus piedras; pero pareciendo que aún se escucha detrás de sus selladas puertas, el cuchicheo de las generaciones que por allí pasaron, en épocas imperecederas.

—Veremos, pues, lo que se pueda, lo que esté á nuestro inmediato alcance.

—Sólo tengo un deseo: visitar á Asís, la patria del Divino asceta; del que atraía hacia sí inofensivas á las fieras, ablandaba las rocas y encontraba albergue grato en las cavernas y en las espesuras del bosque.

—Iremos á Asís, vida mía; asintió Luis, imprimiendo larguísimo beso en el cuello de María; en cambio, tú me acompañarás á Rimini, á la ciudad inmortalizada por los amores de Francesca y de Paolo, á quienes la ironía del Dante condenara al suplicio de amarse eternamente.

Corría el expreso devorando el espacio, sin hacer estación más que en las ciudades

de importancia, y así vieron, como en linterna mágica, á Ferrara y á Bolonia, aparecer y perderse luego en el horizonte; así atravesaron los Alpes, sólo distraído el hechizo en que su amor les traía envueltos, por el encanto de las pintorescas comarcas que ante sus ojos se iban desplegando, y así saludaron á Pistoya, que trajo á la memoria de Luis el recuerdo de la heroica temeridad del misterioso Catilina; así acabaron de pasar la Toscana, cruzaron la Umbría y penetraron, al fin, en el sagrado *Latium.* Allí Roma. Solicitados al descender al andén de la Estación, por el centenar de agentes de hoteles, se decidió Luis por el *Pellegrino Rossi,* no por otra razón que la del simpático nombre que lo cubría.

Desde que María pudo conocer á Roma en conjunto, hizo del Pincio su lugar de predilección, por donde gustaba discurrir todas las mañanas, asida del brazo de su inseparable Luis.

Sus primeras atenciones las consagraron á los centros de arte, comenzando, como natural era, por la Academia. Su Director, afable y solícito, les fué dando á conocer,

en ininterrumpida serie de visitas, cuanto digno de atención encierra el monumental edificio. Al efectuar la última, uno de los alumnos se acercó al Director, hablóle breve y discretamente, y dirigiéndose éste á Luis, con mal disimulado embarazo, le dijo:

—Señor: la singular belleza de su distinguida consorte, ha impresionado vivamente al más aventajado de los alumnos de Escultura, y desea le sea concedida la gracia de cincelar su busto.

Al oirse María así lisonjeada, se puso encendida hasta la raíz de los cabellos, en tanto que Luis contestaba:

—Con mucho gusto, á condición que á mi vez me sea concedida la adquisición de esa obra de arte, que obra de arte no puede menos de ser lo que de aquí salga. Sólo que aquí andamos muy de prisa, y la Señora no podría someterse al enojoso tequio de las sesiones. ¿Se puede así?

—Sí, le respondió, y no hay para qué poner la condición, que ella se sobreentiende, siempre que la obra no desdiga del propósito.

—El escultor no tendrá tiempo suficiente, intercaló María.

—Ya dije á Usted, Señor, acentuó Luis; nosotros no podemos consagrar más de tres meses á nuestra permanencia en esta tierra grandiosa.

—Hay tiempo sobrado, afirmó el Director.

—Entonces, que diga el artista si tiene necesidad de algo que no sea la tensión de las posturas; por ejemplo, de uno ó más retratos.

—De nada; el joven está dotado de admirable retención de lineamientos y de expresión, y ha venido estudiando al original.

Convínose, pues. Dió Luis su dirección y anunció que habrían de realizar algunas excursiones fuera de la ciudad, pero que Roma quedaría siendo como su lugar de residencia.

—¿Qué piensas de esto? interrogaba Luis á María, cuando cobrado su milord, regresaban al *Pellegrino Rossi*.

—Que habrá que verlo, respondió María. Estás bajo la amenaza de dos mamarrachos: el original y el Carrara.

—¡Mamarrachos! Uno, posible y hasta probable que lo sea; pero el original.... ese, ya lo habría codiciado Fidias mismo para modelo.

—¡Lisonjero! murmuró María, sonriente, é imprimiéndole en la mejilla una palmadita acariciadora.

Para dar un reposo al incesante galopar á través de la Ciudad Eterna, se pensó en la visita á Asís, y pensado, se puso por obra.

A Asís no llamaba otra cosa á María, que la de hacer reverencia al cuerpo del sublime extático, y secundariamente, admirar los primores de la Catedral que lo guarda y le está dedicada. Sabía que no era en su ciudad natal donde se encuentran los monumentos más preciados que la vida prodigiosa del Seráfico ha inspirado al Arte, y en que se mostraron fecundos y admirables celebrados pintores.

Sin tomar descanso, que no lo había menester aquel viaje efectuado con las mayores facilidades, se dirigieron á la Catedral. Dividido el grandioso edificio en dos cuerpos, después de embelesarse en la contem-

plación de la delicada belleza arquitectónica del cuerpo superior y de los famosos frescos de Giotto, solicitaron permiso de visitar el cuerpo inferior, todo él formado por la cripta en que reposan los restos del Santo, que, según aseguran, no ha muerto, sino que se encuentra en éxtasis, esperando el fin del mundo. Un fraile les sirvió de guía. Era la transfiguración de un ser humano: la tez color de cera, enjuta y engastada en la barba semi-castaña, tirando á gris pulverulento, terminada en punta; los ojos hundidos en las órbitas, apagados por el insomnio de la penitencia y la oración; toda la cabeza casi oculta bajo las sombrías alas de la capilla y el burdo sayal del hábito, color de hoja seca, acarralado en los hombros y casi agujereado en los codos por el frote de los huesos, daban al monje el temeroso aspecto de una aparición de ultratumba. Más que ser viviente, era como una sombra que se deslizaba sin ruido por el pavimento.

Cuando los visitantes llegaron á la escalera del cuerpo inferior ó cripta de la Catedral, sacó de entre las mangas sus manos

huesosas y amarillentas é invitó á descender á Luis y á María. Indecisos se detuvieron, suplicando al fraile que les precediera, quien, echándose la capilla sobre los hombros, para descubrirse la cabeza, obedeció. Una serie de lámparas, colgadas del techo de la escalera, alumbraban con su luz funeraria los peldaños, hasta el piso de la cripta. El enorme sótano no estaba á obscuras, sin que artificio alguno lo alumbrara. Una luz difusa, pero tan clara que permitia ver distintamente todos los objetos, la aclaraba en un semi-día, lleno de misterio, de recogimiento y de unción, que se harmonizaba maravillosamente con el espíritu del Santo á que servía de mansión. Sí; aquella era la mansión digna del silencioso y opaco estigmatizado.

El fraile se adelantó unos cuantos pasos, y con la cabeza sobre el pecho y caidos los párpados, traduciendo así el homenaje de profunda veneración que tributaba á su Padre Seráfico, presento á María y á Luis la sencilla urna de granito que encerraba el cuerpo de San Francisco. Ella, con los brazos en cruz sobre el seno, parecía absor-

berse en muda contemplación, y embargada del éxtasis, sintió que sus rodillas se doblaban, é inconscientemente, olvidada hasta de sí misma, dió de hinojos ante la tumba. Luis, inmediato á ella, por un movimiento de sugestión refleja, contagiado de la emoción que avasallaba á la bien amada, cayó también de rodillas.

Poseídos de un vago sentimiento de dulce melancolía y de inefable contento, cual si en aquella visita á Asís hubieran recogido la plena santificación de su amor; sin cambiarse una palabra, tal como si sus pensamientos se fundieran en callado acuerdo y sus almas se compenetraran en nueva conjunción, regresaron á Roma.

Ahora vagaba por el Pincio con la mente en la mística cripta de San Francisco, más fuertemente asida, si cabía, al brazo del bien amado.

Nuevas excursiones por los ámbitos de la Madre del *Latium;* nuevas impresiones en presencia de sus inagotables tesoros de curiosidad: que un arco en grietas, que un templo en ruinas, que descenso á los

subterráneos de las catacumbas . . . . . ¿Por qué al visitarlas no sintió María emoción semejante á la de la cripta de San Francisco? ¿Y los dolores, y los martirios, y las santidades allí sepultadas? Pero aquello era inconcreto; grandioso, pero múltiple; carecía de personalidad. Muchedumbre de la tropa muerta en el campo de batalla, no tenía un nombre propio; era colectividad. Más bien dato histórico, que hazaña de caudillo; resumen de una época, que no revelación de un ser extraordinario.

Un reposo: viaje á Rimini. ¡Nada! Del idílico incesto, con doble crimen castigado, ya ni quien allí haga mención.

¡Fábula del Dante! Contestaría el erudito tendero de Rímini, á quien se fuera á consultar. ¿Nada que ver? Sí; la admirable iglesia de San Francisco. Y vista y admirada, y visto y admirado el bellísimo pórtico de los sarcófagos, que Malatesta, el Lorenzo el Magnífico de Rímini, consagró á la inmortalidad del talento, á Roma otra vez.

Sorpresa. Al abrir la puerta de la habi-

tación en el *Pellegrino Rossi,* sobre una columna en obelisco inverso, en purísimo Carrara, el purísimo busto de María. Mano maestra lo había ejecutado. Mano maestra cual se requería, de modo que el duro cincel se hiciera tan dúctil, que tornara en caricia el golpe sobre el mármol, para reproducir, no en copia muerta, sino en vida palpitante, la belleza de aquel rostro, harmónico concurso de bellezas.

La propia María hubo de admirarle, y en el pudor de su modestia, creyóse galantemente superada.

Había que ir á dar las gracias al hábil artista y que retribuir la obra, ya que es cosa admitida que la interpretación, la objetivación del sentimiento más puro ó de la idea más elevada, tenga su precio.

¿Quién había sido el inspirado autor de aquella prodigiosa obra de arte? De frente, ni en la columna, ni en el pedestal del busto había dato visible. Buscaron y sólo descubrieron en la parte posterior ahuecada de la pieza, esta indicación, estas dos iniciales: A. Q.

En la tarde de aquel mismo día, María

y Luis se metieron en la victoria y se hicieron conducir á la Academia de Bellas Artes. Anunciados, el Director en persona se apresuró á su encuentro. Ambos en competencia encomiaron calurosamente el singular mérito de la ejecución y expresaron en vivísima forma el deseo de conocer al artista ejecutor. El Director apretó un botón, acudió un dependiente, oyó la indicación que se le hacía, y minuto después se presentaba un joven de fisonomía magnética, ojos grandes, mirada apacible, casi soñolienta; la cabellera abundante, un tanto desperjeñada, y como si de intento tratara de esconder la poderosa frente. Lejos de resuelto, el continente pecaba de encogido.

—¿Qué manda Ud., Señor Director? preguntó con marcado embarazo. Sin contestar directamente, dijo el Director á los visitantes, en ademán de presentarles al joven:

—Señora, Señor: tengo el gusto de dar á conocer á Uds. al distinguido alumno español de la Sección de Escultura, Don Agustín Querol, que acaba de tener la

fortuna de cincelar el busto de Ud., Señora.

—La ejecución, se apresuró á murmurar al presentado, deja, sin duda, mucho que desear. Soy el primero en reconocerlo, pero me disculpa la extraordinaria belleza de la Señora. Hay originales que sólo Dios puede hacer, y que es casi un sacrilegio tratar de copiarlos.

Aquella galantería, tan delicada, como tímidamente expresada, llegó al fondo del alma de María y de Luis. Ella, sonriente, radiante la mirada y animado todo el rostro, alargó la mano á Querol para apretarle la suya con la efusión más viva y la expresión nada equívoca del agradecimiento.

—Ahora, preguntó Luis al Director, ¿con quién he de entenderme respecto de la estimación pecuniaria del trabajo?

—Con el autor mismo, contestó. Aquí les dejo libres de mi presencia. Y diciendo esto, saludó á los visitantes con una profunda inclinación de cabeza, y salió de la oficina de la dirección donde la escena tenía lugar.

—Señor Querol, díjole Manso, ya oyó Ud. al Señor Director. Ruego á Ud. satisfaga mi pregunta.

—Estoy pagado, Señor, contestó.

—¡Pagado!... exclamó Luis con sorpresa. ¡Pagado! ¿Y por quién?

—Pagado, y sobradamente, insistió Querol. Por la satisfacción inestimable de haber ejecutado la obra á contento de Uds. Quiero explicarme: Ustedes no pueden comprender todo lo que debo á esa ejecución: á ella debo la revelación de mis fuerzas, antes no ensayadas. Ahora, pronunció con sencilla ingenuidad, después de hecho ese trabajo, ya me siento capaz de copiar á los grandes maestros: á Cánova, á Benvenuto, á Miguel Angel, al mismísimo Fidias. ¡Qué modelo la Señora! exclamó atropellando su nativa timidez. ¿Dónde hallarlo semejante? ¿Cómo podría yo pagar su hallazgo? Estoy pagado, Señor, sobradamente pagado.

Luis, apoyado por María, insistió vivamente en que el trabajo le imponía el deber de retribuirlo. Querol, persistió en su negativa, agregando:—¿Qué derecho ten-

go á recibir paga por una obra cuya ejecución nadie solicitó de mí, sino que fuí yo quien me ofrecí á hacerla?

—Pero yo acepté el ofrecimiento, á condición de que se me reconociera el deber de retribuirlo, replicó Luis con vehemencia.

—Yo no oí ese propósito de Ud., observó con humildad Querol: de modo que no hubo pacto. Senor, continuó; pido á Ud. mil perdones y le ruego á Ud. y ruego á la señora, para poner punto á este incidente, que estuve muy lejos de prever, que me otorguen la señalada gracia de aceptar el obsequio del busto, como recuerdo de su visita á Roma, como recuerdo del conocimiento que dispensaron á este humilde servidor de Udes.

El artista, sin sospecharlo, proporcionaba una salida airosa á Luis, quien, como movido por una inspiración, sacó rápidamente de la bolsa interior de su levita una cubierta, y poniéndola en la mano de Querol, le dijo.—Sí; aceptado con mil agradecimientos; mas Ud. dígnese, á su vez, aceptar este recuerdo de nuestra visita á la

Ciudad Inmortal y del conocimiento hecho de Ud., de un gran artista, que será también inmortal.

Y sin dar tiempo á que Querol se repusiera, María y Luis apretaron la mano del artista y salieron á escape de la Academia. Á prevención, Luis había metido en aquella cubierta dos billetes de á mil liras, que había calculado sería el precio del admirable busto.

Había necesidad de visitar Nápoles y sus ponderadas inmediaciones, y de allí, conforme al itinerario que Luis se había trazado, por el Ferrocarril del Norte á Génova, á Niza y á París. Tres días después decían adiós á Roma, camino de la antigua Parténope, que es necesario ver antes de morir. *Vedi Napoli e po mori.*

Luego que llegó su turno á la ascensión al Vesubio, por el funicular, María se obstinó en acompañar á Luis, no obstante la observación que le hizo, de que podía ocasionarle seria molestia por lo empinado de la pendiente, y por las anfractuosidades

que sin duda presentaría el piso del cráter hasta donde los llevaría el tren. Repuso María que no renunciaba por ningún capítulo á la emoción que prometía aquella subida; que la cremallera, sobre la que giraba el carro, ofrecía plena seguridad, y que una vez en la cima, bien podía prescindir de descender al cráter. No hubo remedio; María ascendió en compañía de Luis.

El único accidente que se produjo, fué el ligero vértigo de altura que experimentó María, con gran alarma de Luis, que al verla palidecer, temió que algo grave sobreviniera.

Al día siguiente, María no se sintió bien. Á intervalos irregulares le acometía una especie de mareo, que atribuyeron á la fuerte ascensión del día anterior, y hubo de persuadirla Luis, de que para conjurar su malestar, se dirigieran á Chiaja, á respirar el aire puro de la playa, y á deleitarse con los primores que brinda aquel encantador paseo. Como al otro día el malestar no dejara de hacerse sensible, hizo de ahí motivo María para pedir á Luis emprendieran la vuelta al país natal.

—Sí, vida mía, ofrecióle Luis complaciente. De aquí á Génova, á Niza, y una corta permanencia en París. . . .

—No; replicó ella. Ese itinerario nos robaría mucho tiempo. Ya me siento impaciente de poner punto á tanta agitación. Quiero estar ya tranquila; tengo anhelo de reposo; de mi tranquilidad y mi reposo al lado tuyo, compartido contigo.

—También yo lo ansío, asintió Luis. ¿Crees tú que sin tu compañía hubiera podido hallar placer en la satisfacción de estas curiosidades? Voy á ocuparme desde ahora mismo en inquirir si hay algún paquete con destino á los Estados Unidos, y en él partiremos.

—¿Á los Estados Unidos? . . . . Murmuró María, haciendo una graciosa mueca de desagrado; preferiría un viaje directo á nuestra tierra.

—No es fácil. Carecemos de comunicación directa con Nápoles. Tendríamos que ir á Génova para tomar el trasatlántico español.

—Pues á Génova, dijo María con decisión.

Y así se hizo. Tuvieron la fortuna de que coincidiera su llegada á la ciudad de los mármoles con el arribo del «María Cristina,» que los conduciría de Génova á Barcelona, y de Barcelona á Veracruz. Diez y ocho días de un viaje nada monótono, pues lo amenizaría y haría cómodo las breves detenciones en las escalas de rigor.

Una linda cámara de novios recibió á la venturosa pareja, desde la cual podían ir contemplando las bellezas que ofrecen á la vista los calientes horizontes del inquieto Mediterráneo.

El sol canicular del mediodía dardeaba las azules ondas, y la rapidez de la marcha del paquete no era bastante á suavizar la temperatura que en él se hacía sentir. Para calmar la sofocación de María, después de hacerla visitar los lujosos salones del «María Cristina,» en que el arte naval había hecho gala de sus más avanzados adelantos, estéticamente combinados con las reproducciones de la arquitectura de la Alhambra, llevóla Luis á la toldilla de popa, donde el aire que circulaba más libremente, saturado de las tonificantes emana-

ciones del mar, puso término á la enervación que traía embargada á María.

Vino la noche, apenas separada del día por la luz de la luna, que ya muy próxima á su plenitud, lucía en un cielo plácido y sereno. Sobre la mar reinaba la calma más completa, y como si el viento hubiera abatido sobre ella las fatigadas alas, desfallecidas las olas no tenían fuerzas para alzarse. Era inconmensurable estanque, bruñido espejo en que se miraba regocijada la luna, como presumida beldad en noche de fiesta. El calor no había disminuido, de donde Luis tomó partido para sugerir á María la idea de pasar algunas horas de aquella noche tórrida al amparo de la toldilla. Mujer, halló no sólo feliz la inspiración, sino llena de encanto, y haciéndose él subir dos sillas plegadizas de extensión, y tomando de su cámara un enorme *plaid,* subieron á la toldilla, y colocadas las sillas una al lado de la otra, tan juntas que parecían una sola, se tendieron en ellas muellemente, envueltos los pies hasta las rodillas en el protector abrigo. Unidas las manos y rozándose las frentes, respirando

la misma onda de aire, hallaron nueva forma al idilio en que se deslizaba su existencia.

El suave estremecimiento que producía la rápida rotación de las hélices, el rumor de la cascada de plata fosforescente que levantaba la proa al hendir el mar, el vientecillo que acariciaba sus rostros, la tenue claridad que la luna difundía debajo del toldo, embargaron en dulce arrobamiento á los enamorados esposos, que en aquel éxtasis de ternura se quedaron dormidos....

Luis soñaba: soñaba que María, incorporada sobre una especie de *chaise longue,* tenía sobre las piernas á un precioso infante que sonreía, bañado en la mirada de ella, que lo contemplaba con semblante transfigurado. La *chaise longue* comenzó á borrarse, hasta desaparecer por completo. Luego el cuerpo de María pareció como que se hacía vaporoso; poco á poco, sus perfiles se fueron esfumando, toda la figura se desvanecía lentamente, hasta que de ella no quedó nada, y el niño solo, sobre el mueble. Al verlo abandonado de modo tan inexplicable, corrió hacia él y lo tomó

en sus brazos. Á esto, sintió cual si gradualmente perdiera la pesantez; que se mecía en el aire; que le acometía un vago desvanecimiento; que perdía la conciencia de su yo, y ya no pensó ni sintió más....

Un golpe de viento sacudió el barco, despertando bruscamente á los dos dormidos; María, sobrecogida, lanzó una exclamación de miedo, y se puso en pie, cuando ya Luis la tenía en sus brazos.—No te asustes, la dijo, es el viento de levante que arriba. Con efecto, la pesada calma del día, traía aquella racha del aire que se desperezaba. El trasatlántico continuaba su marcha sereno, ahora ya bañado de frescura.—Bajemos, pidió María, llévame á la cámara, que siento algún frío. Luis se apresuró á obsequiarla, bajándola casi en peso.

Cuando la hubo acomodado en la litera, y besádole frente, ojos y boca, recordó el sueño, é involuntariamente se puso á pensar en él. ¿Había sido un fenómeno puramente fisiológico ó de mera elaboración fantástica? ¿Era revelación de algo desconocido? ¿Le significaba alguna nueva epi-

fanía, conforme al esoterismo del fraile? ¿Á qué vienen estas debilidades, en medio de tanta felicidad? se dijo al fin, cobrándose al lecho.

Quejábase María en el comedor, al tomar el desayuno, de un dolorcillo de cabeza y de volverle el mareo que la había molestado en Nápoles.—Es efecto de la emoción de anoche. Tu brusco despertar y el movimiento del barco, que ha cuneado un poco, le insinuó Luis para tranquilizarla. Mas al propio tiempo observó que sus ojos denunciaban una languidez no habitual, que las ojeras se dilataban, tomando un tinte violáceo, y que tenía descoloridos los labios. Se inquietó vivamente, y le dijo con la más tierna solicitud:

—Aun es tiempo, vida mía. Puesto que te sientes mal, iremos á París á consultar con facultativos de nota.

—No hay necesidad, repuso María. Si esto me vino desde mi imprudente subida al Vesubio. El estómago ha de andar mal, y un laxativo lo compondrá todo. Por otra parte, ¿qué en Barcelona no habrá buenos médicos?

—¡Ah! sí; prorrumpió Luis, golpeándose la frente. ¡Que si los hay! Si ahí contamos con una gran autoridad; un compatriota nada menos, Bartolo Robert, el famoso tampiqueño.

Mientras el «María Cristina» se aprestaba á proseguir su itinerario, bajaron á tierra, y fueron á hospedarse en la Rambla, «Hotel de Cataluña.»

—¿Cómo te sientes? Fué la primera palabra que Luis dirigió á María, al despertar de una noche de profundo reposo..

—Bien, le contestó sonriente.

—Sin embargo, repuso Luis, advierto en tu semblante los mismos signos de ayer. No me ocultes nada.

Entonces ella, sonriente, con sonrisa de felicidad, no desmentida por las dos preciosas lágrimas que se desprendían de sus párpados, le dijo, temblando de emoción:

—Me siento bien, muy bien.

—Iremos, sin embargo, á ver á Robert; es necesario confirmar esto, y saber qué precauciones deben tomarse.

—Como quieras, articuló María, con acento de cariñosa sumisión.

El corazón no le cabía á Luis dentro del pecho. Sentía que una nueva felicidad se sumaba á la que le traía embargado; mas pasado un momento, le asaltó la zozobra de que María se equivocara, lo que le apresuró á acudir á la administración á solicitar informes de la dirección del Dr. Robert, y de las horas de consulta. Obtúvolo.—Madruga mucho, díjole el administrador. Trabaja para el público desde las ocho de la mañana. Y sin más oir, se hizo traer un cupé, ayudó á María á vestirse, y cuando estuvo pronta, se encaminaron á la consulta.

Pasó su tarjeta á un empleado, encargándole decir al doctor que el cliente era un compatriota. Iba justamente á empezar la consulta. Tomó Robert la cartulina, se puso á darle vueltas entre los dedos, y con la cabeza echada atrás, como tratando de recordar, repetía: Luis Manso. . . . . Luis Manso. . . . ¡Ah! exclamó de súbito, él es, sí, Luis Manso, el tapatío. . . . ¡que pase!

—Viene con una señora, observó el empleado.

—¡Que pasen!

Entraron en el elegante consultorio, cuyo principal ornato lo constituia la limpieza más escrupulosa: olía á cosa nueva. Robert y Manso se reconocieron, se abrazaron, y éste presentó á María, titulándola «la tierna compañera de su vida,» é indicándole minuciosamente el objeto de la visita. El doctor la saludó con las señales más inequívocas de admiración y de respeto; no omitió la galantería de felicitar á Manso por el tesoro de belleza de que era dueño; invitó á la señora á tomar asiento en un sillón en que podía moverse con absoluta libertad; la suplicó se despojara del sombrero y del ligero paletó de seda que le cubría el busto, y se puso á examinarla con tacto tan delicado, que el pudor más sensible no habría tenido por qué manifestarse.

El examen fué breve. Se irguió Robert sonriente, y yendo hacia Luis, le estrechó la mano, y luego le tendió los brazos, exclamando: —*¡Pater familiæ!* Mis plácemes. Si es mujer, que no desmienta á su encantadora madre; y si varón. . . . pues que sea como usted, Manso; como usted, siquiera en lo afortunado.

Tomadas las prescripciones y consejos del médico, solicitaron sus órdenes para la tierra natal, anunciándole que continuarían su viaje en el «María Cristina,» y le dijeron adiós.

Antes de tomar el trasatlántico, dos telegramas volaron á México: á Gabriela, uno; á Ernesto Luca, el otro; dándoles parte del viaje. Al tocar en la Habana, allí encontraron la respuesta gozosa de Gabriela; no la de Ernesto. Cuatro días después, al final de una tarde excepcionalmente serena, desde el puente de bitácora, el Pico de Orizaba, el brillante Tzitlaltépetl, semejante á una tienda de plata, tenuemente sonrosada, anunciábales el arribo á la apetecida tierra madre. Aquella noche fué de jubilosa fiesta á bordo. El simpático Capitán Moreno, hizo correr sin medida el cintilante Champagne, para celebrar la terminación del viaje que se había efectuado en condiciones en tal modo propicias, que parecía como si mar y cielo se hubieran emulado en halagar á los viajeros.

El nuevo día encontró ya al paquete descansando sobre sus anclas en el puerto.

Próximos á los costados del inmenso cetáceo, pululaban, como cardumen de peces menores, gabarras, lanchas y botes, ofreciéndose con vocerío de feria, para conducir á tierra pasajeros y equipajes. Luis y María, de bruces en el antepecho de la cubierta superior, contemplaban, curiosos y llenos de alegría, el tumultuoso espectáculo. Una ligera falúa, á cuya popa flameaba una bandera amarilla, vigorosamente empujada á compás por ocho remeros uniformados, avanzaban hacia el «María Cristina:» era la visita de Sanidad, seguida á corta distancia por otra falúa, con la bandera tricolor á popa, en cuyo campo blanco el águila nacional tendía sus alas.

Pasada la visita, todo el mundo á tierra, y Luis y María al «Hotel de Diligencias.» Se estaba en la formidable estación del vómito. Tuvo miedo Luis por su María, por lo que, después de expedir dos nuevos telegramas á México, dirigidos como los de Barcelona, á Gabriela y á Luca, y otro más á la administración del «Hotel San Carlos,» pidiendo alojamiento, por el tren mixto se adelantaron á Orizaba.

¡Qué viaje más hermoso el del siguiente día! ¡Cómo les parecieron maravillosamente encantadores los paisajes que á su vista se desarrollaban! El tren, atrevido dragón de fuego, devorando las distancias sobre el lomo de la acerada vía, llevábalos de sorpresa en sorpresa. Ondeando al través de los cerros, subía y bajaba cuestas, como en mar de borrasca asciende la nave sobre la hinchada ola, y luego desciende cual si fuera á hundirse en el abismo. Y alcanzaba jadeante las empinadas cimas de Maltrata, que iba subiendo en culebreante zigzag, bufando de cansancio, pero dominando siempre las enhiestas cumbres. Á cada nuevo empuje de la poderosa locomotora, el horizonte se ensanchaba, y por entre las cortaduras de la vía, se oteaban las cañadas que preceden á Maltrata, convertidas en llanura por ilusión de óptica; el estrecho valle en cuyo centro se asienta el pueblo, semejante á una decoración de nacimiento, y el valle, y el lomerío, y los oteros cubiertos de sembrados, figurando inmenso tablero, hasta donde la vista, limitada por el valladar de las altísimas cordilleras, podía alcanzar.

Las últimas ráfagas de la luz del día ensangrentaban el ocaso, aún cargado de las nubes que la tarde de tempestad había dejado como rastro, cuando el tren hacía su entrada solemne en la Estación de Buenavista. El andén no cabía de gente que se agolpó para apresurarse á descubrir por las ventanillas al esperado pariente, amigo ó conocido, y anticiparle el saludo con un grito de alegría. Al descender María y Luis, ahí, al pie del estribo, los esperaba, esponjada de gozo, la ejemplar amiga Gabriela. En brazos de ella se arrojó María, envolviéndola toda; en brazos de ella se echó Luis, y aquel primer saludo no tuvo palabras; todo él se resumió en prolongado y casi convulsivo estrechamiento. Pasadas las primeras emociones, Gabriela advirtió que Luis escudriñaba por entre las cabezas.

—¿Qué busca usted, Luis? preguntóle.

—Á Luca, contestó. No parece.

—Es inútil. No está en México, falta hace más de un mes.

—¿Pues qué es de él?

—De diplomático. Han sobrevenido sus

resquemos entre nuestro Gobierno y el de Guatemala.

—¿Y ha ido de paloma mensajera?

—Mensajera, sí; pero no de paz. Entiendo que ha sido enviado en misión secreta á alguna de las repúblicas de Centro América. Supongo que al Salvador.

—¡Anda! Con que en la diplomacia....

—Creo que volverá pronto.

Subieron al coche de Gabriela.

—¡Al Hotel San Carlos! Ordenó Luis.

—Sí, dijo Gabriela al cochero. Ya sabes á dónde.

En la animada plática que llevaban los tres, tan animada que todos hablaban simultáneamente, ni María ni Luis se daban cuenta del trayecto que seguían, hasta que el coche penetraba en un portal. Paró el Coche. Gabriela saltó la primera, diciéndoles:

—Estamos en casa; en casa de ustedes.

—¿Qué significa esto, Gabriela? interrogaron á la vez Luis y María. Si tenemos alojamiento en San Carlos. . . .

—Pues no faltaba más. . . . . repuso la amiga, con la mayor naturalidad. Me lle-

gan ustedes tras una tan larga ausencia, y llegando, de rondón á un hotel. Pues no faltaba más. . . . Ni tan resignada; no me dejo robar.

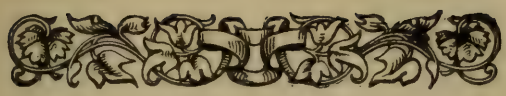
Y diciendo esto, los empujó á la escalera y los hizo subir.

El decir y el ejecutar, fué de tal modo imperioso, que no dió lugar á réplica.

Ella en persona fué á instalarlos en el departamento que les tenía preparado; un primor de sencillez y elegancia, en el que nada faltaba para satisfacer el gusto más exigente. María, abrazándola nuevamente, y Luis apretándole la mano, le testificaron su agradecimiento por aquella atención tan exquisita. Dejólos Gabriela en libertad; á la una, confiada á los cuidados de su camarera; y al otro, á los de su camarista; y cuando consideró que ya habían tenido el tiempo necesario para ponerse en orden, ella misma vino á conducirlos al comedor.

La cena tenía todo el carácter de una comida íntima: los tres solos. En ella se platicó como en familia; quedó acordado que tras de un descanso de tres días, Luis partiría para Guadalajara á informarse del

estado de sus negocios, á dar á su ejemplar administrador las instrucciones necesarias, concernientes á la manera de continuar regentándolos, y á ir á preparar el asiento definitivo en que él y María proponíanse saborear el resto de su existencia, resuelto como estaba por ambos, que irían á esconder su felicidad en un sitio apartado de los grandes centros, emancipados de las exigencias sociales, sin más comercio humano que el de sus amigos de intimidad, reducidos á Gabriela y á Ernesto.



V

Marchó, pues, á la ciudad natal, sin más compañía que la de su fiel Toncho, á quien había hecho venir del lado de su administrador, el cumplido D. Patricio. Recibióle éste desbordando contento, y le rindió cuentas tan cabales y lisonjeras, que, con sorpresa, encontró su caja bien abastecida de numerario, cual si hubiera llevado en Europa vida de trapense. Le informó de sus proyectos para de aquel día en adelante, porque ya había constituido familia, sobre la base de que había de continuar en la gestión de sus intereses, ya no como administrador, sino como su asociado, muestra de confianza que D. Patricio agradeció con toda el alma, y con toda

el alma aceptó. Le habló entonces de la necesidad que tenía de adquirir una posesión semi-rural, no una hacienda, no; que eso sería echarse encima trabajos á que no estaba acostumbrado, y á que no tenía afición, sino algo que, sin estar en poblado, fuera así como una quinta, como una casa de campo de mero recreo.

—Justamente, le dijo, tenemos aquí en Oblatos una linda posesión de venta, que ha de satisfacer el deseo de usted.

—No; desde luego no me conviene. Oblatos es Guadalajara, y ya le dije que queremos vivir alejados de los grandes centros.

—¡Ah! pues de perilla, señor. De perilla nos viene la huerta de San Jerónimo, que fué de los padres agustinos de Celaya. Ahora es bien *pro indiviso* de una sucesión, y es oportunidad de hacerse con ella por la mitad de lo que vale.

—¿Y qué vale?

—Está valuada en cincuenta mil pesos, pero creo que podemos tenerla por treinta mil. Es una preciosidad, la conozco. Figúrese usted: gran casa, tan grande, que

hay para alojar á un batallón, toda rodeada de jardín, algo descuidado ahora, pero que en tres meses quedará como nuevo; inmediata al jardín, gran hortaliza, hortaliza como para frailes; luego, una huerta donde hay de cuanto Dios creó para delicia del paladar. Aves de corral, á tutiplén; regeguería, un palomar, con nubes de palomas, colmenares, en fin, de todo, de todo en abundancia. Y el agua. . . . . qué agua, Señor; el cristal es menos transparente, y no se bebe, no hay que tragarla, se desliza por el gaznate. En el espaldar, al pie de un cerro, brota el manantial del agua; un chorro continuo, que formando arroyo, va á derramarse en el Sabinal, delicioso riesito, sembrado de gigantescos sabinos, en cuyas obscuras aguas se crían unas truchitas buenas, muy sabrosas, comida de frailes. En fin, Señor, aquello me parece una ganga.

—Podremos ir á visitarla?

—Mañana mismo, si Ud. gusta. Tomamos el Central, cinco horas de camino; nos bajamos en la estación, y de ahí á San Jerónimo, cuatro kilómetros, muy cómo-

damente en una carretela ó á caballo si prefiere Ud.

—Pues á San Jerónimo, concluyó Luis alegremente. Alístelo todo.

Á las diez de la mañana siguiente, Luis, Don Patricio y Toncho, descendían en la Estación del Huisache, y á fin de no perder tiempo, esperando la ensillada de los caballos, y poder ir observando las particularidades del camino, tomaron asiento en una carretela, Toncho con la petaca de mano en el pescante, y á un ¡vamos! al cochero, y á la Huerta, denominación con que en la comarca es conocido San Jerónimo. Como á un kilómetro de distancia, denunció la presencia del río la línea de sabinos que á derecha é izquierda se dilataba en hilera caprichosamente sinuosa, marcando los meandros en que se desenvolvía aquel curso de agua. Luego entró el vehículo en una doble fila de corpulentos álamos que bordaban la calzada, cuyas hojas, sacudidas por el viento, espejeaban con reflejos metálicos. Un ancho puente de piedra sillar, abrigado por las gruesas ramas de los sabinos que le formaban do-

sel, cabalgaba sobre el río, y entre el puente y el predio se extendía un ancho campo tapizado de verde hierba.

Franqueaba la entrada á la Huerta un portal de enormes proporciones, como para hacer notar que aquel sitio acogía de buena voluntad y generosamente.

Al bajar de la carretela, un sujeto, de aspecto un tanto rústico, se adelantó á recibirlos. Era amigo de Don Patricio, á quien saludó con manifiestas señales de estimación. Don Patricio le dió á conocer á Luis, informándole del objeto de la visita, que el mayordomo de la Huerta (era esa su función) recibió con agrado, diciendo que tenía orden de dar, á quienes lo solicitaran, cuantas explicaciones quisieran respecto del estado y condiciones del inmueble, invitándolos á pasearlo.

Como no otro objeto los llevara, aceptaron de plano, comenzando por recorrer el inmenso y confortable caserón, todo él de sillería, rodeado por los cuatro lados de una arcada monumental, que trajo á la memoria de Luis el grandioso claustro de El Carmen. El señorial edificio se asen-

taba en el centro de un jardín, cuyos lindes no se alcanzaban con la vista. Del jardín fueron conducidos, atravesando la amplísima hortaliza, al gran huerto, en el cual, como dijera Don Patricio, había de cuanto Dios creó para adular el gusto.

Invitóles el mayordomo á llegar hasta el manantial que surtía de agua á la Huerta, y amparados por la sombra de colosales fresnos, anduvieron aún como doscientos metros, hasta alcanzar el pie de la montaña, á cuyo costado, como á diez metros de altura, brotaba en generoso chorro que se rompía en borbolloneantes cristales, el manantial fecundador.

Luis se sentía como encantado. Precisamente un lugar como aquel era el que reclamaban la soledad y el retiro en que María y él deseaban esconderse.

—Aún falta mucho por ver, dijo el mayordomo, con expresión de vanidad, sin duda sugerida por la satisfacción que leyó claramente en el semblante de Luis. Todavía falta ver el establo, las caballerizas, las zahurdas, el corral, los colmenares, el estanque y. . . .

—¿No está Ud. cansado? interrogó Don Patricio á Luis.

—No, por cierto. Si hay algo más que ver, seguiremos viendo.

—Sí, Señor, agregó el mayordomo. Seguiremos viendo para después del almuerzo, que ya es pasada la hora.

Y esto dicho, encaminó á los visitantes hacia la casa.

Pero qué iban á almorzar? Se preguntataba Luis. Habrá tenido Don Patricio la previsión de encomendar á Toncho algunas provisiones?

Don Patricio, que la había tenido, no se preocupaba del caso.

Pero al llegar á la mansión, Don Patricio no tuvo necesidad de ordenar nada al criado. El mayordomo de la Huerta les invitó á pasar á un saloncito, donde encontraron preparada una mesa, casi tan grande como el saloncito, cargada de manjares, cornucopias colmadas de frutas del huerto, y sendos cubiertos y botellones de agua, y hasta una botella de Rioja. Sorprendido Luis, y Don Patricio no tanto como Luis, imaginóse éste, como si se ha-

llara en un castillo encantado viviendo un cuento de las Mil y Una Noches.

El mayordomo les suplicó pasaran á tomar asiento á la mesa, «para matar el hambre,» les dijo; no esperaba yo á sus honradas personas.

—¡Qué! exclamó Luis. Si esto es un banquete. Pero qué Ud. no nos acompaña?

—No, Señor, repuso. Para mí es muy temprano ó ya muy tarde.

—¡Cómo! articuló Luis con extrañeza.

—Sí, Señor, acentuó el mayordomo. Cuando ustedes llegaron, ya yo habia almorzado, y para comer todavía es muy temprano.

Una criada, limpia y albeando como el mantel y las servilletas de la mesa, se aprestó á servirlos.

Terminado el copioso almuerzo, se dispusieron á proseguir la inspección de la Huerta, y todo lo fué encontrando Luis al colmo de lo apetecible.

—Señor, dijo el mayordomo, luego que volvían á la casa, ¿no quisiera Ud. visitar la capilla?

—Y cómo no! respondió Luis. Llévenos á ella.

—Está en la misma casa, ocupando todo el ángulo que ve al Oriente.

Fuése por las llaves y los condujo al oratorio. Se entraba en él por una gran puerta en arco, á cuyos lados se abrían dos no menos grandes ventanas, que con otra tercera practicada en el costado, inundaban de luz la capilla, y tanto, que para atenuarla y hacerla propia del recogimiento que en aquel recinto debía reinar, una vidriera de exquisita labor, representando la Transfiguración, cubría toda la ventana lateral, en tanto que á los portales correspondientes al frente del oratorio, servía de cortina una descomunal bugambilia que descendía desde la terraza, en plena florescencia, tan opulenta, que más que vegetación, semejaba cascada de escarlata.

La capilla no desdecía del resto del inmueble. Los caprichosos tallados, las delicadas taraceas, el oro y los tapices antiguos no escaseaban en altares y muros; mas sin derroche, con artística parsimonia de manera que los objetos externos no

embargaran la unción piadosa, antes la alentaran, ayudando al alma á remontarse al cielo. Sobriedad de pinturas: sólo tres grandes lienzos: un San Jerónimo, de Arteaga, verdadera maravilla anatómica; una conversión de San Agustín, de Echave, en donde la ráfaga de luz que desciende y cae sobre la cabeza del impío filósofo, lo paraliza, lo sobrecoge, como si oyera un llamamiento de lo alto, como si la ráfaga trajera del cielo el *tolle et lege* que despertó el sentido moral del converso y que los pintores solieron escribir en el destello luminoso. El tercer lienzo representaba á Santa Mónica, en actitud de orar, con los ojos hacia arriba, arrasados de llanto, también de Echave, implorando á Dios por la salud del extraviado hijo.

Al salir del oratorio, Luis iba pensando en lo grato que había de ser para María aquel lugar de místico recogimiento y resolvía adquirir la encantadora posesión.

—Con quién hay que entenderse, preguntó al mayordomo, para la compra de la Huerta?

—Con el albacea, Señor: con el Señor Don Próspero González, de Irapuato.

Agradecieron expresivamente sus atenciones al solícito mayordomo; se cobraron á la carretela, y emprendieron el regreso á la estación.

—Este asunto de la compra de la Huerta, decía Luis á su administrador, es preciso tratarlo sin demora. No me sería grato que alguien se me anticipara.

—Quiere Ud. que yo lo trate? preguntó el interlocutor. Conozco al Señor González.

—Use Ud. de mis plenos poderes.

—Hasta qué cantidad puedo ofrecer?

—Ud. que conoce en estos momentos, mejor que yo, el estado de mis fondos, determínelo. A mí no me parece caro el precio del avalúo; vale mucho más.

—El dinero anda ahora por las nubes, Señor.

—Es que no lo tenemos?

—No precisamente los cincuenta mil pesos; pero vendiendo una de las casas de la calle de López Cotilla, hasta sobraría el efectivo; mas no quiero decir eso, sino que

las circunstancias son propicias para que afloje el albacea.

—Bueno. Proceda Ud. como sabe hacerlo y discrecionalmente.

—Podíamos quedarnos á pasar la noche en Irapuato; dentro de dos horas estaremos allí. Mañana muy temprano trato el negocio, y así, al regreso á México, lo lleva Ud. todo bien sabido.

—Entendido. Bajaremos en Irapuato.

En los pueblos pequeños, el tiempo puede ser tratado como amigo. Da para todo; por eso Don Patricio regresaba á la posada, á las diez de la mañana, trayendo concluida la operación.

—Negocio concluido, dijo á Luis. Carta canta, agregó, sacando de la bolsa de la chaqueta un pliego en doblez, que alargó á Luis. Era la minuta del contrato.

—Magnífico! exclamó Luis luego de leerla. ¡Qué ganga! Si Ud. es el propio Fénix de los hombres de negocios. . . . Y cómo llegó Ud. á esto?

—Verá Ud.: conozco las costumbres del lugar. Sabía dónde me lo había de encontrar á tal hora. Me dirigí á la Parroquia:

dicho y hecho, ahí estaba en el atrio. Al verme, por supuesto, que yo haciéndome el sueco, me gritó: ¡hola, Don Patricio! y como era natural, me acerqué á saludarle.

—¿Qué le trae por estos mundos?

—Pues vengo á encontrar á mi patrón que viene de visita á Guadalajara.

—¡Qué! ya regresó de Europa Don Luis?

—Hace unos cuantos días, y no teniendo cosa mayor en que ocuparme, vine á visitar la Iglesia.

—Si vino Ud. por misa, llegó Ud. tarde. Sólo quedan adentro las rezadoras.

Hice alguna señal de contrariedad, y entablamos plática; y entre palabra va y palabra viene, fuimos á parar á la Huerta.

—Malos están los tiempos, Don Patricio. Esa preciosidad que costó á los Agustinos más de cien mil pesos, cuando se trabajaba de balde á los frailes, hoy no hay quien la quiera por cincuenta mil pesos, y que los vale como medio. Y hay que venderla para terminar querellas entre los herederos.

—Ya lo creo! le contesté. Pues no es

fácil que haya quien se anime á tirar la friolera de cincuenta mil pesos, y en estos tiempos endiablados en que con tanto trabajo se gana el dinero. . . . Verdad que la Huerta es un encanto. Pero cincuenta mil pesos en estos tiempos! Sólo un rico sobrado de tostones, podría darse ese capricho.

—Su patrón es bastante rico, y sobre todo, hombre de gusto.

—Pero ha gastado mucho en su viaje de tres años, repuse.

—Él no es derrochador, observó.

—Ciertamente; antes muy ordenado; mas ha estado yendo de allá para acá. Ha conocido todas aquellas tierras y hasta más allá.

—Ándele, Don Patricio. Déle la sorpresa. Cómprele la Huerta. El no reprobará nunca lo que Ud. haga.

Y diciendo esto, me tomó del brazo y me invitó á pasar á su despacho. Yo me dejé arrastrar. En el camino me fué ponderando la ganga que era aquella adquisición, yo. . . .ni esta boca es mía. Llegamos, me dió asiento, y tornó á la Huerta, para el garboso Don Luis.

—Es inútil, Señor Don Próspero. Yo haría la calaverada á todo riesgo; pero cincuenta mil pesos! ¡Jesús!

—Á ver, y como cuánto se atrevería Ud. á dar?

—Pues yo, nada. Y para qué la querría?

—No, hombre, ya se sabe que para Don Luis.

—Y si no le gusta la compra?

—Ponemos la condición: si no le gusta, no hay nada de lo dicho. Se raja Ud., y ¡abur!

—Don Luis me quiere mucho, y no quiero que por no enojarme haga un negocio que no sea de su agrado.

—¡Vaya! Don Patricio. Cuánto daría Ud. por la finca?

—Yo, le contesté vacilando, yo daría. . . daría . . . . pues hasta veinticinco mil pesos.

—¡Qué horror! Don Patricio. Se ve que hace años no se confiesa Ud. Quiero tratar con Ud.; vamos, por cuarenta y cinco mil pesos le suelto la Huerta.

Entramos al regateo, y ya en estas había mandado llamar al Notario. Se veía su propósito de atrapar comprador. Llegó el

notario, le informó del asunto; el Notario tomó con calor el partido del Señor Albacea. Puso por las nubes las cualidades de la Huerta, lo barato del precio, si aquello era regalado.... Yo firme en mis estribos. Por fin, que regateo va, que regateo viene, hasta que convenimos en treinta y cinco mil pesos, ni un centavo más, y gastos por cuenta del vendedor.

—Á la minuta! dijo Don Próspero, y ya mi Señor Notario, instalado en el escritorio, péñola en ristre y papel delante.

—Ya se entiende, observé. Si Don Luis no ratifica, nada hemos hablado.

—Entendido, confirmó Don Próspero. Ponga Don Blas (Don Blas es el Notario), ponga la cláusula.

—Cláusula. . .D. Blas echó un latinajo.

—*Ad referendum,* completó Luis.

—Eso es. Firmamos, cancelamos los timbres que ya tenía puestos el Notario. Y cada quien su ejemplar. Estoy seguro que el Señor Albacea se habrá quedado frotando las manos de contento, sólo temeroso de que Ud. no acepte.

—Y yo acepto con todo el alma, con-

cluyó Luis entusiasmado. Á Ud., mi hábil Don Patricio, toca lo demás. Haga Ud. de modo que dentro de ocho días entre yo en posesión de la Huerta. Hay que hacer reparaciones, mejorar aquello, alegrarlo. Traeré de México carpinteros, decoradores, un buen jardinero, y.....lo que haga falta.

—Por qué traer todo eso de México?..... En Guadalajara los hay tan buenos, más cercano y más, mucho más barato.

Rebosó de contento María cuando Luis la informó de la adquisición hecha, y no quiso que él la precediera para ordenar la instalación en la Huerta, sino que habría de acompañarle para tomar parte en los arreglos que debían de ejecutarse, y dar su parecer acerca de éste y de aquél detalle.

—Puesto que en la Huerta tú has de hacer y deshacer, puesto que tú vas allí á imperar, accedió Luis, partiremos juntos.

Puesta de todo al corriente la incomparable Gabriela, aplaudió, sintiendo que tan corta fuera la estancia al lado de ella, y á la viva y empeñosa solicitud de Luis y de

María, de que fuera á pasarse una temporada lo más larga posible, les otorgó su promesa.

Un instante no se apartaba de la mente de Luis el estado de María, en que se cifraba para él, para ambos, un inagotable venero de felicidad. ¡Ser padres! ¡Ver, sentir sus vidas fundidas, conjugadas en otro ser que era ellos mismos, sin ser ellos! Qué ventura comparable con aquélla! Determinó, por tanto, que María fuera examinada por el ginecologista de más nota. Aprobó Gabriela como necesaria la idea, y ella misma se apresuró á apunntar al médico á quien debería consultarse.

Ni el más remoto amago de temor había que concebir, fué el pronóstico del facultativo, tras un reconocimiento en que no perdonó detalle ni minucia. La residencia en el campo y en el clima escogido, garantía, por otra parte, contra toda eventualidad, y con fallo semejante, ya María y Luis podían descansar plenamente tranquilos.

En la estación hicieron que Gabriela les ratificara el compromiso de ir á pasar al lado de ellos una corta temporada, y reno-

vándose las manifestaciones de su recíproco afecto, que el cotidiano trato y la confianza cada vez más íntima, venían haciendo más y más intenso, se dieron un largo adiós, que se prolongó desde la plataforma, hasta que la distancia les impidió ya verse.

El ejemplar administrador esperaba en la Estación del Huisache á los nuevos señores de la Huerta, y presentado á María, para quien sólo la persona real érale desconocida, los invitó á ocupar la consabida carretela, en tanto que él, con la criada de confianza que María había recogido en México y Toncho, subían á un *Guayín,* en el que fueron colocados los equipajes, y siguiendo á la carretela, tomaron para la Huerta.

Honda sobre todo extremo fué la emoción que embargó á María, al ver desplegarse ante sus ojos la encantada comarca, inundada en el diluvio de luz del espléndido sol de aquella mañana.

—¡Ah! qué lindo es esto! prorrumpió al descubrir el río y la doble hilera de sabinos que en caprichosas curvas huian á uno

y otro lado. ¡Cómo deben ser deliciosas esas márgenes!

—Ya verás, le decía gozoso Luis. Ya tendrás tiempo para deleitarte con todos los hechizos que encierra la Huerta. Mandada hacer no sería tan bella, tan apropiada á tus gustos, á los embelesos de tu alto espíritu, puesto que nueva, carecería del singular encanto que le imprime su antigüedad.

—Sí, ratificó María. Hay cosas que desafían el poder humano, y que sólo el tiempo es capaz de elaborar.

Al descender del carruaje, en el patio que precede al jardín, se detuvo un momento para contemplar el imponente edificio que se erigía en medio de aquel dominio de Flora, en el que la alegre y fecunda diosa ostentaba sus esplendores; y no pudo reprimir una nueva exclamación de regocijo:—Pero qué lindo es todo esto! ¡qué grandioso! ¡Ah, tú!...Y en este ¡ah, tú! que pronunció, apretando amorosamente el brazo de Luis, al que marchaba apoyada, se resumía toda la intensidad de los múltiples afectos con que se sentía ligada de por vida al autor de su dicha.

Cuando montados los cinco peldaños de la escalinata en curva, de los cuatro semejantes correspondientes á cada lado del edificio, se encontró María en el amplísimo corredor, algo así como una sensación de grandeza dilató su pecho. En aquel mismo instante se puso á recorrer los departamentos de la monumental casa, aplazando para otro día la exploración de las instalaciones de fuera de ella, el jardín, el huerto y cuanto más que recorrer hubiera.

La tropa de artesanos, carpinteros, decoradores, albañiles, etc., estaba allí esperando órdenes para proceder á ejecutarlas.

Antes de distraerseen otras atencion es, quiso María escoger el departamento en que había de instalar á la cara Gabriela, cuando viniera á visitarlos. Elegido, en la situación que le pareció la más simpática, llamó al jefe de los decoradores, á quien dió sus explicaciones para que las tres piezas de que se compondría, fueran decoradas y amuebladas al estilo Luis XV más rigoroso. En cuanto á las habitaciones reservadas á su Luis y á ella, el estilo

Primer Imperio fué el que mejor cuadraba á su sentido estético.

No quiso Luis que nada se cambiara en el personal del servicio de la Huerta; que la tradición se mantuviera en cuanto no pugnara con las nuevas necesidades que vinieran surgiendo, y que su Don Patricio fuera proveyendo á lo que la deficiencia de personal reclamara.

Súbitamente la Huerta se vió convertida en bullidor hormiguero, en colmena zumbadora; movimiento y ruido por todas partes, nadie ocioso, cada quien dado á su faena. La Huerta despertaba de la larga pereza en que había dormido.

La primera excursión de María y Luis, acompañados del mayordomo y del jardinero, en aquella mañana, la primera que iban á pasar en la Huerta, fué al jardín, con el propósito de recorrerlo en toda su extensión. Al tocar el muro que lo limitaba por su lado septentrional, echaron de ver una gran puerta, cerrada á llave y cerrojo. Preguntó Luis á dónde se abría, y le contestó el mayordomo que al panteón de la finca.

—No había Ud. hablado de su existencia.

—No, Señor; es que nada tiene de particular, y entendí que ya se presentaría oportunidad de que Ud. lo viera.

—Entremos, dijo María.

El mayordomo se adelantó y abrió de par en par aquella mansión de paz y de tristeza.—Es muy viejo, Señor, articuló. Data del tiempo de los Padres Agustinos. Sólo ellos lo usaron.

El panteón era un recinto como de veinte metros por lado. En el centro se elevaba sobre una gran peana en gradería, una enorme cruz de piedra, y á uno y otro lado, algunos supervivientes obscuros cipreses, que acentuaban fúnebremente la tristeza del lugar.

En el fondo, y en el muro que lo cerraba, había como hasta una docena de nichos, de los cuales únicamente tres se hallaban sellados.

—¡Sólo tres frailes muertos! exclamó Luis. ¡Qué admirables condiciones de salubridad!

—Y en más de dos siglos, Señor, dijo

el mayordomo. Bien que esta Huerta no era más que lugar de recreo para los Padres.

Se acercó Luis á los nichos para ver si descubría alguna inscripción. Nada. Ni una letra, ni un número. Era visto que para los Padres Agustinos, la muerte borraba, no escribía. El olvido en la tierra y el descanso en Dios; *et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te.*

María no pudo impedir que un largo suspiro se exhalara de lo hondo de su corazón, y advertido por Luis, se la llevó de ahí al huerto y del huerto al manantial. Un suave vientecillo estremecía las copas con misterioso cuchicheo; algunas aves volaban de una á otra rama; con breve y callado vuelo, y la luz de oro del almo sol, deslizándose al través de las hojas, se reflejaba trémula en el sombreado suelo. Frente á la cascadita, al tronco de colosal fresno, se apoyaba un banco rústico que convidaba á reposarse en él para extasiarse en la contemplación del chorro de agua que, penetrado por el sol, se deshacía en caprichoso chisporroteo, en que bailaban

los iris en enmarañados escarceos, como si aquello fuera un kaleidoscopio de diamantes.

Á la tarde, paseo á las orillas del sabinal. Cuando María, cuando los dos se encontraron bajo las frondas de los seculares sabinos, la atmósfera saturada del balsámico y tonificante aroma que despedían, el cristalino murmullo del agua, abajo, el apagado rumor de las afiligranadas hojas, arriba, el suave quejido de las ramas al balancearse sobre la superficie del río, en cuyo turbado espejo parecían recrearse y besar su imagen fugaz, como enamoradas de sí mismas, produjo en ambos una sensación de indecible bienestar. Allí, en medio de la placidez que los envolvía, se quedaron por algún tiempo inmóviles; los pies en la tierra; el espíritu vagando por encima del tiempo y de la vida.

Inconscientes, se fueron recorriendo la pintoresca orilla, perdiéndose entre los añosos árboles, sentándose, ora en las anquilosadas raíces salientes de los sabinos, ora entre sus ahuecados troncos, de los que las descargas eléctricas habían forma-

do á manera de fantásticos garitones, tan amplios, que daban cabida para seis personas. Era verdaderamente maravilloso observar cómo ostentaban vida, y vida enérgica y exuberante, aquellos colosos carcomidos por el rayo, sólo sorbiendo su nutrición por la rugosa corteza.

El sol se ponía, y su disco incandescente, ya inofensivo á los ojos, aparecía al través de las ramas como boca de enormísima hornaza. Los gorriones acudían en densas bandadas á ampararse del boscaje, en torbellino de alas y algarabía de pios; en los charcos, cubiertos de hierba, las ranas lanzaban su melancólico croar; y las estrellas, tan bajas que parecían pegadas á las copas, comenzaban á salpicar el cielo, y á medida que se multiplicaban, á obscurecer el azul del firmamento.

—¿Te parece que regresemos? interrogó Luis.

—La verdad que este espectáculo embarga, y no da gana de moverse, repuso María; pero vamos, que ya vendrán otras tardes y otras mañanas que podremos emplear tan gozosamente como hemos empleado este día.

Y se dirigieron lentamente, camino de la casa.

Sintió María que su conciencia moral reclamaba su parte; mandó abrir el oratorio é iluminarlo con unas cuantas lámparas, y á él se acogió, poseída el alma de beatífica unción.

Deseosa de acreditarse á sus propios ojos, si no de entendida, sí de empeñosa administradora, se consagró á ordenar, presididas por ella misma, las labores de la Huerta, en cuanto fuera de su resorte. La primera mañana la destinó á las atenciones del jardín y del propio corral que contaba con cuanto en el género hay que pedir; á la limpieza y abastecimiento del gran estanque, surcado por toda una flota de ánades blancos y variedad de palmípedas menores, cuyo abigarrado plumaje dibujaba sobre el agua caprichosos mosaicos; al cuidado del colmenar, para impedir la pernicie de los zánganos y de las apívoras. De ahí, sola, cuando no acompañada de Luis, al huerto y al manantial: y la tarde, á dar de comer á las palomas, deleitándo-

se con sus descensos del alto palomar, ora en retorcida voluta, ora en pesada nube, y con ver esponjarse al palomo y caracolear alrededor de la hembra, al són del enternecedor arrullo, y á la hembra tímidamente coqueta y provocativa; y luego á discurrir, del brazo del bien amado, por las siempre deliciosas márgenes del Sabinal.

Así compuso María su existencia, que colmaba por las noches, ya con el entretenimiento al piano, al que sabía hacer decir tiernas y viejas melodías, y sonatas, y conciertos de la soberana música clásica, con que exaltaba ó adormecía la delicada sensibilidad de Luis; ya con las lecturas amenas ó instructivas, en el saloncito inmediato á la biblioteca, en el que, entre el severo escritorio de caoba y una vitrina del Renacimiento, llena de curiosidades, se erguía el busto cincelado por Querol.

Cuando todo estuvo listo en la Huerta para recibir á la predilecta Gabriela, María le reclamó su prometida visita, y ocho días después, un telegrama de Ernesto Luca anunciaba á Luis que al siguiente,

Gabriela y él saldrían de México para ir á saludarlos. Todo fué agitación en la Huerta para recibir á los adorables huéspedes, adelantándose á la Estación Luis y María. Ernesto no la conocía *de visu,* pero aun sin la presencia de Luis, la habría adivinado. —Qué bella es! dijo á Gabriela descendiendo del tren.— No tiene rival, ya se lo tengo dicho, confirmó ella, y como le tengo repetido, luego que Ud. la trate, va Ud. á convenir que es ejemplar de otra humanidad.

María y Luis se precipitaron al encuentro de los visitantes, y los arrastraron al coche que los esperaba.

Ni Gabriela ni Ernesto tuvieron tiempo de fijarse en la belleza de los sitios que cruzaban á todo trote, confiscados por los solícitos halagos de los dos amigos, que en harmónico cuarteto formaban como una sola pieza.

—Ya ves, dijo Luca á Manso, luego de sentado en el carruaje: apenas llegado de mi expedición, en que ya nuestra amiga te inició, y la llamo amiga porque ya lo es mía, verdad Gabrielita?....

—Y muy contenta de serlo, contestó Gabriela.

—Sí, prosiguió Ernesto; por solidaridad. Pues apenas llegado, he volado á verte para tomar mi parte en tu felicidad, en la felicidad de este divino par que han logrado llegar á constituir Maria y tú.

En llegando á la Huerta, Gabriela y Luca fueron de sorpresa en sorpresa, afirmando de consuno, que aquella era, sin disputa, la residencia más preciosa que podía encontrarse en la extensión de la República.

En la Huerta todo era movimiento y regocijo. Plantas y flores desbordadas del huerto y del jardín, invadian corredores, salas, comedor y alcobas, en macetones, canastillas, porta-bouquets y en cuanto era hábil para contener un penacho de rosas. La capilla había sido muy especialmente decorada, y cien luces flameando en lámparas, blandones y candeleros, la alumbraban.

Se organizaron paseos para recorrer los departamentos de la Huerta y sus pintorescos alrededores, y el domingo inmedia-

to hubo misa de papeles en el Oratorio, en que ofició el Cura del Carmen, de Celaya, con buena orquesta y buenos cantantes que se trajo consigo. Nada se perdonó para hacer lo más agradable posible á Gabriela y á Ernesto su visita á la Huerta, que ya lo era para ambos, sobre toda ponderación, por la pura satisfacción de su cariño.

Luca pudo disfrutar de aquellos agasajos no más que una semana, pues sus funciones públicas reclamaban su regreso á la Capital, prometiendo á sus amados huéspedes que cuantas veces se ofreciera de vacar á sus ocupaciones, allí estaría con ellos. Gabriela no dió signo de quererlos abandonar todavía, y si dado lo hubiera, habría sido retenida imperiosamente; ella prolongaría su estancia por quince días más.

Luis, afanoso por el cuidado de María á compás que su estado avanzaba, departía con Gabriela sobre este tema. Aunque parecía todo poseído de contento en la expectación del suceso magno, en el fondo sufría vaga inquietud, pues involuntaria-

mente acudía con mucha frecuencia á su memoria el sueño tenido en el «María Cristina.» Á su pesar, temía descubrir en aquel sueño misterioso, anuncio de alguna desgracia. Las epifanías del Padre Velázquez habían sido pronósticos de dicha; por qué no había de haberlos de infortunio? De ahí sus íntimas zozobras.

Gabriela habría de enviar de México á la Doctora de más prestigio; Luis iría en persona á Celaya á asegurar la asistencia del famoso Doctor Gonzaga, tan cargado de años como de saber en la difícil clínica de partos, y aprovechando la presencia de la amiga, única compañera que ausente él podía satisfacer á María, determinó ir á Celaya á comprometer al Doctor. Quedó encantado de la dulzura del octogenario, quien sin dificultad ofreció su asistencia, fijando para unos cuantos días más tarde su primera visita. Con la tranquilidad de esta promesa, regresó Gabriela á México, plenamente asegurada de que si había necesidad de ella, se la llamaría sin dilación.

Cuando el Doctor Gonzaga acudió á la Huerta, hallábase ya al lado de María la

Doctora Sepúlveda, enviada por Gabriela. Vivo interés despertó en el bondadoso corazón del anciano, el conocimiento de su bella enferma, y plena confianza el de la experimentada facultativa con quien iba á contar por colaboradora. Dióla las instrucciones que tuvo por más del caso; anunció, con las salvedades de la prudencia más ejercitada, que el suceso aún se haría esperar por un mes; recomendó se le llamara por telégrafo si algo imprevisto ó prematuro ocurría, y se marchó dejando á todos cautivados con la afabilidad de su carácter.

No fué necesario anticiparle el llamamiento. Volvió á la Huerta en la data por él calculada, precisamente á la hora en que María, acompañada de Luis y de la Doctora, hallábase en el Oratorio, en donde había manifestado anhelo de encerrarse «á encomendarse á Dios,» según su expresión.

Avisados de la presencia del Doctor, salieron á su encuentro con premura. No le sorprendió el aspecto de María; su simple vista bastóle para comprender lo ajustado

de sus apreciaciones. Los signos de la aproximación del suceso, se marcaban bien netamente hasta en el andar mismo de la enferma; el óvalo de su semblante se había afilado, y una palidez de cera lo marchitaba, daba realce al azuloso halo que circuía sus párpados.

Al ver al Médico, sonrió con dulce animación, y el facultativo respondió con sonrisa paternal.

—¡Gracias! murmuró ella.

—¡Ea! exclamó él, acercándosele. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Esto se llama una brava mujer. ¿Qué siente, hija mía? tomándole la mano entre las dos suyas y golpeándosela con caricia.

—Muy débil, Doctor.

—Un cordialito, un cordialito; voy á preparárselo ahora mismo.

Luis acompañó al Médico, y á poco, tornaron al lado de María que, acomodada en el corredor en un amplio sillón, esperaba la bebida que acababa de presentarle el Doctor. Tomó la copa que le presentó, apuróla, y un momento después, aspirando con amplitud, sus mejillas se sonrosaron.

Anochecía. El facultativo fué llamado á la alcoba de María, y allí informado por la Doctora de que la enferma empezaba á sentirse mal.

Fué labor de toda la noche, y cuando los primeros fulgores del sol encendían el Oriente, María, anonadada por el dolor, daba al mundo un hermosísimo niño. Presentado al gozoso padre, corrió éste al lado de María, la besó con larga ternura, y ella, reteniéndolo un instante de la mano, que le asía suavemente, le dijo con acento dulcísimo:

—Luis María. . . . ya sabes. . . . lo convenido.

—Sí, ángel mío, contestó Luis, con voz no menos tierna: Luis María, nuestros nombres juntos, y se fué al niño para recrearse en él.

El sabio Gonzaga y la Doctora no se apartaban del lecho, y como ésta creyera advertir signos de inquietud en el semblante del Médico, alarmada, le murmuró al oído:

—¿Hay algo, Doctor?

—Tenemos al enemigo encima.

—¿Qué, Doctor? . . . .

—Pues la eclamsia. Mire usted esos ojos. . . .

En aquel momento, los ojos de María, enteramente abiertos, la pupila contraída, y vueltos hacia arriba, adquirían una brillantez como de ascua. Los párpados comenzaban á agitarse con un movimiento rápido, convulsivo, casi vibratorio. El termómetro acusó una temperatura de 39°. Sin esperar otras manifestaciones, el Doctor voló á traer de su botiquín, morfina y cloroformo, y mientras la partera hacía á la paciente inhalar el anestésico, Gonzaga le aplicaba una fuerte inyección de morfina. María yacía sin voluntad propia, perdido el conocimiento. Las convulsiones fueron ganando terreno. Ahora ya afectaba los músculos del pabellón de la nariz, que se dilataba y se cerraba como si una disnea asfixiante sofocara á la enferma; los labios se retorcían en horripilante mueca, y poco á poco la divina faz fué presa de un estremecimiento muscular, que, á no ser tan bella, habría parecido espantosa. La agitación fué calmándose lentamente,

sin que María recobrara el conocimiento. Luis, con los ojos fuera de las órbitas, espantado, había preguntado al Doctor qué era aquello.

—Cosa fatal, Don Luis; cosa imprevista, de que no habíamos tenido el menor indicio: la eclamsia puerperal.

—Parece que ahora cede; aventuró tímidamente, con voz temblorosa.

—Así parece, contestó el sabio Gonzaga. Hay que proveer al niño de nodriza, ¿Ya se pensó en ello? agregó, con la visible intención de apartar á Luis del lado de María, lo que consiguió, pues Luis, sin articular palabra, se alejó á atender á la necesidad indicada.

La cara de María volvió á descomponerse: el tinte fuertemente encendido, se cianosiaba alrededor de la boca y en las sienes; la pupila se escondía tras de los párpados; las conjuntivas se inyectaban; la palpitación de las carótidas se hacía visible; las yugulares se hinchaban amenazando reventar; la temperatura ascendía ahora á 40°, y las sacudidas y las convulsiones ganaban el cuello y la parte superior del bus-

to, agitada la cabeza por desordenada rotación. El Doctor no se aturdía: atento á todo, observándolo todo, ponía en juego cuantos recursos propone la ciencia y le sugería la propia inspiración. Aquella nueva crisis parecía dominada; fueron disminuyendo las sacudidas, bajando un tanto la temperatura, el pulso haciéndose más lleno y menos acelerado. María se quedó dormida. El rostro impasible del Doctor, no revelaba ni satisfacción ni alarma. ¿Esperaba? El secreto se escondía en las arrugas de su cara, toda ella benevolencia.

Luis hallábase nuevamente á la cabecera de María, que al cabo de media hora salía de su sopor, siempre inconsciente. Las convulsiones comenzaron á reaparecer, ya no cincunscritas al busto, sino extendiéndose á todo el cuerpo. Tornó la cabeza á agitarse en todas direcciones, á inyectarse los ojos, fijos en sus órbitas, á enfiebrecerse el rostro manchado de tintas violáceas, torcida la boca, apretada, cubierta de espumaraja sanguinolenta, rígidos los brazos y los dedos de las manos fuertemente crispados sobre el pulgar; todos los músculo-

los del cuerpo saltando y retorciéndose como si los recorrieran encontradas corrientes eléctricas. Una convulsión vibratoria y general sacudía el organismo de la víctima, pareciendo que de un momento á otro iba á romperse en mil pedazos. Ante aquel espectáculo, Luis sentíase envuelto y quebrantado entre los férreos anillos de la serpiente del dolor, y se retorcía desesperado.

También esta vez sobrevino la calma; cesaron las espantosas convulsiones, y un sueño más profundo se apoderó del agotado organismo de María. Luis, en pie, con la cabeza entre las manos, hecho una estatua, ni hablaba ni oía. La Doctora, cobrando aliento, interrogó con un signo al Médico, quien movió la cabeza tristemente, en sentido negativo. No había esperanza.

María salió bruscamente de su letargo, para caer en otra crisis, que ahora, si más intensa y más violenta, fué más rápida. Súbitamente se pintó en su fisonomía el recobro de sus facultades. ¡Mi hijo! gritó, casi incorporándose en el lecho. Trájolo Luis, y él y el viejo Gonzaga lo pusieron

en las manos de María. Lo alzó, se lo quedó mirando con la expresión de la felicidad más completa; lo acercó á su boca, y con los ojos cerrados, imprimió en la del niño un beso apretado, muy apretado, y lo soltó....

La eclamsia apresuró su último asalto, y en aquella postrimera crisis se exhaló el alma purísima de María.

Nadie se movió. Sólo Luis cayó desplomado sobre el cuerpo de la eternamente amada, única que oyó sus sollozos y recogió sus lágrimas....

Pidió al Doctor que inyectara el cadáver, y á Don Patricio, que avisara á Gabriela y á Ernesto.

Firme, con la rigidez espectral del roble que el rayo calcinó, pero que dejó en pie, proveyó Luis á los últimos homenajes que reclamaba el cuerpo de su amada.

Gabriela y Ernesto habían volado: al siguiente día, muy temprano, con sendas coronas de rosas, sombríos, tétricos, negros por fuera y por dentro, ascendían lenta-

mente los cinco peldaños de la escalinata y se encaminaban á la capilla, á depositar en el catafalco de María las ofrendas de su amor.

Al estrechar entre sus brazos al bien querido Luis, con abrazo tierno y prolondo, llamóles la atención su severa tranquilidad. No lloraba; tampoco hablaba.

El cadáver fué depositado en uno de los nichos inferiores del panteón de la Huerta, y cuando Luis fué arrancado de aquel sitio, por sus solícitos amigos, se dirigió á Don Patricio que le seguía:

—Un arquitecto de Guadalajara. Se abrirá allí una cripta, agregó, hablando ya con Gabriela y Ernesto, para ella y para mí.

—Siempre juntos, articuló la amiga.

—En vida y en muerte, contestó Luis.

Durante los nueve días del luto de rigor, permanecieron ambos al lado de Luis, en quien no descubrían signos de desesperación, antes de resignada conformidad. Era singular el fenómeno. ¿Posible sería que Luis se resignara á sufrir la eterna ausencia del ser que había tomado y resumía su vida toda? . . . .

Entretanto, había llegado el arquitecto solicitado, quien para complacer á Luis, puso inmediatamente manos á la obra. Tratábase de una cripta severa y sencilla, con el espacio preciso para sólo dos féretros, y en la necesidad de estar pendiente de la construcción, fundó Luis su excusa para no dejarse arrancar de la Huerta y trasladar á México, como con tenaz insistencia lo pretendieron Gabriela y Luca.

—Cuando la obra esté concluida, les dijo, les daré aviso para que vengan á asistir á la colocación de los restos de María. Pagado ese tributo, me iré con Uds.

La solemnidad del ofrecimiento y lo razonable de la excusa, hizo que se resolvieran á dejar al amigo sumido en su infortunio, con la promesa renovada de llamarlos á la inauguración de la cripta.

Desde que Luis se encontró solo, libre ya de prodigar sus atenciones á sus amadísimos huéspedes, consagró todos los instantes de su existencia á cuanto se relacionaba con la memoria de María. Trasladó el busto de ella á su cámara de dormir y lo colocó junto á su lecho, de manera

que al despertar fuera el primer objeto exterior que percibieran sus ojos, y el último que al dormirse se desvaneciera en su cerebro. Informado personalmente del estado del pequeño Luis María, ibase á recoger flores al jardín, que llevaba y esparcía al pie del nicho en que reposaba su bien amada. Departía, en seguida, con el arquitecto, para activar los trabajos de la cripta, volvía á ver al niño, y de ahí se encerraba en su gabinete, en el aislamiento más absoluto, de donde salía á la hora de la mesa, en la que, sentado entre el arquitecto y Don Patricio, no era un comensal, sino un mudo asistente, sólo atento á las exigencias del servicio. Don Patricio y el arquitecto respetaban la muda tristeza de Luis; con el ejemplo trataban de estimularlo á comer, y solían entablar pláticas sobre temas discretamente agradables, que llegaban á hacer dibujarse en sus labios alguna sonrisa, no exenta de amargura. Tornaba á encerrarse en su gabinete, y en la tarde, después de entretenerse espacio no corto en acariciar al hijo, renovaba su visita y su ofrenda de flores á la

tumba, y ya caído el sol, dirigíase al Sabinal, cuya ribera recorría hasta entrada la noche, evocando la sombra de la adorada María. Sumido luego en el sillón de su gabinete ó de la biblioteca, con la mirada vaga y los brazos sobre los del mueble, parecía esperar algo. ¿Qué esperaba?....La realización de la epifanía del «María Cristina.»

Terminada la cripta, consistente, al exterior, en un túmulo cuadrangular, con gran cuidado hizo traer del Huerto un hermoso sauce llorón, que sembró al borde del sepulcro, de forma que las desmayadas ramas del árbol cayeran sobre él, envolviéndolo. Determinó, en seguida, se procediera á depositar en la cripta el féretro de la muerta, olvidado, intencionalmente, de cumplir su promesa á Gabriela y á Ernesto, para no dar ocasión al empeño de llevárselo de allí.

La tristeza de Luis iba haciéndose más y más profunda; su faz tomaba palidez sepulcral y su cuerpo enflaquecía, hasta la demacración. Faltáronle las fuerzas para bajar al jardín é ir á visitar la tumba, sin

la ayuda de Toncho, en cuyo hombro se apoyaba. Alarmado Don Patricio, se afanó en prodigarle sus cuidados; mas persuadido de la ineficacia de ellos, se resolvió á hablarle de la necesidad de llamar á un médico, al Doctor Gonzaga. Luis rehusó, dulce, pero perentoriamente:

—Gracias, Don Patricio, esto no tiene cura. No hay medicina para mi enfermedad.

Y el mal avanzaba. Para bajar al jardín, ya no bastaba el apoyo de Toncho, sino que se hacía conducir en silla de manos, y como si deseara echar una última ojeada al espectáculo de la naturaleza, testigo de la felicidad en que vivió envuelto con su María, al caer de una tarde serena, pidió se le llevara á los sabinos, que encontró á aquella hora bañados del oro pálido del sol declinante. Las sombras de la noche comenzaban á flotar al través de la arboleda, y vió allí bien distintamente, tan distintamente como la viera en el Prater de Viena, la imagen de María que avanzaba sonriente hacia él. Inmóvil, en la silla de manos, esperó. . . .En vano: la imagen de

María se desvaneció en el espacio. Luis lanzó hondísimo suspiro, sonrió é indicó se le recondujera.

Al siguiente día fuéle imposible moverse del lecho. Don Patricio sintió remordimiento de haberse sometido de modo tan absoluto á la decisión de Luis, de no aceptar médico, y entonces pensó que la intervención de Gabriela y de Luca podría alcanzar lo que él, sin éxito, había intentado. No le cabía duda de que Luis se moría de aquel mal cuyo nombre ignoraba, no por eso menos mortal. No vaciló, pues, y despachó al punto á la estación dos telegramas para México.

Como en la muerte de María, los ejemplares amigos no se hicieron esperar, y veinticuatro horas después, arribaban á la Huerta. Quedaron espantados al ver los estragos que el pesar había causado en el organismo de Luis: estaba extinguido. Cuando se acercaron á su lecho, les sonrió, su rostro se animó con expresión de contento, alzó la diestra para recibir la de los amigos, se las estrechó con amor, y con voz apagada, pero perfectamente per-

ceptible, les dijo: «Ahí les queda Luis María. Ella y yo juntos en él.» Ahogando los sollozos y los ojos arrasados en lágrimas, contestáronle: «Será como nuestro hijo... Nuestro hijo verdadero.»

Tal pareció que Luis estaba sólo pendiente de cumplir aquella formalidad, pues el desfallecimienio más completo se pintó en su semblante, y sus brazos se desplomaron inertes á los costados. . . . .

*
* *

Caía la tarde. El sol macilento de las postrimerías de Febrero marchaba rápidamente al ocaso, en tanto que Luis agonizaba, como llama que se extingue, falta de combustible. El gran astro cumplía en el cielo su ciclo mínimo, y Luis en la tierra su no más largo ciclo vital. Ninguno concluía: el sol tornaría al día siguiente á aparecer en el horizonte; la vida de Luis continuaría en el hijo, que á su vez tendría que pasar por el engranaje del destino humano.

Luis apartó los ojos del mármol de Ma-

ría, en que los mantenía fijos, y volvió pausadamente el rostro del lado en que se hallaba sentada Gabriela. Comprendió ésta que algo deseaba expresar, é inclinándose hacia él, de los labios del moribundo se exhaló una palabra sin sonido, tan tenue como si atravesara un copo de algodón; «El niño,» percibió Gabriela. Alzóse al punto, y se dirigió á la alcoba que estaba destinada al niño; lo tomó en brazos, de los de la nodriza, y tornando á la cabecera del agonizante, se lo presentó, acercándoselo hasta que la carita del infante tocó la de Luis. Algo semejante á un beso puso el padre en la frentecita del hijo, ligeramente sacudido por los reprimidos sollozos de Gabriela. Ernesto se había puesto en pie, nublados los ojos de llanto, y unídose al grupo. Luis se quedó contemplando al niño breve momento, y luego posó la mirada en el busto de María, en cuya blancura, la escasa luz que venía de fuera se reflejaba en levísima aureola. Volvió Luis á contemplar al niño; tornó su mirada al busto; sus ojos, como en éxtasis, se fueron apagando; cayeron sobre ellos los pár-

pados, y sin un quejido, ni un estertor, ni el menor estremecimiento, suavemente... dulcemente....tranquilamente.....*obdormivit in María.*

M. Sánchez Mármol.

580

MAR 21 1985

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
7297
S35P74
1906

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 04 06 15 005 5